Susanne McCharthy



A los treinta y un años y en el pináculo de su carrera, Rachel Haston, conductora de televisión, creía saber cuál era su siguiente meta: un marido y una familia. Pero el millonario Nick Farlowe, el niño mimado de Londres, no estaba dispuesto a adquirir compromisos. Oh, la había besado de una forma desconocida para ella y le hizo pasar momentos agradables. Sin embargo, ¿estaba dispuesta a casarse con otro hombre, consciente de que su amor por Nick sólo la llevaría a arrojar al viento las ilusiones… y los sueños de toda su vida?



Susanne McCarthy

Sólo una aventura

Bianca 582

ePub r1.0
LDS 19.03.16

Título original: *A casual affair*
Susanne McCarthy, 1990
Traducción: Traductor
Ilustraciones: Ilustrador
Diseño/Retoque de cubierta: Diseñador

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

RACHEL, lo siento…

—Yo también, Simon —Rachel se quitó del dedo el anillo de brillantes para dárselo—. Ten… será mejor que te lo devuelva.

La miró como si no creyera lo que veía.

—No lo dirás en serio, Rachel.

—Me temo que sí —afirmó ella con decisión, levantando la cabeza—. Ahora discúlpame. tengo que grabar un programa.

Rachel, altiva, salió de la oficina. Le parecía un sueño… algo que no podía ser cierto. Un poco antes, la relación entre ellos era perfecta, pero se había enterado de algo y todo su mundo se había derrumbado. Y sólo faltaban tres semanas para la boda.

Algunas personas la miraron extrañadas mientras andaba de prisa por el pasillo. Se preguntó si estarían enteradas, si era ella la última en saberlo.

Rachel no quería demostrar sus sentimientos… no podía hacerlo. Pronto estaría frente a las cámaras y ni la más leve sombra de sus problemas personales debía estropear su imagen entre el público. Con fría sonrisa profesional, abrió las puertas del estudio.

En él reinaba un ambiente familiar. Las luces iluminaban la escena que tenía lugar dentro de las paredes de cartón de una supuesta celda de una prisión sudamericana. Sin hacer ruido, cruzó la rampa de plástico que cubría los gruesos cables que serpenteaban por el suelo, para entrar en el estudio de In Review .

El escenario ya estaba decorado: un elegante centro de flores japonés sobre una mesa, un sillón negro, de piel, contra un sencillo fondo de papel de color claro. Aquella mañana ella iba a grabar sólo el resumen… el resto del programa ya estaba listo: una muestra visual de la exhibición de la Academia Real, una entrevista con el

ganador del premio del libro del año. Paul, el investigador del programa, había enviado desde Florencia su trabajo sobre las nuevas técnicas para la conservación de frescos. Un material que consideraba bien equilibrado y saldría al aire el miércoles ya tarde, pues, según los expertos, era la hora más adecuada para presentar un programa de arte.

—Empezamos en cinco minutos, Rachel —le avisé el realizador.

gracias.

Después de sentarse frente a la cámara, Rachel miró un instante el monitor. La cara que halló frente a ella le pareció perfecta: ojos color avellana, nariz recta y delicada, boca bien delineada y con un toque sensual, y cabello rubio que podía peinarse de diferentes maneras. El cuerpo le parecía igualmente atractivo… . alto y esbelto, con curvas en los lugares idóneos.

Su belleza, envidiada, por la mayoría de las mujeres, nunca había sido para ella una ventaja. Desde que, en los albores de la adolescencia, logró escapar del acné y el desgarbo juvenil que sus compañeras sufrían, fue consciente de la hostilidad que le demostraban y también del asombro de los chicos.

Aquellos años habían sido terribles. Se cambiaba de un instiluto a otro a medida que prosperaban los negocios de su padre, por lo que nunca tuvo oportunidad de hacer amigos, y su timidez natural siempre hizo pensar a los demás que era muy reservada.

Todo había sido igual hasta que conoció a Simon. Aunque los hombres la admiraban, siempre le había parecido que su admiración era similar a la que sentían por una obra de arte. Parecía que les daba miedo invitarla a salir, ella pensaba que quizá su imagen fría como comentarista de televisión los ahuyentaba. Sólo Simon había tenido el valor de acercarse a ella y por eso su traición le resultaba aún más dolorosa…

—Estás frunciendo el ceño, Rachel —la maquilladora se acercó con una caja de cosméticos—. Vas a arruinar el maquillaje.

—Oh… perdona —sonrió un instante—. Me duele un poco la cabeza.

—¿Quieres una aspirina?

—No, se pasará enseguida. Gracias. Será suficiente con unos cuantos ejercicios de respiración —la luz de los reflectores acentuaba las finas líneas de tensión alrededor de su boca, por lo

que hizo un esfuerzo por tranquilizarse.

—Me encanta ese color —comentó la maquilladora mientras admiraba el elegante traje granate que Rachel llevaba puesto—. Te favorece mucho.

—Gracias —los últimos toques de maquillaje, aunque innecesarios, la ayudaron a tranquilizarse un poco.

—Dos minutos —advirtió el realizador.

—Eh, te falta el anillo de compromiso —observó la maquilladora.

Llena de pánico, Rachel logró controlar un impulso de ocultar la mano entre los pliegues de la falda.

—Me lo he debido olvidar en el camerino. No te preocupes, estará seguro ahí.

—¿Quieres que te lo traiga?

—No —su tono áspero sorprendió a la chica y Rachel respiró profundamente, intentando calmarse—. Te lo agradezco, Judy, pero mi anillo no corre peligro.

—¿Podemos empezar, Rachel? —preguntó el realizador.

La maquilladora se alejó y Rachel se aclaró la garganta antes de hacer la introducción.

—Está bien. Un minuto, por favor.

Sonrió ante la cámara para relajar los músculos de la cara, consciente de que la intensa iluminación del estudio revelaría cualquier expresión de su rostro. Para concentrarse repasó mentalmente el guión que ella misma había escrito y cronometrado con gran cuidado antes de llegar al estudio.

—Listos —el realizador, después de levantar las manos, comenzó la cuenta atrás. La luz roja sobre la cámara de control remoto se encendió y Rachel sintió que olvidaba los problemas y podía concentrarse en el trabajo. Se inclinó un poco, como si se dirigiera a una persona y no a varios millones, y al oír un chasquido que hizo el realizador, empezó a hablar.

—Buenas noches. Bienvenidos al programa In Review…

La grabación salió bien; sólo un pequeño trozo tuvo que repetirse. Tan pronto como el realizador dio orden de salir del estudio, Rachel se marchó, después de dar las gracias a su equipo, y subió por la escalera en dirección del pequeño camerino que compartía con otras compañeras también a cargo de la presentación

de programas culturales.

Estaba vacío. Con un suspiro de cansancio, Rachel se sentó frente al espejo iluminado para quitarse el maquillaje. Le molestaba mucho.

Le parecía que tenía la mano izquierda desnuda sin el anillo. Era consciente de que tendría que endurecerse ante las murmuraciones. En cualquier momento la noticia correría por los estudios, y quizá aquella misma tarde la prensa se encargaría de publicarla. A los treinta y un años, y célebremente soltera, Rachel era consciente de que aquellos a los que calificaba como perio distas sensacionalistas creían tener derecho a inmiscuirse en su 1 vida privada, sólo porque salía en la televisión. Ante su incompetencia para descubrir secretos interesantes relacionados con ella, la habían catalogado como poco sociable e incluso fría. Las noticias de su compromiso matrimonial habían aparecido en las primeras páginas de algunos diarios sensacionalistas aquella misma semana. Sabía que la ruptura de dicho compromiso sin duda provocaría un interés similar.

Después de aplicarse su maquillaje de todos los días y de ponerse un traje sastre, la joven guardó en una bolsa de plástico el vestido de seda granate y lo colgó en el armario. Cogió su bolso y salió al pasillo.

Simon la esperaba. Rachel vaciló un instante, sabiendo que iba a pasar un mal rato; él aprovechó su confusión y se acercó, atrapándola contra la pared.

—Rachel…

Ella apartó la cara; la rabia y el dolor luchaban en su interior.

—Déjame sola, Simon —le suplicó—. No tengo nada más que decirte.

—Las cosas no pueden quedar así, Rachel —trató de convencerla —. Nuestra relación ha sido muy agradable.. e

—Ha sido —repitió con mordacidad—. Tiempo pasado.

—¿Por qué? Te repito que Linda no me importa. Te quiero a ti…

—¿Por qué saliste con ella entonces? —le preguntó, acusándolo.

Se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—No sé —contestó con ironía—. El motivo fue… Tal vez si tú y yo…

—Oh, de modo que la culpa es mía, ¿no? —le preguntó con amargura.

—Bueno, resulta difícil pedirle eso a un hombre de mi edad en esta época-aclaró sin dejar de mirarla con dulzura.

Rachel volvió la cabeza de nuevo, decidida a no tolerar que influyera en su decisión.

—Sólo faltaban tres semanas —se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Era acaso una espera muy larga?

—Estamos comprometidos desde la Navidad —aclaró él.

—Pensé que comprendías… que estabas de acuerdo conmigo.

Simon se rió.

—Bueno, sí… quiero decir que era una idea maravillosa y romántica. Pero en la vida real… supongo que no soy tan fuerte como suponía.

Ella vaciló. Las palabras de Simon la hicieron dudar. No estaba muy segura de por qué había insistido en que esperaran a casarse para hacer el amor. Pensó, de pronto, que si de verdad estaba enamorada, era lógico que quisiera estar cerca de su prometido y tener relaciones con él.

Pero Rachel no solía acercarse a la gente; el muro de reserva que ella misma había construido a su alrededor dutante largo tiempo se había convertido en una prisión… y no sabía cómo derribarlo.

Miró con cautela al hombre que estaba junto a ella. Sospechaba que, tal vez, había sido injusta con él. Era apuesto. Alto, moreno, sus rasgos faciales mostraban la inteligencia y el empuje que lo habían llevado a ocupar un puesto ejecutivo dentro de la compañía de televisión, a pesar de que sólo tenía treinta y ocho años.

Pero Rachel estaba demasiado dolida como para perdonarlo. Sacudió la cabeza e intentó abrirse paso.

—No, Símon, lo siento —insistió con firmeza—. Lo nuestro ha terminado. Te deseo lo mejor, y no voy a cambiar de opinión. Buenas noches.

Él alargó la mano para cogerla del brazo, pero en ese momento se abrió otra de las puertas del pasillo y varias personas salieron. Rachel respiró aliviada, sabía que Simon no se arriesgaría a hacerle una escena en público. Ella entró en el ascensor para bajar al aparcamiento.

Su nuevo apartamento quedaba cerca… el apartamento que habría compartido con Simon después de la boda. Se encontraba en uno de los barrios más elegantes de Londres, a la orilla del río, en el

corazón de la ciudad. El edificio estaba totalmente reconstruido por dentro, aunque conservaba su aspecto exterior de estilo victoriano.

Era tan nuevo que los empleados del contratista aún trabajaban en su reconstrucción, Varios de ellos descansaban frente a la puerta de seguridad del aparcamiento, y Rachel hizo sonar el claxon para que se quitaran.

Algunos le lanzaron miradas lascivas mientras se apartaban para dejarla pasar. Normalmente, habría logrado ignorar tal provocación, pero les dirigió miradas fulminantes mientras apretaba el acelerador. El chirrido de las ruedas resonó en el aparcamiento, al bajar el coche la rampa para entrar en su plaza.

Rachel cogió con rapidez su cartera, cerró de golpe la puerta del coche y caminó de prisa hacia el ascensor. Debía hacer frente a la situación… pero todo había sido inesperado… No había imaginado nunca que Simon fuera capaz de comportarse así.

—¡Maldito, maldito, maldito! —refunfuñó indignada mientras llamaba al ascensor—. ¡Malditos todos los hombres del mundo!

—Bueno, su declaración me parece demasiado general.

Al volverse con rapidez, se encontró con que un par de ojos de color azul grisáceo la contemplaban con insolente aprobación. Ella dirigió al extraño una mirada glacial, pero él prosiguió su lenta inspección.

La joven nunca lo había visto. Pensó que era uno de los trabajadores, un electricista a juzgar por un pesado rollo de cable que llevaba en el hombro. Y a Rachel le pareció que evidentemente pensaba que era un regalo de Dios para las mujeres.

Era alto, A pesar de que ella, con sus zapatos de tacón alto medía casi un metro ochenta, tenía que levantar la cabeza para mirarlo. Tenía el pelo rubio, enmarañado, pero, por su perfección, sus facciones eran comparables a las de un Adonis. Llevaba puesta una chaqueta de motociclista bastante usada… y sus pantalones vaqueros también habían visto mejores tiempos.

El comentario de Rachel parecía haberlo divertido y mostró unos blancos dientes al sonreírle de manera provocativa.

—¿Qué pasa, princesa? —preguntó—. ¿Ha tenido problemas con su novio? Voy a sugerirle algo… ¿por qué no lo deja y me acepta a mí en su lugar?

En aquel momento, la charla de un electricista de los barrios

bajos de Londres le parecía a Rachel insoportable.

Optó por contestarle con desdén.

—No, gracias —y volvió la cabeza al ver que llegaba el ascensor.

Él entró detrás de ella y las puertas se cerraron. Rachel aún sentía la mirada del hombre fija en ella, y con el porte erguido hizo un esfuerzo por ignorarlo… aunque le resultaba difícil en un espacio tan reducido. La miraba de tal modo que la hacía ser consciente de cada curva de su cuerpo, como, si se adivinara a través de la tela de su traje.

Cuando el ascensor llegó al piso de Rachel y las puertas se abrieron, en vez de apartarse para dejarla pasar, apoyó una mano sobre la pared para impedirle el paso.

—¿Sabe?, no soy un candidato tan malo —insistió mientras la miraba burlón—. Tengo la dentadura completa.

—No me interesan lo más mínimo sus atributos —le respondió ella con altanería—. ¿Me podría dejar pasar…?

Rachel, llena de ira, lo rozó al salir, y mientras andaba por el vestíbulo enmoquetado con sus zapatos de tacón alto, era consciente del gracioso balanceo de sus caderas. Casi sentía la mirada insolente del desconocido fija en el movimiento de su trasero, moldeado por su falta'recta.

Alcanzó a oír su risa.

—Es una mujer muy presuntuosa, ¿verdad? —señaló 81 con cordialidad—. De todas maneras, si cambia de opinión y decide empezar algo conmigo, dé un golpe en el techo. Voy a estar en el piso de arriba.

Rachel no se dignó contestar y, al cerrarse las puertas del ascensor, se sintio liberada de aquella presencia tan incómoda. Entró en su apartamento y cerró la puerta.

Su tensión se convirtió en un terrible dolor de cabeza. Con un suspiro, tiró la cartera sobre un sofá y cruzó el salón para admirar por la amplia ventana la vista espectacular del Támesis.

El sol brillaba sobre el ancho río, convirtiéndolo en una cinta de acero reluciente. A la derecha estaba el famoso Tower Bridge y a lo lejos los cristales iluminados y las torres de los edificios comerciales de la ciudad se elevaban majestuosamente sobre el azul cielo de verano.

Simon y ella habían elegido juntos el apartamento. Llenaba

todas sus expectativas… estaba cerca del trabajo, el edificio tenía espléndidas instalaciones, incluidas una piscina y un club privado muy bien equipado en el sótano, y además en los bajos había algunos restaurantes y tiendas magníficos.

Rachel se dio media vuelta para inspeccionar el salón. Era un apartamento muy hermoso. No grande, ya que contaba sólo con un dormitorio, pero como lo iba a ocupar ella sola, le parecía una ventaja. La sencillez del suelo de madera y las paredes blancas constituían un perfecto complemento para su elegante mobiliario italiano de piel negra. Su bien cuidada colección de plantas aña

día un agradable toque, y en la pared estaba colgada un aguainarina de Lowry, de edición limitada, que había hecho antes de alcanzar fama con sus cándidos paisajes industriales.

Una inesperada sensación de soledad la invadió y, después de apoyar la cabeza sobre el frío cristal de la ventana, cerró los ojos. En sólo cinco semanas más Simon se habría mudado a ese apartamento para vivir con ella cuando volvieran de la romántica luna de miel en Venecia.

Parecía el hombre idóneo para ella. No comprendía por qué había tenido que salir todo tan mal. Lo había conocido cinco años antes, cuando ella trabajaba en una emisora de radio en su ciudad natal, Manchester, y la convenció para que fuera a Londres a hacerse cargo de su nuevo programa sobre arte. Al principio le aterraba presentarse en televisión, pero Simon había sido su guía y mentor; la había ayudado a mejorar su aspecto, a refinar sus gustos; le había enseñado todo lo que sabía.

Poco a poco, su relación profesional se fue convirtiendo en algo más personal. En Nochebuena le propuso matrimonio… todo fue muy romántico, en el jardín iluminado por la luz en la casa de los padres de ella. Y, por fin, Rachel tuvo la esperanza de haber encontrado la seguridad y la felicidad que tanto envidiaba en otras mujeres. Aunque él había estado casado, llevaba ocho años divorciado; aún mantenía una relación cordial con su ex mujer y con frecuencia veía a su hija, que tenía trece años.

Y, de pronto, Rachel tendría que contar a todo el mundo la ruptura de su compromiso. Sabía que a su madre iba a disgustarle mucho, pues la boda estaba arreglada, las personas invitadas, la taita encargada, los coches y los fotógrafos contratados… todos los

preparativos se habían hecho ya. Pero no había sido suya la idea de hacer una boda tan espectacular. después de todo. Como Simon era divorciado, ella deseaba sólo una ceremonia civil, pero no había podido convencer a su madre, que había esperado muchos años para hacer el papel de «la madre de la novia». Y además, estaba fascinada con Simon.

Con un suspiro, Rachel levantó el auricular, pero de nuevo lo puso en su sitio sin marcar. Lo que necesitaba era beber un café.

Sin embargo, todo parecía estar contra ella ese día: la cafetera no se encendía. Furiosa, la joven la conectó en otro enchufe, pero tampoco funcionó. Para cerciorarse de que la cafetera estaba estropeada, trató de hacer funcionar la licuadora, sin éxito.

—;Maldición! La culpa de todo la tiene ese electricista que está trabajando en el piso de arriba —murmuró, furiosa—. Estúpido, incompetente… —pensó que se las había arreglado para descomponer la instalación eléctrica de su cocina.

Rachel, furiosa, olvidó sus buenos modales, y cerró de golpe la puerta del apartamento, decidida a subir al último piso y dar un escarmiento a aquel hombre.

Llamó a la puerta tres veces antes de recibir respuesta. Por fin, él la abrió; se había quitado la chaqueta de piel y llevaba puesta una camiseta ajustada, que hacía resaltar los músculos de sus hombros. De pie, apoyado sobre el marco de la puerta, le pareció desconcertantemente masculino. Se le secó la boca, y casi olvidó lo que había ido a hacer.

Y, como había prometido, el hombre la recibió con una insolente sonrisa burlona.

Hola, princesa. ¿Ya ha cambiado de opinión? —le preguntó con sarcasmo; la miró de arriba abajo, haciendo que se ruborizara.

Para defenderse ella le lanzó una mirada gélida.

—Ha estropeado el sistema eléctrico de mi cocina —le informó con frialdad—. No funciona nada.

Él se rió levantando las, manos con gesto de inocencia.

—No tengo la culpa —protestó—. ¿Está segura de que no es un fusible?

—¡No!

—¿Lo ha comprobado?

Rachel hizo un esfuerzo por controlar la indignación que estaba

a punto de explotar en su interior. —No —admitió.

—Habría sido mejor que lo revisara antes de empezar a lanzar acusaciones.

Ella vaciló. Él tenía razón. Ya comenzaba a arrepentirse de haber subido.

—Es… verdad —retrocedió un paso y antes de marcharse le dirigió una fría sonrisa—. No se me ha ocurrido. Discúlpeme por haberlo molestado…

—¿Sabe cómo revisar una caja de fusibles? —le preguntó.

—Bueno… pues…

—Espere un momento mientras cojo un destornillador.

—Oh, no quería molestarlo —protestó con rapidez.

—Lo arreglaré en un minuto —aclaró él—. Si llama a algún electricista quizá tenga que esperarlo dos días.

Contra su voluntad, Rachel tuvo que admitir que él tenía razón de nuevo. Por experiencia, sabía lo incómoda que era semejante espera.

—Bueno… gracias —asintió con la cabeza—. Es usted muy amable.

—No se preocupe —él sonrió con cierta burla y entró en el apartamento.

Mientras esperaba en la puerta, la joven, curiosa, paseó la mirada por la estancia. Por los planos del arquitecto, estaba enterada que la casa era enorme, que abarcaba casi todo el último piso del edificio. Las paredes eran de ladrillos naturales y las vigas originales de roble habían sido dejadas al descubierto. A un lado del salón había paneles de vidrio que se abrían para dar acceso a una amplia terraza con vista al río.

Sin duda era un apartamento diseñado para un hombre. Rachel estaba intrigada. El propietario había debido de pagar una fortuna. Pero, de alguna forma, le parecía que no tenía el aspecto de un lugar destinado sólo para tratar asuntos de negocios. celebrar reuniones o recibir clientes. Más bien le parecía la oficina de un diseñador de interiores.

Él regresó de la terraza y cerró la puerta de cristal.

—Me llamo Nick —se presentó con una sonrisa amistosa.

A Rachel le pareció apuesto con aquel gesto que iluminaba sus ojos con un destello picaresco, y no pudo evitar corresponderle.

Decidió que lo menos que podía hacer era tratarlo con cortesía. Y su coqueteo le parecía bastante inofensivo.

—Yo soy Rachel —trató de comportarse con afabilidad.

—Lo sé… Rachel Haston. La he visto en su programa de televisión. Me parece que se llama… hr Review. —Sí.

—No me gusta —le confesó con tina sonrisa—. Lo veo sólo para admirarla a usted.

Acostumbrada a tales comentarios, Rachel se rió. —Se lo agradezco mucho.

—Es más bonita en persona —añadió él sin dejar de mirarla—. Una mujer con clase.

—Gracias —en su voz había un tono de ironía.

El ascensor se paró en el piso de Rachel y ambos entraron en

su apartamento. El sujeto miró a su alrededor con interés. —Qué bonito. ¿Vive sola?

—S… sí.

Mientras el extraño se dirigía a la ventana, pareció no haber notado la respuesta indecisa de Rachel.

—Difícilmente podría usted creer los cambios que se han hecho aquí —comentó él, con la cabeza inclinada hacia un lado mientras inspeccionaba los muelles recién renovados a lo largo del río—. Estaba en un total abandono… sólo había bodegas antiguas.

Rachel lo observaba con cautela. De pronto pensaba que no debía haberlo dejado entrar en su apartamento… ni decirle que vivía sola. Después de todo, no tenía la seguridad de que trabajara para el contratista.

El se alejó de la ventana.

—Vamos a ver la caja de fusibles —sugirió, lanzando una encantadora sonrisa a Rachel.

—Oh… —ella se sintió más tranquila—. Sí, está aquí. junto a la puerta.

En unos minutos detectó el problema. —Es el cable cortacircuitos —le informó. —¿Puede arreglarlo?

—Por supuesto… es muy fácil. Pero ése no es el problema. Debe de haber una sobrecarga en algún lugar de la cocina. Un cortocircuito —le explicó—. Debo encontrarlo y arreglarlo, si no volverá usted a quedarse sin luz.

—¿Le llevará mucho tiempo?

—Todo depende de en dónde se encuentre.

Rachel lo acompañó a la cocina y con interés vio que revisaba el enchufe de la cafetera. Era consciente de una extraña perturbación en los latidos de su corazón. A pesar de sus temores, no le tenía miedo… de alguna manera no le parecía un hombre capaz de obligarla a hacer algo contra su voluntad. La amenaza que él significaba no era tan directa…

—Aquí todo está bien… —comenzó a revisar los enchufes y casi al momento exclamó con satisfacción—: ¡Ah!

—¿Lo ha localizado? —preguntó, ansiosa.

—Sí. Mire… los cables se están rozando.

Rachel se inclinó para mirar con atención los cables que el hombre le señalaba con la punta del destornillador.

Pero su mente no estaba en eso. Tan cerca, su brazo casi rozaba el del hombre, y era consciente del impacto que le causaba aquella imponente masculinidad. Se apartó de él con rapidez, con la boca seca.

—¡Caramba! Qué pésimo trabajo han hecho —protestó con énfasis—. Voy a quejarme a los contratistas.

—Debe hacerlo —el sujeto miró con desprecio aquel trabajo mal hecho—. Es un descuido imperdonable.

No le llevó mucho tiempo arreglar el contacto de la luz. Trabajaba con gran habilidad, y mientras lo observaba, Rachel notó que no tenía las manos callosas ni sucias como había imaginado, sino bien cuidadas, con dedos largos y delgados y muñecas fuertes. Después de poner la tapa otra vez en su sitio, él encendió la luz.

—Ya está —anunció con satisfacción mientras se encendía la luz amarilla de la cafetera.

—Gracias. Este… ¿le gustaría tomar una taza de café? —le preguntó Rachel con amabilidad.

—Con mucho gusto.

Él estaba apoyado en la pared y, sin dejar de mirarla, le dirigió una sonrisa. Rachel le dio la espalda de inmediato, pues se había ruborizado. No tenía intención de que se prolongara la charla. Quería que se marchara cuanto antes.

Sacó otra taza.

—¿Leche? —le preguntó con fingida formalidad. —Sí, por favor.

Mientras servía el café, le tembló un poco la mano. De pronto

llegaban a su mente toda clase de imágenes perturbadoras y no podía apartarlas. El se rió con suavidad, como si adivinara lo que le sucedía. Acercándose a ella, le quitó la cuchara de los dedos y la puso sobre la mesa.

Rachel se tensó al sentir las yemas de los dedos masculinos en los brazos. No le había dado permiso para tocarla. Pero cuando la hizo volverse con lentitud para obligarla a mirarlo de frente, ella sintió que se ahogaba. Él iba a besarla y sabía que no intentaría detenerlo.

—Una mujer con clase —susurró el hombre con voz ronca.

Inclinó con lentitud la cabeza hacia la de ella, y al sentir el primer roce de sus labios varoniles, a Rachel la invadió una sensación de calor. Cerró los ojos, la sangre se agolpó en su cerebro con rapidez vertiginosa. Sin encontrar resistencia, él profundizó el beso y saboreó cada rincón de su boca con una sensualidad tan intensa que dejó indefensa a la joven.

Se acercó más a .ella; la apoyó contra la barra de la cocina, de modo que cada centímetro del cuerpo de Rachel se le ofrecía, mientras ella le ponía los brazos alrededor del cuello, para rendirse desenfrenadamente al placer del beso. No podía controlar aquella respuesta estremecedora dentro de su ser, respuesta que comunicaba sin reservas. Nick levantó la cabeza, con un brillo de triunfo en sus ojos.

Rachel lo miró asombrada. Su respiración acelerada demostraba su impacto por lo sucedido. Nunca se había comportado así. Ni siquiera con Simon..

Un sentimiento de culpabilidad la hizo retroceder. El hombre, de inmediato comprendió su repentina resistencia y la soltó. Ella se apartó con rapidez y con las mejillas arreboladas.

El agua en la cafetefa estaba hirviendo y, con gran esfuerzo, logró serenarse y concentrarse en servir el café. Pensó que si actuaba corno si nada hubiese ocurrido… Lanzó al hombre una mi

rada furtiva. Estaba apoyado contra la pared y al darse cuenta de que ella lo observaba, una sonrisa burlona se dibujó en su atractivo rostro. Rachel apartó la cara.

Decidió que Simon era el culpable. Aunque ella no se había propuesto pagarle con la misma moneda, alguna parte de su mente debió planear lo contrario. Sabía que lo peor que podía hacer era

sentir pánico. Era indispensable que a toda costa mantuviera la frialdad y obligara al desconocido a irse cuanto antes.

Después de respirar con fuerza para calmarse, forzó una sonrisa al darle la taza de café.

—Aquí está —trató de parecer alegre—. A propósito, ¿cuánto le' debo?

Él se rió, sacudiendo la cabeza.

—No me debe nada, princesa… ha sido un gesto de buena vecindad.

—Pero…

—¿Quién pensaba que era yo? —le preguntó, divertido—. ¿El electricista?

—Bueno… ¿acaso no lo es?

—No. Voy a mudarme el piso de arriba.

¿A ese apartamento?

El hizo un gesto áfrmativo con la cabeza.

—Una de mis empresas es dueña de este edificio comercial.

Capítulo 2

RACHEL lo miró, aturdida. De pronto comprendió por qué le había parecido familiar. Había visto su cara en los diarios o en la televisión, miles de veces. Su nombre era Farlowe. Nick Farlowe. Sacudió la cabeza, riéndose de su propia torpeza. El hombre no era electricista, sino un hábil ejecutivo de finanzas con justa fama de millonario.

—Discúlpeme —respiró, perpleja—. No lo había reconocido. Sin duda piensa que soy una tonta.

El se río, y cierto brillo de picardía apareció en sus ojos azules.

—Sólo si aún se niega a salir conmigo —bromeó.

Rachel sintió que sus mejillas se encendían. Le parecía que una cosa era aceptar un coqueteo trivial e inofensivo con un trabajador descarado al que jamás volvería a ver, y otra una situación que podría causarle un sinnúmero de complicaciones. Ella lo miró disimuladamente mientras bebía su café.

Ese hombre había empezado a trabajar en el negocio de la metalurgia cuando aún iba a la escuela y, a los veinte años, ya había ganado su primer millón. Aunque sólo tenía veintinueve años, ya había multiplicado esa cifra muchas veces, sobre todo mediante la especulación mercantil.

Todos afirmaban que era un hombre inteligente, qué jamás se equivocaba. Por supuesto, su audacia se había convertido en una leyenda. Cualquier cosa que hiciera era imitada de inmediato por los especuladores, lo que de manera automática elevaba el precio de las acciones que compraba.

También era un hombre afortunado con las mujeres, según la opinión pública.

Sin dejar de mirarla, sus ojos brillaban divertidos; esperaba la

respuesta a la invitación informal que le había hecho. Rachel prefirió evadir el tema por completo.

—¿Entonces por qué hacía usted mismo su propia instalación eléctrica? —trató de imprimir un tono de broma a su voz—. ¿Es uno de esos millonarios tacaños que no gastan ni un penique si no es necesario?

Él se rió, sacudiendo la cabeza.

—No. Sólo instalaba la iluminación de la terraza, me parecía más fácil hacerlo yo mismo que explicarle mis proyectos a otra persona.

—Ah, comprendo.

Una llamada a la puerta la interrumpió. Rachel frunció el ceño, desconcertada. Había un intercomunicador con vídeo en la entrada principal, y nadie entraba en el edificio sin el permiso del personal de seguridad.

—¿Quién diablos…?

—¿Quiere que conteste yo? —le ofreció Nick de inmediato.

—No… gracias… —una desagradable premonición comenzó a tomar forma en la mente de Rachel. Después de bajar la taza, fue a abrir la puerta.

Simon estaba en el pasillo, con un ramo de rosas rojas en la mano. Al ver la expresión helada de la mujer, sonrió con ironía.

—Hola, Rachel —escondió las flores.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, nerviosa—. ¿Cómo has burlado la vigilancia?

—Le he explicado mi situación al guardia y he logrado convencerlo —explicó él, sonriente—. Tenía que verte, Rachel —en su voz había un cierto dejo de inquietud—. Esta tarde no hemos podido hablar…

—No tenemos nada que hablar —insistió ella cortante—. Vete, Simon. No quiero verte.

—Rachel… —se acercó a ella para ponerle las rosas en las manos e intentó entrar en el apartamento—. No puedes seguir con esa actitud…

—¿Algún problema, princesa? —Nick apareció en la puerta de la cocina con la taza de café en la mano, como si estuviera en su casa. Y a pesar de su aparente tranquilidad, en su tono de voz se adivinaba una amenaza.

Simon pareció sorprendido.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó, mirándolo agresiva mente.

—Un amigo de Rachel —respondió Nick en el mismo tono—. Me parece que ella no lo ha autorizado a entrar.

Simon la cogió por la cintura para acercarla a él con gesto posesivo.

—No necesito que me inviten —contestó—. Rachel y yo somos.:. fuimos…

—¿De veras? —Nick miró la pálida cara de Rachel—. Creo que uno de los dos debe irse.. princesa. ¿Quiere que me vaya, o prefiere que lo obligue a marcharse a él?

—No… puedo controlar yo misma la situación —se liberó del abrazo de Simon—. Por favor, Simon —le suplicó—. Te he dicho esta tarde.., que todo ha terminado entre nosotros. Déjame sola.

—No ha terminado, y lo sabes —insistió enérgicamente—. Sé que te he hecho daño.. no tengo perdón…

—Simon, por favor.

Él le puso las manos sobre los hombros para obligarla a mirarlo a la cara.

—Dame otra oportunidad, Rachel…

La voz implacable de Nick interrumpió la escena.

—La señorita le ha dicho que se vaya —recordó a Simon de forma concisa—. ¿Necesita alguna ayuda?

Los ojos del aludido brillaron de rabia y por un momento los dos hombres se miraron cara a cara, dispuestos a pelear. Ambos tenían más o menos la misma estatura y peso, y el resultado sería difícil de predecir. Pero Simon no era capaz de comprometerla con una pelea.

—Está bien, me marcho —admitió con dignidad. Miró de arriba abajo a Rachel—. Adiós, Rachel —murmuró—. Te veré mañana.

Después de mirar con hostilidad a Nick, cerró de golpe la puerta. Rachel lo miró inmóvil por un momento.

—Bueno… —dijo Nick con un deje de ironía—. ¿Quién es?

Ella prefirió ser discreta.

—Oh… sólo un amigo —contestó con dignidad.

—¿Un amigo? —miró con curiosidad las rosas que ella tenía en las manos.

—Nosotros… estábamos comprometidos —concedió con rigi

dez.

—Comprendo.

Rachel entró en la cocina a coger un florero.

—íbamos a casarnos dentro de tres semanas —le informó sin

emoción alguna—. Pero me enteré de que se veía con otra persona. —¿Y lo ha dejado?

—Sí.

Él se rió.

—Bueno, siento haber interrumpido su reconciliación —se disculpó—. Debió decírmelo.

Ella de inmediato negó con la cabeza.

—Oh no. Le aseguro que… no se trataba de eso.

—¿Acaso no le ha dicho que la vería mañana?

—Trabaja en el estudio de televisión —le explicó ella con brevedad—. Es productor ejecutivo.

—Ah. De modo que si quisiera podría hacerla pasar un mal rato.

Él hablaba con cierta preocupación, y Rachel estaba tan nerviosa que por un momento sintió la peligrosa necesidad de aceptar la comprensión que él parecía ofrecerle, pero logró controlarse a tiempo.

—No creo… él ya no está directamente vinculado a mi programa. Y además —agregó—, Simon jamás pensaría en hacerme eso… es todo un caballero.

Nick le dirigió una de sus sonrisas pícaras.

—Bueno, eso es algo que yo jamás intentaría ser. Soy como me ve.

En sus ojos había una invitación explícita, un desafío, pero Rachel se negó a reconocerlo. Apartó la mirada, luchando por mantener su coraza de dignidad.

Él se rió con suavidad.

—Bueno, me voy —terminó de un sorbo su café—. Ya no tendrá más problemas con su instalación eléctrica.

—Si vuelvo a tenerlos, hablaré con el contratista —le respondió ella con frialdad mientras lo acompañaba a la puerta—. Gracias por su ayuda.

—De nada.

En el umbral, él se detuvo de manera deliberada y Rachel de pronto se encontró muy cerca de él. Cuando Nick le miró los labios,

sintió que el ritmo de su corazón se aceleraba de manera alarmante. Una fuerza poderosa, primitiva, que no lograba comprender, parecía mantenerla cautiva, apropiándose de su voluntad. Luchó por resistirse; el rubor de sus mejillas la delataba.

Nick sonrió lentamente, como si supiera que causaba estragos dentro de Rachel. Pero no hizo intento alguno por tocarla y con vez cansada dijo:

—La veré otro día, princesa —y subió con agilidad las escaleras para dirigirse a su apartamento.

Rachel cerró la puerta e hizo un gran esfuerzo por controlar su respiración acelerada. No entendía por qué se había comportado de_ esa manera. Ni siquiera era su tipo. Le gustaban los hombres educados, refinados… esa clase de magnetismo animal nunca le había agradado.

Rió de mala gana al tiempo que sacudía la cabeza. Después de haber lanzado acusaciones despiadadas a Simon, ella se había comportado de manera similar. Se preguntaba si era justo condenarlo por su debilidad. Excepto que en el caso de su prometido no había sido sólo un momento, recordó con amargura, sino que se había prolongado durante varias semanas. Todas las noches. que había fingido estar demasiado ocupado.

Sentía curiosidad por saber cuál era la atracción que Linda ejercía sobre él. No era una mujer especialmente atractiva, era más bien regordeta y su pelo reclamaba a gritos un buen,estilista. Sin embargo, Rachel recordó que su aspecto no importaba. Linda era el tipo de mujer al cual se referían las revistas, diciendo que tenía sex-appeal. Algo que ella no tenía, reflexionó divertida

Rachel. Durante su adolescencia, algunos chicos se habían interesado por ella, pero finalmente la impaciencia de ellos la había cansado. Y después conoció a Simon.

Con una repentina claridad que casi la dejó sin aliento, volvió a recordar el calor del beso de Nick Farlowe. Con el dedo se tocó los labios. Jamás había pensado que un beso pudiera ser así, ni que pudiera corresponderlo con pasión tan arrolladora.

Sobrgsaltada y temerosa de las implicaciones de su pensamiento, lo apartó con firmeza de su pensamiento. Estaba preocupada y se sentía más vulnerable que de costumbre. Entró en la cocina para prepararse otra taza de café.

—Seguiremos con los comentarios del Consejo de Arte, y dejaremos para la semana que viene lo relacionado con el Teatro Nacional. ¿Está de acuerdo, Rachel?

—¿Cómo? Oh… sí, muy bien —sonrió sin saber con exactitud a qué se había comprometido. Durante las reuniones de producción jamás divagaba, pero por mucho tiempo sus emociones no la habían traicionado.

Como supuso, la noticia de la ruptura de su compromiso matrimonial ya se había propagado. Peroe nadie se había atrevido a comentarle el asunto. Lo notó en la forma atenta en que todos la saludaban; la miraban como si fuera una bomba de relojería que podría explotar en cualquier momento.

Y casi todos estaban al tanto de la causa de la ruptura. La única sorpresa era que hubiera necesitado tanto tiempo para darse cuenta. Los rumores de la oficina normalmente corrían de boca en boca.

No sabía si había sido precipitada su decisión de terminar con Simon. Casi no había podido dormir la noche anterior, dándole vueltas en la cabeza al asunto. Él parecía arrepentido y le había asegurado que aún la amaba.

La reunión de producción estaba a punto de concluir, y los participantes revisaban sus agendas y programas de coordinación. Alguien le hizo una pregunta en el momento en que sonaba el teléfono. Nerviosa, Rachel trataba de atender todo al mismo tiempo; su acostumbrada organización parecía haberse esfumado.

Al oír la voz de Simon del otro lado de la línea respondió con rapidez:

—¿Puedes esperar un momento? —y se volvió hacia Gerald—. Sí, espero que el Ministro de Cultura acepte una entrevista la semana que viene. Su secretaria me llamará hoy

—Magnífico —Gerald asintió con la cabeza—. Insiste, no vamos a darnos por vencidos en el último momento.

—Pondré todo mi esfuerzo —prometió ella. Aquel breve respiro le dio la oportunidad de recuperar parte de su compostura. Giró el sillón para dar la espalda a los demás, y con serenidad, empezó a hablar—: ¿Qué pasa, Simon?

Rachel oyó su risa forzada.

—Bueno, por lo menos no me has colgado el teléfono. —Discúlpame. Estábamos a punto de terminar una reunión —le

explicó con tono neutral, tanto para darle a entender que su decisión aún era la misma, como para que no la entendieran los demás. —¿Quieres cenar conmigo esta noche?

—No, Simon —respondió—. No tiene sentido, entre nosotros no hay nada más que hablar..

—¿Estás segura? No estoy de acuerdo contigo. Por ejemplo, me gustaría que me aclararas qué hacía Nicholas Farlowe en nuestro apartamento, ayer por la tarde. Oh, sí, sé quién es —agregó—. Lo reconocí al momento.

Un sentimiento de culpabilidad hizo que la indignación se apoderara de Rachel.

—No creo que sea asunto tuyo —contestó bruscamente.

—¿Eso crees? Conozco su reputación. ¿Quién no? Me acusas de ser desleal contigo y te has estado viendo con él a mis espaldas.

—¡No es verdad! —se dio cuenta de que había alzado la voz. Ansiosa, miró hacia atrás, pero la mayoría de los asistentes ya habían abandonado el despacho—. —lo me he estado viendo con él —repitió con agresividad—,. Para tu información, acaba de mudarse al edificio. Lo conocí ayer_ Tuve un problema con el sistema eléctrico y él tuvo la amabilidad de arreglarlo.

—Comprendo —aún parecía molesto—. Discúlpame. Mis celos, al verte con él, me hicieron sacar conclusiones equivocadas. Después de la forma en que te traté, lo tengo bien merecido.

Rachel se mordió el labio al recordar con toda claridad lo que habia sucedido con Nick.

—Acepto tus disculpas —murmuró, avergonzada por haberlo defraudado.

—Mira, Rachel, por lo menos démonos la oportunidad de volver a discutir los asuntos que nos conciernen. Déjame invitarte a cenar. Te prometo no obligarte a nada. Sólo hablaremos. Si después insistes en que todo ha terminado, aceptaré tu decisión.

Ella vaciló mientras luchaba con la confusión que la invadía. 'No estaba dispuesta a darle la oportunidad de convencerla, y sin embargo no quería acabar tan bruscamente.

—No… puedo salir antes del sábado —repuso—. Mañana debo entregar un artículo y tengo que trabajar toda la tarde. Y mañana iré a Glyndebourne para grabar una entrevista con María Ewing. Volveré el viernes ya muy tarde.

—El sábado es un buen día —aceptó Simon—. Pasaré a buscarte a las ocho.

—Está bien, Simon. Te veré entonces.

—Adiós, cariño. Y por favor recuerda esto: Te amo.

Rachel no pudo contestar. Sostuvo el auricular un momento antes de colocarlo en su sitio. Ya comenzaba a arrepentirse de haber accedido a salir con él.

Era verdad que tenía que escribir un artículo, una de las muchas colaboraciones que entregaba a distintas revistas y diarios. Pero ya estaba casi terminado, y sólo necesitaba dedicarle más o menos una hora de trabajo. Pero si le hubiera dicho a Simon que en realidad iba a dedicar la tarde a jugar al squash con su cuñada, Maggie, él hubiera intentado convencerla de que cancelara el compromiso.

Y Rachel disfrutaba los miércoles por la tarde de la compañía de Maggie. Se reunían cada semana para jugar o, si no tenían ganas, iban de compras. Maggie era una de sus pocas amigas, quizá porque entre ellas no había ni la más mínima sombra de celos ni de competencia.

Se cayeron bien desde el momento en que su hermano las presentó, diez años atrás. La madre de Rachel era una mujer muy dominante, pero Maggie había manejado a su suegra con tanta diplomacia, que se había ganado el afecto de su familia política.

Al abrir la puerta de su apartamento, Rachel comprendió que no era necesario que le contara a Maggie lo sucedido.

—Anoche hablé con tu madre por teléfono, más de una hora —le anunció Maggie con una mueca, mientras la abrazaba.

Rachel se rió con simpatía.

—Oh, Maggie, lo siento. ¿Aguantaste todo el relato?

—Sí. ¿Pero cómo estás tú? Te veo muy bien —Maggie se mantuvo a distancia de Rachel para examinarla con ojo critico—. ;Cielos! Cuánto envidio tu figura —suspiró—. ¡Yo engordo con sólo ver un plato de patatas fritas! ¿Qué pasó? La versión de tu madre era bastante rara.

—Oh, decidimos… terminar nuestra relación explicó Rachel, concisa.

Maggie la miró con incredulidad.

—Eh, no andes con rodeos. Recuerda que soy tu mejor amiga.

Quiero saber la verdad, toda la verdad y nada más que la

verdad, Rachel suspiró.

—Se veía con otra mujer —le confesó—. Me enteré ayer.

—¿Qué dices? ¡Canalla! En fin, menos mal que lo supiste antes de la boda.

—Quizá tengas razón —admitió Rachel, melancólica. Maggie la miró fijamente.

—No pretendes insinuar que estarías dispuesta a perdonarlo, ¿verdad? —preguntó, indignada.

—Bueno… En realidad no, pero… Oh, no lo sé. No es agradable quedarme para vestir santos.

—¿Para vestir santos? ¿De dónde te sacas esa idea? —protestó Maggie con vehemencia—. Con tu increíble atractivo, debes volver locos a todos los hombres.

—Eso no lo es todo —señaló Rachel con una sonrisa forzada. —No… pero además tienes muchas otras cualidades. Eres inteligente, dulce y generosa. No te preocupes… el mar está lleno

de peces.

Rachel se rió moviendo la cabeza.

—No, no creo… al menos en lo que a mí concierne. De hoy en adelante, sólo me concentraré en mi carrera. Además, ¿a quién le atrae casarse con un pez?

Mientras reía cogieron el ascensor para bajar al sótano, donde se. encontraba el club deportivo. Había dos canchas de squash junto al gimnasio y enfrente de la piscina. El diseño de las insta laciones era idéntico al resto del edificio, y una agradable zona de descanso con cómodos sillones unía las dos secciones. Las paredes de ladrillos, los techos de madera, y los macizos de plan tas debajo de la iluminación creaban un efecto tranquilizador.

Las dos canchas estaban ocupadas y a Rachel se le aceleró el

corazón al darse cuenta de que uno de los jugadores era Nick Farlowe. Llevaba puestos unos pantalones blancos y camiseta del mismo tono, y su piel bronceada acentuaba su atractivo. Se movía por la cancha con la gracia de un verdadero atleta y ella lo miraba como si estuviera hipnotizada.

Apartó la mirada con rapidez, esperando que Maggie no hubiera observado su reacción. No le parecía prudente que se dejase impresionar de esa manera por un cuerpo, aunque muy pocas veces hubiese visto otro que pudiera comparársele.

Maggie no hizo ningún esfuerzo por disimular su admiración.

—iMmm, hmmm! —murmuró—. ¿Quién es?

—Oh… Se llama Nick Farlowe. Sabes, es el rey de los deshechos de metal —Rachel trataba de hablar con indiferencia, pero su propio oído captó el temblor de su voz—. Acaba de mudarse al piso de arriba… creo que tiene algo que ver con la compañía propietaria del edificio.

—¿De veras? —Maggie lo observaba descaradamente—. Seguro que es muy rico. Además, es guapo. ¿Está casado?

—No —repuso Rachel con cautela—. Al menos, eso creo.

—Hmmm —el brillo de los ojos de su cuñada advirtió a Rachel que imaginaba que ella ya había encontrado otro «pez». Rachel miró alarmada a Maggie… con pocas esperanzas de persuadirla de que estaba equivocada.

Maggie se sentó en uno de los bancos tapizados para mirar a los dos jugadores y, de mala gana, Rachel la imitó. Si hubiera encontrado una disculpa razonable, le habría sugerido que se olvidaran del juego, pero Maggie no era fácil de convencer. Se reclinó en el asiento, fingiendo relajarse, e incluso trató de convencerse de que sólo le interesaba la puntuación del partido.

Era un juego reñido. El contrincante de Nick, otro de los residentes, estaba relacionado con la banca. En el servicio, el otro jugador lanzó un enérgico revés, manteniendo la trayectoria alta, y Nick golpeó la pelota de frente, lanzándola cerca de la pared lateral.

La pelota, apenas visible, cruzaba la cancha, rebotaba fuera de las paredes, mientras los dos hombres competían con ferocidad por cada punto. Pero Nick dominaba el partido. Su técnica era excelente, su posición en el golpe derecho, casi perfecta: sus pies no se movían, su cuerpo se mantenía inclinado hacia delante, de manera que la cabeza estaba mucho más arriba que la pelota. Su estrategia era digna de un profesional.

A través de una jugada magistral logró sorprender a su rival fuera de lugar. El banquero hizo un esfuerzo desesperado por golpear la pelota, pero le faltó altura,.y Nick aprovechó la oportunidad para lanzar la pelota en diagonal, lo que le valió ganar otro punto y el partido.

Maggie aplaudió cuando los dos hombres abrieron la puerta para salir de la cancha.

—Muy bien —comentó con la simpatía que Rachel le envidiaba tanto—. He disfrutado mucho.

El banquero reía.

—Supongo que más que yo al jugarlo —admitió con ironía—. Me temo que eres demasiado bueno para ser mi rival, Farlowe.

Nick se rió y, después de ponerse la toalla en el hombro, se sentó enfrente de Rachel.

—Tonterías, ha sido un buen juego —aclaró Nick—. ¿Qué te parece si volvemos a jugar el viernes?

El otro hombre rió de nuevo, limpiándose la cara. Estaba sonrojado y jadeante, mientras que Nick sólo tenía ligeras gotas de sudor en las cejas.

—De acuerdo —aceptó su contrincante al tiempo que elevaba la vista hacia el cielo—. Me gustan los castigos. Supongo que tendrás que aceptar sólo tiros arriba de la línea.

—Como gustes —medió Nick con facilidad. Aquellos ojos azules se volvieron hacia Rachel, pillándola de sorpresa—. ¿Qué le parece si alguna vez jugamos por parejas? —le sugirió, burlón.

Ella se las arregló para sonreírle con frialdad, sacudiendo la cabeza.

—Oh, no estoy de acuerdo jadeó—. Su nivel de juego es muy superior al nuestro.

—No seas tonta —la interrumpió Maggie de inmediato—. Jugaremos con usted cuando guste.

Nick le dirigió una sonrisa de simpatía y se volvió hacia Rachel.

—Ya ve.

Rachel levantó los hombros; su expresión mostraba una absoluta indiferencia.

—Está bien… algún día fijaremos la fecha —aceptó sin el más mínimo entusiasmo.

—Y si lleva esa ropa —agregó Nick, mirando sus delgadas piernas con tal sensualidad que ella se sintió incómoda—, tendrá una ventaja desleal.

Rachel le dirigió una mirada fulminante, pero él era muy poco sensible para cambiar de parecer y seguía inspeccionándole las piernas con franca admiración, corno si hubiera pagado por el privilegio. La joven sintió que las mejillas se le encendían, pero no estaba dispuesta a demostrarle que ejercía tal efecto sobre ella.

—A propósito, ¿puedo presentarle a mi cuñada? —le preguntó con el fin de distraer su atención—, Maggie… Nick Farlowe.

El brillo burlón de sus ojos hizo saber a Rachel que se había dado cuenta de su treta, pero se volvió hacia Maggie para fascinada con una de sus encantadoras sonrisas.

—Hola… Encantado de conocerla, Maggie. ¿También trabaja en la televisión? —preguntó él con interés.

El anillo de matrimonio de Maggie no la inmunizaba contra los efectos de aquel irresistible encanto.

~No, mi trabajo no es tan atractivo —suspiré—. Soy una simple ama de casa.

—A mí me parece que yes un bonito empleo a tiempo completo

—Nick se rió.

—Es verdad… sobre todo con un niño travieso de cuatro años, un perro, ¡y un marido que ni siquiera sabe dónde está la cesta de la ropa sucia!

—Parece una casa muy alegre.

Maggie hizo un ruidito con la garganta; llena de coquetería.

—¡Pienso entrar en el club local de rugby para disfrutar de un poco de paz y tranquilidad los sábados por la tarde!

Rachel apretó los labios para demostrar su disgusto mientras los veía reír. ¿No entendía por qué tenía Maggie que halagarlo. Creía que su ego ya estaba lo suficientemente inflado aun sin estímulos adicionales. Nick y su cuñada parecían haber entablado amistad con demasiada rapidez. Incluso él le estaba comentando que iba a hacer una fiesta para inaugurar su casa y que estaba invitada.

—Y también su marido, por supuesto —agregó con cierta desgana.

—Oh, me gustaría ir —suspiró, melancólica—. Pero el próximo fin de semana iremos a ver a mis padres. Es su aniversario de bodas.

—No se preocupe. Quizá en otra ocasión —se volvió hacia Rachel con tanta rapidez que de nuevo la sorprendió.

—¿Y usted, princesa? ¿Tiene algo que hacer el sábado por la noche?

Rachel contuvo el aliento.

—Oh… voy a salir a cenar —tartamudeó.

Él sonrió. No parecía molestarlo tener competidores.

—Bueno, llévelo también —sugirió, y una sombra de desafío

apareció en sus ojos—. Cuantos más seamos, mejor.

—No lo creo —contestó escuetamente.

Nick levantó una ceja dudando.

—Supongo que no se trata de ese tipo que conocí ayer en su casa, ¿o sí? —la retó. Rachel se negó a mirarlo a los ojos y él se rió burlón—. Bueno… ¿de modo que las rosas rojas, después de todo, han resuelto el problema? Quizá algún día yo también le arregale unás.

—Aunque no le importa, le aseguro que vamos a cenar sólo como… amigos —le informó con acento glacial.

—Entonces, llévelo a mi fiesta —repitió él con un dejo de sarcasmo en la voz.

—Está bien —ella le dio la espalda—. Como la cancha ya estás ocupada, lo mejor será que empecemos nuestro juego ahora mismo —advirtió a Maggie—, o alguien nos la quitará.

—Oh… sí, está bien —accedió Maggie incómoda, pues había

seguido la conversación con descarado interés—. Adiós, Nick. Ha asido un placer conocerlo —agregó, cerrando la puerta—. Eso es lo que yo llamo un hombre apuesto.

Rachel se rió.

—Maggie, eres una respetable mujer casada —le criticó con suavidad—. No tienes derecho a admirar a los hombres.

Maggie se rió entre dientes.

—El estar casada no me prohibe mirar. Además, él parecía mucho más interesado en ti —añadió, observaba alguna reacción en Rachel.

Ésta se encogió de hombros.

—Me temo que a 61 le interesa cualquier escoba con falda — señaló con tono de broma.

—¡Vamos! —protestó Maggie—. Si yo fuera soltera…

—De todas maneras, no es mi tipo —insistió Rachel mientrasefectuaba el servicio.

Sabía muy bien que Nick la observaba desde el otro lado de la puerta y le era difícil apartarlo de su mente, pues era consciente de que su prenda corta dejaba ver más de lo que ella quería cada vez que se inclinaba.

Mientras hacía otro servicio, echó una rápida mirada hacia el lugar en que él se encontraba. Reclinado en el asiento, no dejaba de

mirarla, a pesar de que charlaba ocasionalmente con su amigo, y su sonrisa hacía saber a Rachel que disfrutaba la vista por completo.

La joven se sintió indignada. Siempre había odiado a los hombres que trataban a las mujeres como simples objetos sexuales, y estaba segura de que como él era rico y bien parecido, creía que tenía derecho a conquistar a cualquier mujer.

Disparó la pelota con fuerza hacia la pared trasera, y rebotó en línea recta hacia donde estaba Maggie. Al apartarse, ésta perdió el punto.

—¡Eh! ¡Cuidado! —protestó, riendo.

—Lo siento —Rachel sonrió apenada, haciendo un esfuerzo por serenarse.

—¿Con quién vas a salir el sábado? —preguntó Maggie mientras devolvía de nuevo la pelota.

—Simon.

—¿Qué dices? —Maggie la miró con asombro—. ¿Pero no me has dicho que habías terminado con él?

—Es verdad. Sólo se trata… bueno, no quiero romper de mala manera con él. Estarnos de acuerdo… en que esta será nuestra última cita. No volveré a salir con él.

La expresión de Maggie resultó elocuente.

—Si me lo preguntas, te diré que estás loca —manifestó con firmeza—. ¡No es posible: que todavía no hayas aprendido la lección! ¿Y te atreves a rechazar a un bombón como ése? —inclinó la cabeza en dirección a Nick.

—Nick Farlowe no sería un buen candidato para una relación estable. Tenía fama de conquistador —observó Rachel, bromista.

—¿Y piensas que Simon es mejor? —desafió Maggie a su cuñada con cierto desdén—. Creo que has tomado la decisión acertada. Un hombre que busca aventuras con otra mujer, ¡no es un buen candidato para el matrimonio!

—Las cosas no han sido así —protestó Rachel, sonrojada—. Al menos…

Mientras hacía otro servicio, echó una rápida mirada hacia el lugar en que él se encontraba. Reclinado en el asiento, no dejaba de mirarla, a pesar de que charlaba ocasionalmente con su amigo, y su sonrisa hacía saber a Rachel que disfrutaba la vista por completo.

La joven se sintió indignada. Siempre había odiado a los

hombres que trataban a las mujeres como simples objetos sexuales, y estaba segura de que como él era rico y bien parecido, creía que tenía derecho a conquistar a cualquier mujer.

Disparó la pelota con fuerza hacia la pared trasera, y rebotó en línea recta hacia donde estaba Maggie. Al apartarse, ésta perdió el punto.

—¡Eh! ¡Cuidado! —protestó, riendo.

—Lo siento —Rachel sonrió apenada, haciendo un esfuerzo por serenarse.

—¿Con quién vas a salir el sábado? —preguntó Maggie mientras devolvía de nuevo la pelota.

—Simon.

—¿Qué dices? —Maggie la miró con asombro—. ¿Pero no me has dicho que habías terminado con él?

—Es verdad. Sólo se trata… bueno, no quiero romper de mala manera con él. Estarnos de acuerdo… en que esta será nuestra última cita. No volveré a salir con él.

La expresión de Maggie resultó elocuente.

—Si me lo preguntas, te diré que estás loca —manifestó con firmeza—. ¡No es posible: que todavía no hayas aprendido la lección! ¿Y te atreves a rechazar a un bombón como ése? —inclinó la cabeza en dirección a Nick.

—Nick Farlowe no sería un buen candidato para una relación estable. Tenía fama de conquistador —observó Rachel, bromista.

—¿Y piensas que Simon es mejor? —desafió Maggie a su cuñada con cierto desdén—. Creo que has tomado la decisión acertada. Un hombre que busca aventuras con otra mujer, ¡no es un buen candidato para el matrimonio!

—Las cosas no han sido así —protestó Rachel, sonrojada—. Al menos…

—Tres semanas antes de tu matrimonio —le recordó Maggie con tristeza—. ¿Cómo supones que se comportaría después?

—Sí, bueno… eso sería distinto —masculló Rachel.

—No lo creas. Si no confías en él ahora, jamás lo harás.

Capítulo 3

El sábado llegó enseguida. Rachel dedicó toda la tarde a la elección de su atuendo. Deseaba estar lo mejor posible, para que Simon comprendiera lo que había dejado escapar.

Se cambió tres veces antes de quedar satisfecha, y por fin decidió ponerse unos pantalones amplios de seda, negros, y una blusa ajustada con tonos brillantes de cobre y bronce. Su peinado alto con una suave onda. sobre la amplia frente le daba un aspecto distinguido. Como joyas, decidió llevar sólo unos pendientes de oro. Simon se los había regalado en Navidad.

Estuvo arreglada muy pronto y se dedicó a deambular por la sala, intentado ordenar la confusión de su mente. No había visto a Simon desde el miércoles porque había estado fuera del estudio, pero la tregua no la había ayudado a decidir si había hecho bien en romper su compromiso con él.

Una parte de ella anhelaba con desesperación olvidarse de lo ocurrido. Antes de conocer a Simon, estaba tan acostumbrada a ser soltera que incluso creía estar satisfecha de su independencia, pero de pronto le resultaba más difícil ajustarse de nuevo a su soltería de lo que había previsto.

Después de todo, no sabía si había sido tan reprobable lo que le había hecho. Ella misma había comprobado lo fácil que era sucumbir a la tentación fugaz de una atracción física. La relación entre ellos había aportado mucho más que eso: había atracción y respeto mutuo, el tipo de ingredientes que verdaderamente le importaban. Estaba segura de que podrían tener un buen matrimonio.

Pero aún resonaba en sus oídos la advertencia de Maggie. Quizá tenía razón. No podía tener la absoluta seguridad de que, una vez

que pasara la ilusión de la luna de miel, no apareciera otra Linda. Y si ella no podía confiar en él. sabía que no tenía futuro su relación matrimonial.

Y además, estaba Nick Fartowe. Aunque no hablaba con él desde el miércoles, sí lo había visto en el aparcamiento del edificio. Con frecuencia iba en motocicleta, una máquina de gran potencia. Sentada en el coche lo observó entrar y aparcar y luego subir al ascensor. Su forma de moverse le parecía ágil, atlética, varonil. No podía negar la extraña fascinación que le inspiraba, a pesar suyo. La hacía sentirse incómoda.

El zumbido del vídeo-intercomunicador interrumpió sus pensamientos. En la pequeña pantalla vio la imagen de Simon, y sonrió. El traje de etiqueta le favorecía mucho, y su chaqueta negra y su corbata eran impecables.

—Espérame abajo, Simon. Ahora voy —le dijo ansiosa por evitar cualquier dificultad que pudiera presentarse si él subía a su apartamento.

—Date prisa —le recomendó él—. Hay un taxi esperando y he hecho una reserva.

—Bajo enseguida —sacó su chaqueta de terciopelo y corrió hacia el ascensor. Simon estaba en el vestíbulo y charlaba con el portero de servicio, como si quisiera convertirlo en su aliado. La miró al salir del ascensor y sonrió.

—Estás preciosa.

—Gracias.

¿Por qué no te has puesto la estola de piel que te regalé? —le preguntó mientras se acercaba para ayudarla a ponerse la chaqueta.

—No sé… —respondió, vacilante—. Hace mucho calor —lanzó un profundo suspiro—. Además, no me gusta ponérmela —agregó con decisión—. Cuando me la regalaste te dije que no me gustan las pieles auténticas. Es cruel.

—Ah —él se rió, como si su comentario le pareciera trivial. Simon la acercó hacia sí y su cálido aliento acarició la sien femenina—, Veo que llevas los pendientes que te regalé —observó con satisfacción.

—Me gustan —le respondió, secamente—. ¿Nos vamos? —sugirió ella, con frialdad—. Me has dicho que tenías una mesa reservada.

—Ah, sí —cuando estaba a punto de pasarle el brazo por los hombros, cambió de opinión, y con una sonrisa de indulgencia guardó la distancia—. Esta noche vamos a cenar en un nuevo restaurante —le señaló cuando subieron al taxi—. Te gustará.

—¿De veras? —murmuró con sequedad. Le parecía absurdo no haber observado antes que él de manera automática, asumía de antemano que invariablemente iba a estar de acuerdo con sus sugerencias. De pronto tal actitud comenzaba a crisparle los nervios.

Ambos se sentaron en la parte trasera del taxi y mientras éste atravesaba las concurridas calles de Londres, guardaron silencio. El lugar que Simon había elegido estaba en Chelsea, una zona tan saturada de restaurantes de todo tipo, que los nuevos abrían y desaparecían en cuestión de semanas. El elegido por Simon estaba especializado en nueva cocina. La mayoría de los muebles eran de mimbre y sin duda era el lugar de moda, pues varios conocidos estaban allí.

Rachel tomó asiento, consciente de que el hecho de que estuvieran juntos propiciaba la atención y los rumores de la concurrencia.

—¿No podíamos ir a un lugar un poco más privado? —preguntó a Simon tranquila mientras el camarero les daba la carta. Simon sonrió.

—Si realmente lo deseas, puedo complacerte —admitió contra su voluntad—. Pero comprobarás que la comida de aquí es excelente. Te encantará el gratin de crabe. Después comeremos los cótellettes d'agneau. La salsa Périgourdine con la que los sirven es incomparable. Y si quieres postre, te recomiendo terrine du cassis.

— Oui, monsieur —el camarero hizo una media reverencia y se alejó cuando el encargado de los vinos se acercaba a la mesa.

—Creo que para variar voy a pedir un Chablis —dijo Rachel pensativa, consciente de que Simon estaba a punto de pedir su acostumbrado Montrachet—. ¿Y qué te parece un Graves con el cordero?

Simon parecía un poco sorprendido, pero el encargado de los vinos rebosaba satisfacción.

—Una elección excelente, mademoiselle. Tenemos un Haut Brion que creo que será un complemento perfecto para el plato que

acaba de pedir.

—¿Del «78»? —preguntó Simon. —Por supuesto, monsieur.

Cuando se quedaron solos, Simon le dirigió una sonrisa curiosa.

—¿A qué se debe tu repentina decisión de cambiar de vinos? —He tenido ganas de cambiar —contestó a la ligera. Él se rió antes de comentarle con aire protector: —Por supuesto. Un poco de variedad siempre es agradable. —Bueno, tú debes saberlo —la respuesta no se hizo esperar. Él parecía dolido.

—Por favor, no eches a perder con riñas una buena comida —suplicó él.

—¿Qué, el sentido de esta noche no era hablar? —Hay tiempo.

Rachel lo miró airada, molesta por su aire de irreprochable confianza en sí mismo.

—A propósito —anunció ella motivada por un deseo incontrolable de molestarlo—, Nick Farlowe da esta noche una fiesta para inaugurar su apartamento. Le prometí que iríamos.

La reacción de Simon fue satisfactoria para la joven.

—¿Qué dices? —indignado, movió la mano a manera derechazo —. Ese…

—Creí que sería divertido —prosiguió, satisfecha—. Va a ir mucha,gente.

El vaciló, tomando en cuenta el punto de vista de Rachel. Los socios de Nick Farlowe pertenecían a diversos ambientes, desde el mundo del espectáculo hasta las altas finanzas. Era el tipo de reuniones que a Simon le encantaba frecuentar, pues constituían una oportunidad para relacionarse, compartir ideas. Pero aún no podía reprimir su antipatía por el millonario.

—No me agrada la forma en que te mira —refunfuñó—. Si cree que va a conquistarte…

—No seas tonto, Simon —protestó Rachel con la esperanza de que no observara el ligero temblor de su voz—. Desde luego que es un hombre muy apuesto y simpático. Pero no es mi tipo y estoy segura de que yo tampoco el suyo.

—Él no tiene preferencias. Cualquier cosa con faldas logrará conquistarlo.

Ella sintió que sus mejilla se arrebolaban.

—No seas ordinario —replicó incisivamente—. Me gusta, pero sólo como amigo.

Él pareció aceptar su afirmación a pie juntillas.

—Está bien —accedió, sonriente—. Si quieres ir a esa fiesta, podríamos ir una media hora.

—Será suficiente —Rachel estuvo de acuerdo de inmediato. En realidad no deseaba quedarse más tiempo, ya que no confiaba en sus propias emociones.

Simon hizo un gesto afirmativo con la cabeza y cambió de tema.

—¿Qué tal te ha sido en Glyndeboume?

—Oh, muy bien —respondió la joven, contenta de poder apartar a Nick Farlowe de su mente—. María Ewing estuvo fantástica.

—Ah, sí. La Ewing es por sí misma un espectáculo impresionante. Su Carmen en la Arena Earl's Court ha sido una de las mejores óperas que he escuchado.

Por fin Rachel pudo relajarse un poco. Siempre había disfrutado la compañía de Simon. Era un conversador interesante y divertido, y los puntos de vista de los dos coincidían en muchas cosas. Y además, era innegable que poseía un cierto estilo y un carisma que propiciaban las miradas de las otras mujeres que se hallaban en el restaurante.

La comida fue excelente. Rachel tuvo que admitir que la elección de Simon había sido magnífica, y mientras saboreaban los platos, hablaron de la temporada de ópera de Glyndebourne, antes de comentar la última producción en Covent Garden y una nueva exposición de pinturas contemporáneas en la Galería Nacional.

Pero Rachel no estaba aún preparada para bajar sus defensas. Podía disfrutar una sola noche con él, pero no quería comprometerse a nada. Quería vivir al día. Incluso si decidieran continuar sus relaciones y casarse, no encontraba ninguna razón para que lo hicieran en la fecha originalmente planeada.

Salieron del restaurante tarde y Rachel ya no estaba segura de querer ir a la fiesta. La idea de ver a Nick la ponía nerviosa. Pero su reacción le parecía absurda, puesto que tendría que encontrárselo tarde o temprano. Intentaba convencerse de que era sólo un hombre muy apuesto al que había permitido que la besara en una ocasión… por error.

—Sólo un rato —respondió—. No es necesario que nos quedemos. Nuestra asistencia es mera cortesía.

—Está bien —el gesto irónico de Simon demostraba su mal

opinión del anfitrión—. Cómo tú digas.

Un taxi se acercó y, con su acostumbrada galantería, la ayudó a subir. Pero, al sentarse a su lado, estuvo a punto de abrazarla, y Rachel se apartó un poco de él.

Los ojos de Simon brillaron en la oscuridad.

—¿Qué pasa? —preguntó, malhumorado—. Estás a la defensiva.

—¿No crees que tengo razón? —contestó concisa.

—Oh, Rachel —le cogió la mano y la sujetó con fuerza cuando ella trató de retirarla—. ¿No podemos olvidar lo sucedido? —intentó persuadirla—. Créeme, no volverá a ocurrir. Estoy enamorado de ti, lo sabes.

Rachel, indecisa, miró la mano que sujetaba la suya. Casarse con Simon significaba obtener un sinnúmero de cosas: él le ofrecía un futuro lleno de felicidad y seguridad y, además, hijos. Rachel deseaba mucho tenerlos. El hecho de vivir un futuro de soledad le parecía triste. Ya tenía treinta y un años. El tiempo corría a gran velocidad y le parecía bastante improbable que conociera a otra persona…

En su mente apareció con claridad el rostro picaresco de Nick Farlowe, y sus labios se calentaron con el recuerdo de su beso. Su corazón latía con fuerza, e hizo un gran esfuerzo por apartar de su cabeza aquella imagen. Veía ridículo suponer que Nick podría ofrecerle seguridad y una relación duradera, pues él no era de ese tipo.

Pero, en el momento en que Simon le puso el brazo sobre el hombro para acercarla a él, se quedó rígida.

—Por favor, Rachel. Lo nuestro fue muy agradable —murmuró él intentando luchar contra su resistencia—. No lo eches todo a perder. Comprendo que cometí un error, pero jamás quise hacerte daño. Linda nunca me! importó —le puso la mano bajo de la barbilla para levantarle la cara—. No podría amar a nadie más —le juró con la voz enronquecida por la sinceridad—. Eres tan hermosa.

Inclinó la cabeza hacia ella y un arranque de pánico invadió a Rachel. Aunque siempre había disfrutado los besos de Simon, no podía compararlos con el de Nick. Apartó con rapidez la cabeza y Simon le besó la mejilla.

—No, yo… —aspiró con fuerza, luchando por ordenar la confusión de dudas y preguntas que la torturaban—. Lo siento,

Simon. Necesito… un poco más de tiempo —logró decir, pues un sentimiento de culpa crecía en su interior—. ¿No puedes comprenderlo?

Una mueca de impaciencia apareció en el rostro de Simon. —;,Sabes? Estás haciendo una montaña de un grano de arena —suspiró con fastidio.

Rachel le devolvió una mirada helada. —No me lo parece —replicó.

—Oh, Rachel… —mientras reía la cogió por la cintura para acercarla a él—. No volvamos a pelear de nuevo. ¿Por qué no llamamos a todas nuestras amistades para decirles que la boda se celebrará?

—Por favor, Simon… —ella se movió intentando liberarse de él. En aquel momento el taxi se detuvo frente al edificio, y el conductor volvió la cabeza hacia ellos; debía de haber visto por el retrovisor la última escena, pues su gesto era huraño.

—¿Está usted bien, señorita? —le preguntó.

—Sí, gracias —le aseguró ella con rapidez.

La única alternativa de Simon era soltarla. Después de pagar, ayudó Rachel a bajar del taxi. Ella llevaba la llave en la mano, pero mientras atravesaban el palio, el policía de seguridad la reconoció y oprimió el botón para abrir las amplias puertas de cristal.

—Buenas noches, señorita Haston —la saludó cortésmente.

—Hola, Tom. ¿Cómo va la varicela de su niña?

—Mucho mejor, señorita —sonrió—. Las erupciones de la piel ya han desaparecido, y para ser honesto le diré que se aburre un poco. ¡Jamás pensé que llegaría el día en que nos dijera que le dejaremos ir al colegio!

Rachel sonrió, siguiendo a Simon hacia el ascensor.

De manera posesiva, la obligó a cogerlo del brazo, pero guardaron silencio mientras subían al último piso. Rachel sentía cierta tensión en su interior. Aunque: sospechaba que el hecho de ver a los dos hombres juntos la ayudaría a aclarar la confusión de su mente.

Pero no lograba comprender por qué debía haber confusión alguna. Amaba a Simon, y sólo se trataba de decidir si estaba dispuesta a volver a tenerle la suficiente confianza como para casarse con él. Nick era un extraño. La reacción que había tenido

ante él era meramente física. Y aunque sus sentimientos por él fueran más consistentes, no le parecía el hombre adecuado, y no era necesario que Simon le recordara su reputación. Su relación con él no tendría futuro alguno.

Las puertas del ascensor se abrieron y de inmediato oyeron el sonido de una música estridente que salía de la puerta abierta del enorme apartamento.

Había mucha gente en el apartamento, pero como era tan grande no parecía demasiado concurrido. Simon miró a su alrededor; una sonrisa irónica se dibujaba en su boca.

—Muy agradable —comentó escuetamente.

Rachel estaba de acuerdo con él. Era un apartamento fabuloso. Los sutiles efectos de una iluminación bien colocada creaban un ambiente íntimo, y hacía desaparecer la impresión de estar perdido en el amplio espacio, y los paneles de vidrio que daban a la terraza permanecían abiertos, para que el suave aire de la noche entrara en el salón.

Rachel entregó su chaqueta de terciopelo a un amable camarero cuya elegante librea color verde oscuro lo identificaba como empleado de una de las más afamadas casas proveedoras de comidas de la ciudad; ella aceptó una copa de champán que le dio otro de los camareros y permitió que Simon le pasara la mano por el brazo de él, mientras la acompañaba a visitar el enorme salón.

—Sin duda tiene buen ojo para las inversiones —reconoció Simon a regañadientes, mientras examinaba una complicada escultura de metal esmaltado en negro—. Es un Murray.

Rachel ya había reconocido el trabajo del escultor de moda; en el salón había más piezas de él. Una pintura colgada en la pared llamó su atención. Era de Monet y representaba la parte del Támesis donde se encontraban. Había sido pintada en un amanecer cubierto por la niebla; el agua azul grisáceo reflejaba la luz color amarillo pálido, tan perfectamente capturada en el lienzo, que parecía tocar el espíritu puro del agua.

—Ese cuadro también vale un dineral —comentó Simon entre dientes.

Rachel le dirigió una mirada de resentimiento. Ante una pintura tan maravillosa, odiaba que se le recordara el factor económico que en gran parte gobernaba el mundo del arte.

Se unieron a la concurrencia; la joven no había exagerado al imaginar que muchas personalidades estarían presentes. Si fuera una cazadora de autógrafos, habría llenado un libro. Varias pajeras bailaban en el jardín, en medio de las macetas de flores de colores, y más allá de la ciudad, los altos edificios trazaban dibujos geométricos de luz contra el cielo, los cuales se reflejaban como brillantes en la reluciente agua del río. Parecía como si las parejas estuvieran en la cubierta superior de algún transatlántico de lujo anclado en el Támesis.

Rachel miraba a su alrededor para buscar al anfitrión, y son

rió al localizarlo del otro lado del salón, rodeado de mujeres. Sus gustos parecían bastante eclécticos: una muchacha no mayor de diecisiete años, una famosa comediante bastante conocida por su radical feminismo, una acicalada actriz más allá de los cuarenta. Todas se mostraban igualmente fascinadas por el extraño encanto que Nick poseía.

El estaba tan apuesto como de costumbre, vestido de manera informal, con pantalones vaqueros ceñidos y una camisa en colores azul y blanco, cuyos puños llevaba enrollados sobre sus muñecas fuertes y morenas. Una vez más, Rachel se sobresaltó por el aire tan varonil que irradiaba.

Al ver a Rachel sobre las cabezas de sus admiradoras, Nick le dirigió una de sus sonrisas devastadoras e. ignorando las protestas de las mujeres que lo rodeaban, se acercó a saludarla.

—Hola, princesa. Me alegro de que haya venido —la miró de arriba abajo—. Está sensacional.

—Gracias —contestó ella con rigidez. El anfitrión había ignorado por completo a Simon, que lo miraba con hostilidad. Ella sintió un arranque de indignación con los dos hombres. Le parecían dos perros que peleaban por un hueso—. A propósito —agregó ella mordaz—, ¿recuerdas a Simon Chandler?

—Por supuesto —Nick extendió la mano con cordialidad, pero el destello de un desafío burlón en sus ojos no necesitaba interpretación alguna.

—Buenas noches —Simon lo saludó con aspereza mientras correspondía el cortísimo apretón de manos, y acto seguido, deslizó el brazo sobre los hombros de Rachel con gesto posesivo—. Ven, Rachel… vamos a bailar —sugirió, conciso.

Ella accedió sin vacilar, incómoda por sentirse atrapada entre los dos. Cuando se alejaron, miró por encima del hombro a Nick, quien al sorprender otra vez su mirada, le sonrió sarcástico, como si supiera con exactitud cuánto la perturbaba su presencia.

Inclinando la cabeza con desprecio, le volvió la espalda.

Simon la cogió entre sus brazos para que bailaran al compás lento de la música. Ella lograba percibir su indignación, aunque él se esforzaba en controlarse.

—Bueno, parece que tratas de ponerme celoso —se mofó de ella —. No tendrás éxito, Rachel.

—No sé a qué te refieres —respondió con voz tensa debido al esfuerzo quede suponía mantener la compostura.

—Por supuesto que lo sabes —sus ojos oscuros brillaron—. Quiero advertirte que no soy un hombre que tolere esa clase de juegos. Si te interesa, vete con él —movió la cabeza hacia el lugar en donde Nick se hallaba, rodeado por sus bellas admiradoras—. Él es sólo un donjuán —rió con desprecio—. Tv sólo serías una conquista más.

Rachel sintió que las mejillas se le encendían.

—No seas ridículo —protestó—. Ya te dije que no es mi tipo.

Y no lo era. No entendía por qué una camisa informal y unos pantalones vaqueros de pronto le habían parecido tan atractivos, cuando siempre había preferido la elegancia de una chaqueta de etiqueta. Sentía que comenzaba a invadirla el pánico. Sabía que sólo se trataba de una reacción física. Nick parecía causar el mismo efecto en casi todas las mujeres. Pero si ella no lograba controlarse, y con rapidez, pondría en peligro cualquier oportunidad de reconciliarse con Simon. Pero éste, no consciente de su excitación, tenía la cabeza inclinada sobre la de ella.

—Está bien, te creo —él rió quedamente—. Tu distinción te impediría enamorarte de un vulgar seductor de mujeres como ése —la acercó aun más a él—. Además, no podría soportar que te apartaras de mí —añadió de forma posesiva—. Me perteneces.

Rachel cerró los ojos, mientras inclinaba la frente sobre su hombro, permitiendo que la envolviera entre sus brazos. Simon era un hombre fuerte y seguro de sí; siempre la cuidaría. Pensaba que quizás la estúpida aventura con Linda la había propiciado ella misma. Para un hombre como Simon, permanecer soltero había

debido de ser terrible. Rachel no se sentía con derecho a culparlo pues se había dado cuenta de que ella era también susceptible de sentirse atraída por un coqueteo pasajero con otra persona.

Desde el refugio de los brazos de Simon, miró con disimulo a Nick. Bailaba con una rubia esbelta y reía por algo que ella le

decía. Tal vez lo que la había atraído de él había sido su actitud tan distinta de la de Simon.

Los dos hombres eran diametralmente opuestos… Simon era trabajador y ambicioso, mientras que en la vida de Nick… la buena suerte parecía haber ‚Jugado un papel definitivo para ayudarlo a amasar sus millones. El no parecía tomarse nada con seriedad.

De pronto, Simon levantó la cabeza.

—1 Eh! ¡Mira quién.está aquí! —exclamó con alegría, y cogió de la mano a Rachel para atravesar el salón—. Bill… ¿cómo estás? ¿Recuerdas a mi prometida, Rachel Haston?

Esta se dio cuenta de que la saludaba alguien que apenas conocía, un amigo de Simon, editor de diarios. Rachel respondió con amabilidad. No obstante,, en su interior, se sentía molesta. Fue presentada a otros señores del grupo y sus esposas, y como le ocurría cada vez que estaba rodeada por extraños, utilizó su sonrisa automática, abstrayéndose y dejando que «Rachel Haston» la suplantara.

—Estábamos hablando del último boletín del gobierno —le comentó Bill a Simon—. ¿Tú qué opinas?

—Oh, no creo que nos afecte de manera drástica en la televisión. Supongo que sólo consolida la maraña de la actual legislación…

Rachel aceptó otra copa de champán que le ofreció uno de los camareros, y la bebió con lentitud. Simon daba la impresión de haber olvidado su existencia. Cuando comenzaba a hablar de política no podía parar. Ella respondió a algunos comentarios que le hicieron las esposas, las cuales se conocían de antemano, y hablaban sobre alguien a quien ella no conocía.

Se sentía excluida, y ese sentimiento tan familiar de aislamiento comenzaba a desesperarla.

Distraída, dejó que su mirada vagara por la pared donde colgaba el Monet. Era una pintura maravillosa. Siempre le habían interesado los impresionistas…

—Espléndida, ¿no le parece?

Rachel se quedó sin aliento cuando Nick se acercó a ella.

—Si… Sí, lo es —contestó un poco temblorosa, mientras se apartaba de él.

—El pintor logró captar a la perfección la forma en que la luz cambiaba de color a esa hora de la mañana —añadió pensativo, mirando el cuadro. Ella lo miró sorprendida por su inesperada sensibilidad y él levantó la ceja con curiosidad—. ¿Qué le pasa? —le preguntó, burlón—. ¿Le parece extraño que un vulgar sujeto de la clase obrera aprecie el arte?

Rachel parpadeó, estupefacta y levantó la barbilla con altanería.

—Usted no pertenece a la clase obrera —examinó de manera significativa el caro apartamento—. Ya no.

—No —admitió él, la sonrisa sarcástica aún seguía en su boca—. Pero comencé con un trabajo muy humilde y estoy seguro de que usted no puede resistir la curiosidad de saber a qué me dedicaba, ¿o no? Se pregunta: ¿qué se sentirá al vivir en la pobreza?

Ella tragó saliva, su corazón palpitaba con fuerza. Jamás lo había pensado, pero sí tenía razón en cuanto a su irresistible curiosidad. El beso que le había dado había despertado algo desconocido dentro de su ser. Se preguntaba qué se sentiría al recostarse en sus brazos y permitir que aquellas manos fuertes la acariciaran.

Nick pareció leerle el pensamiento.

—¿Dónde está tu novio? —preguntó con ironía.

—Oh… hablando de negocios —con la mano señaló el rincón donde se encontraba Sirnon.

—Ah —sus ojos brillaron de satisfacción—. Parece que por el momento se encuentra muy ocupado; de modo que…

La abrazó sin darle tiempo a protestar y comenzó a bailar con ella. Su primera respuesta fue apartarse de él. pero con una ligerísima tensión de sus fuertes músculos, Nick le advirtió que no estaba dispuesto a dejarla escapar, sin hacerle antes una escena. Rachel lo miró, cautelosa.

—Tranquilícese —la persuadió con un cierto dejo de burla—. ¿En qué puede perjudicarla que bailemos una pieza?

Rachel hizo un gran esfuerzo para resistir el encanto seductor de aquella voz.

—No… no estoy acostumbrada a que me manipulen —contestó

con rigidez.

—¿Manipular? —el sutil cambio de énfasis de alguna manera modificó por completo el significado de la palabra—. No, creo que no. Su aspecto indica que nadie la ha tocado. Parece fría, pero ambos sabemos que es una impresión falsa, ¿no es verdad? —sonreía de manera tan íntima que logró debilitarla—. No besa como una mujer de hielo —murmuró; su aliento cálido le acariciaba la mejilla—. Y su cuerpo no parece frío en este momento… sino cálido, suave y provocativo.

A Rachel le dio un vuelco el corazón. Aquella voz suave, ronca, tejía un hechizo alrededor de ella, hipnotizándola. La varonil mejilla estaba apoyada contra su pelo, y ella, con los ojos cerrados, aspiró el aroma de su piel. La música era lenta y sensual y bailaban muy cerca… casi como si se estuvieran haciendo el amor.

Rachel se dio cuenta de que bailaban en el jardín. Las parejas que los rodeaban estaban a su vez tan embelesados, que ni siquiera se percataron dé su presencia.

La noche era oscura y romántica, el aire estaba saturado de la delicada fragancia de los jazmines y madreselvas que crecían en las macetas junto a la pared. La iluminación que Níck había improvisado se perdía entre el follaje, derramando un suave brillo.

Había sólo una leve brisa, y el cielo estaba salpicado de estrellas. Era una perfecta noche de verano, allí arriba, sobre los tejados de Londres. A lo lejos, la gran campana del Big Ben tocaba con solemnidad la medianoche, y el sonido pareció vagar por el río.

El recuerdo de la manera en que la había besado Nick no se apartaba de la mente de Rachel. Se olvidó de Simon, sólo era consciente de unos brazos fuertes alrededor de ella, de la calidez del aliento de Nick sobre su pelo. La música era lenta; el sonido dei saxofón daba una nota de melancolía. Era una noche mágica, una noche de romance…

Un roce en su brazo rompió el hechizo.

—Si ya estás lista —Simon rechinó los dientes, impaciente.

Rachel lo miró con asombro, mientras su mente giraba con desconcierto luchando por volver de nuevo a la realidad.

—¿Cómo? —jadeó sin aliento.

—Voy a retirarme en este momento.

Una repentina indignación surgió en el interior de la joven. Por

estar enfrascado en una discusión fascinante, la había ignorado. Y también la había presentado como su prometida, como si las cosas se hubieran resuelto entre ellos.

—Oh, ¿de veras? —preguntó a la defensiva—. Bueno, yo no.

La rabia se reflejó en los ojos de Simon.

—¿Ah? ¿Preferirías quedarte aquí con él? —preguntó con una sonrisa burlona, moviendo la cabeza con desdén hacia Nick, quien observaba la escena con evidente diversión.

—Desde luego que no voy a correr detrás de ti cuando silbes, como un manso cachorrito —ella le devolvió el comentario.

Simon la cogió del brazo con fuerza.

—No me montes una escena, Rachel —le advirtió con tono amenazador—.. Es costumbre que una dama salga de la fiesta con

el hombre con el cual llegó.

—Pero la señorita no desea irse con usted —terció Nick como si quisiera provocar un escándalo.

—No se meta en esto —lo amenazó Simon, con los puños apretados.

Nick rió con desprecio.

—Le daría un buen escarmiento, si no estuviera mal visto que el anfitrión se peleara con uno de sus invitados —le dijo, sarcástico.

—No necesito que me enseñe buenos modales —Simon estaba a punto de perder el control—. ¿Vas a venir o no, Rachel?

—No —pronunció ella, claramente. Se dio cuenta de que el contratiempo había llamado la atención de varios de los invitados, y mantuvo la cabeza erguida intentando reprimir el rubor que cubría sus mejillas.

—Está bien —admitió Simon de mala gana—. Buenas noches —dio media vuelta para andar hacia la puerta, sin decir una palabra más. Los invitados se separaron para dejarlo pasar.

Capítulo 4

RACHEL se dio cuenta de que temblaba.

—Creo que lo mejor es que la acompañe a su casa —le sugirió Nick, cogiéndola por la cintura.

—0h… sí, gracias —accedió con voz vacilante. Las lágrimas estaban a punto de escapársele, lágrimas de coraje, pero trató de controlarlas. Dejó que Nick se abriera paso entre la enorme concurrencia y, en el vestíbulo, ella recogió la chaqueta que un camarero le entregó, antes de salir.

Nick llamó al ascensor y, apoyado en la pared, la observó mientras ella luchaba por calmarse.

—No llore por él —le aconsejó Nick—. No merece la pena.

—No estoy llorando —insistió Rachel mientras parpadeaba para disimular las lágrimas—. Por la menos, no estoy arrepentida. ¡Sólo me siento sumamente indignada!

—Estupendo —Nick rió—. Tiene toda la razón.

—Se creyó que me quedaría ahí como… como un geranio en una maceta, hasta que se dignara darse cuenta otra vez de mi presencia —el ascensor llegó y ambos lo abordaron—. Tenía ganas de gritar… o de darle un puntapié a algo. Es más, me habría gustado pegarle, se lo merecía.

—Recuérdeme que nunca debo contrariarla —murmuró Nick, y una sonrisa se vislumbró en las profundidades de sus ojos azules.

—¡Es tan… arrogante! Me trata como si fuera idiota. ¡Cuando me invita a cenar, él escoge mi comida!

—¿Por qué lo tolera? —preguntó Nick.

—No sé —confesó, riéndose de sí misma—. Antes no me molestaba, ni siquiera notaba que lo hacía. Pero esta noche, su actitud me ha crispado los nervios. ¡Me sentía como una marioneta,

andando de un lado a otro!

—La actitud de usted de esta noche lo ha herido en lo más profundo —afirmó él cordialmente mientras entraba con Rachel en su apartamento.

—Siempre se ha comportado así. Jamás ha hecho caso de mis palabras ni les ha dado valor a mis opiniones. —¿Café?

—¿Cómo…? Oh, sí, por favor —Rachel se dejó caer pesadamente en el amplio sofá de piel—. Y supuso que yo estaría dispuesta a olvidar su relación con Linda, ¡y a casarme con él como si nada hubiera ocurrido! Creo que yo he tenido la culpa… ¡nunca debí haber aceptado su invitación a cenar!

—Entonces, ¿por qué lo hizo? —le preguntó Nick desde la cocina, donde buscaba los trastos para servir el café.

Rachel sintió que enrojecía. Él debía de pensar que era una estúpida.

—Oh, no… no quería que nos separáramos enfadados —tartamudeó—. Supuse que podíamos terminar como amigos.

—Excelente objetivo —admitió Nick—. Pero en la práctica casi nunca tiene éxito.

—No. Pero por lo menos ahora tengo la seguridad de que hice bien en romper con él. Las cosas nunca hubieran funcionado. Está tan seguro de sus propias opiniones… creo que me hubiera vuelto loca.

—¿De manera que ya no está enamorada de él? —preguntó Nick mientras servía el café en las tazas. Las colocó en una mesita de cristal y después se sentó en un elegante sillón italiano, sin dejar de observar a Rachel mientras esperaba su contestación.

—No… no lo sé —tartamudeó, sin atreverse a mirarlo de frente. Agitada, se puso de pie para ir hacia la ventana, y vio que había que arrancar una hoja amarillenta de una de las plantas.

Simon jamás la había hecho sentir lo que Nick. Se preguntaba si eso era amor, o simple atracción física, pero era algo totalmente distinto a lo que siempre había creído de sí misma.

Nick aún estaba sentado, y la observaba con una ligera sonrisa, como si le divirtiera aquel nerviosismo.

—No creo que esté enamorada de él —murmuró con suavidad—. De lo contrario no me miraría como lo hace.

Nick se levantó y, con lentitud, caminó hacia Rachel. Esta fijó en

él su mirada, prisionera del poder de aquellos ojos azules. El corazón le latía con tal fuerza, que temió que él pudiera oírlo.

—Es usted una mujer con mucha clase —su voz sensual se filtraba en sus defensas. Nick levantó la mano para acariciarle con sutileza la mejilla—. Su prometido no sería capaz de apreciar lo que usted vale —se inclinó hacia ella para rozarle la boca. Rachel entreabrió los labios esperando su beso.

Pero él retrocedió.

—Y si no vuelvo a mi apartamento cuanto antes, apareceremos en las columnas de chismes el lunes —añadió en broma—. Buenas noches, princesa.

Rachel lo miró, incrédula. Casi la había seducido y estaba a .punto de marcharse, tan sereno. Cuando la puerta del ascensor se cerró tras de él, Rachel recobró el juicio. Temblaba de rabia y sentía las piernas tan débiles, que tuvo que sentarse.

Deliberadamente se había burlado de ella, excitándola con una mirada, con una sonrisa..— pero ella se sentía diferente a las admiradoras que lo rodeaban en su apartamento; aún le quedaba un poco de dignidad.

Decidió que era preferible que gastara todas las energías en su carrera.

No quería tener nada que ver ni con Simon ni con Nick, no quería depender de nadie.

Quizá debido a la agitación emocional de toda la noche, durmió mucho mejor de lo que esperaba y, a la mañana siguiente se despertó ya tarde. Recostada en la cama, con el recuerdo de algún sueño aún en su mente, comprendió que la había despertado el insistente sonido del teléfono. Pensó que tal vez era Simon, para disculparse. Descolgó somnolienta.

—Hola, princesa —se sorprendió al oír la voz cálida y ronca de Nick. No esperaba que la llamara por teléfono.

—Oh… hola —contestó un poco titubeante.

—¿Aún acostada? —preguntó, y la sensualidad de su voz la hizo recordar cuando bailaba entre sus brazos.

—S… sí —admitió contenta de que no pudiera ver el rubor que cubría sus mejillas.

—Yo también —susurró él—. ¿No quisiera estar aquí arriba conmigo?

Hubiera deseado contestarle algo, pero en aquel momento no supo qué decirle.

—¿Qué ropa lleva puesta? —preguntó Nick malicioso—. No me conteste… déjeme imaginarla. Un camisón de seda suave, ceñido… supongo que blanco como un témpano de hielo. Con un profundo escote de encaje…

—¿Qué está diciendo? —Rachel se echó a reír contra su voluntad mientras luchaba por serenarse—. ¿No cree que esos comentarios son bastante inoportunos?

Él sonrió.

—No opino lo mismo. Es una forma grata de empezar el día. Creo que la más grata —se corrigió, y el timbre aterciopelado de su voz pareció acariciarla—. E incluso sería mejor si se encontrara aquí conmigo.

Sus palabras hicieran que los latidos del corazón de Rachel se aceleraran tanto que se sintió mareada.

—No, yo… no estoy de acuerdo —se atrevió a contestarle.

—¿De verdad? Me parece que sería una idea excelente —murmuró él con voz ronca—. La mejor de todas. ¿Por qué no sube para que se lo demuestre?

Rachel cerró los ojos al imaginar que estaba en la cama con él.

Cuando finalmente logró apartar de su mente esas imágenes, se sentó.

—Tal vez resulte divertido por un tiempo —respondió con aspereza—. Pero me temo que el sexo ocasional no me interesa. —¿Qué es lo que pretende, princesa? —se burló de ella—. ¿Anillos de brillantes, campanas nupciales, y un hombre que le regale rosas rojas?

—¿Y eso qué tiene de malo? —contraatacó enfadada.

—Nada —su respuesta fue lacónica—. Pero no cuente conmigo… no me gustan los romances permanentes.

Ella lo sabía de antemano y no entendía por qué la hería tanto oírselo decir.

—Ademas de tratar de adivinar la ropa que uso para dormir, ¿hay alguna otra razón para esta llamada? —preguntó con fría indiferencia.

—¿Le gustaría pasar una agradable tarde metiéndose en el lodo hasta las rodillas y tomando un perrito caliente para calentarse? —

preguntó Nick con un tono burlón en la voz—. ¿O una carrera de motocicletas es indigna de Rachel Haston?

—Desde luego que no —protestó, dolida.

—Magnífico. Bajaré a buscarla dentro de veinte minutos —colgó sin darle tiempo a contestar.

Rachel miró el teléfono, pensando que se había dejado embaucar por él. Lo último que deseaba era pasar en su compañía todo un día. Y sin embargo, ignoraba qué perjuicio podía ocasionarle asistir a una carrera. Estarían a plena luz del día, y habría mucha gente alrededor…

Y además, no tenía intención de quedarse en casa para esperar a que Simon la llamara para pedirle disculpas por su comportamiento de la noche anterior. Por lo que a ella se refería, su relación estaba perdida. Ya era una persona libre. Siempre y cuando tuviera cuidado de no perder la cabeza…

Era poco probable que ella hubiera elegido una carrera de motocicletas para pasar un domingo. Pero Nick parecía entusiasmado. Rachel se levantó de la cama alentada por una sensación de felicidad, que no quiso examinar a fondo.

Cuando Nick llamó a la puerta, ella ya estaba lista. Teniendo presente su advertencia sobre el lodo, se puso unos pantalones vaqueros ceñidos, unas botas de piel y un jersey amplio. Se recogió el pelo en una especie de moño. Mientras se ponía su chaqueta rosa, abrió la puerta.

Nick la miró de arriba abajo sin disimular una admiración que aceleró el pulso de Rachel.

—Mmm… estás sensacional —le dirigió una sonrisa irresistible —. ¿Qué es lo que se supone que vamos a hacer esta tarde?

—Ver carreras de motocicletas —respondió ella, riendo.

—Oh. sí —hizo una mueca de alegre desgano—. Creo que lo mejor es que nos vayamos cuanto antes. Y pórtate bien… habrá unas doscientas personas, y con tu enorme atractivo, la más ligera provocación hará que me olvide de mí mismo y te arroje al césped.

—Al lodo —lo corrigió con dulzura.

—¡Grr! ¡Aún mejor! —se le acercó como un monstruo, con el fin de sacarla del apartamento, y mientras esperaban el ascensor le dio un abrazo con fuerza, levantándola del suelo y haciéndola protestar con alegría. Rachel se agitaba en sus brazos, mientras disfrutaba de

la deliciosa sensación de mover su cuerpo contra el de él.

Las puertas del ascensor se abrieron y una pareja de los vecinos más serios salió. Su reacción de sorpresa fue de inmediato disimulada con una sonrisa de cortesía, y Rachel y Nick se rieron a carcajadas cuando entraron en el ascensor y las puertas se cerraron.

—¡Dios mío…! ¿Has visto la cara de la señora? —preguntó Rachel con una risita—. ¡Cualquiera hubiera pensado que tenías las manos debajo de mi camiseta!

qué idea tan excelente —bromeó él. llevándola hacia un rincón.

—¡Basta! —protestó Rachel casi sin aliento a causa de la risa. La sensación de tratar de equiparar su fuerza con la de Nick provocaba imágenes eróticas en su cerebro, como hacerse el amor en el ascensor…

Como si Nick hubiera imaginado lo mismo, se apartó de ella. Sus ojos brillaban con una sonrisa de entendimiento. Rachel sintió que la invadía cierto temor. Parecía como si él hubiera decidido tranquilizarse… al menos por el momento.

El ascensor llegó al sótano y al salir. Nick le ofreció la mano. Al apretarla, sintió que el corazón le brincaba de felicidad. Estaba feliz.

—¿Te has subido alguna vez en una motocicleta? —preguntó Nick mientras caminaban a través del aparcamiento.

—Por supuesto —respondió Rachel—. Mi hermano mayor tenía una cuando éramos pequeños. Yo solía ir en la parte de atrás.

—Magnífico. De modo que ya sabes lo que tienes que hacer — Nick se detuvo para sonreír orgulloso ante la flamante motocicleta que ocupaba una de las plazas del garaje.

—Oh… —Rachel la miró con cierto recelo. Parecía muy distinta a la de su hermano. Era enorme.

—Es muy bonita, ¿no crees? —preguntó Nick al tiempo que abría un portaequipajes escondido dentro de la moderna caja de fibra de vidrio, y le entregaba un casco negro.

—Pues… No estoy segura de que sea el calificativo adecuado para definirla —murmuró, incierta.

—La mejor motocicleta para carretera —le aseguró—. Es una Norton. Cuando uno se sube a ella, jamás vuelve a utilizar un coche, no en Londres.

—Parece muy práctica —dijo ella pensativa, mientras observaba

las líneas potentes de la motocicleta, con cierta aprensión.

—No te preocupes —le aseguró Nick—. Agárrate a mí con fuerza, manténte firme y muévete al ritmo de la moto —el tono picaresco de su voz insinuaba que no sólo se refería a la forma de montar la enorme motocicleta.

Nick se cubrió la cabeza con un casco y la oscura visera le ocultó la cara. Rachel lo miró fijamente. Sin aquellos ojos a la vista de pronto le pareció un extraño. No sabía casi nada de él, excepto lo que había leído en los periódicos. No sabía si era prudente pasar con él todo el día.

Nick puso en marcha la moto y la máquina lanzó un fuerte rugido que se oyó en todo el aparcamiento. Rachel vaciló, temerosa de la moto y de su conductor. Ambos eran más poderosos, más peligrosos de lo que ella había experimentado nunca, y su instinto de conservación le aconsejaba que se diera media vuelta y se refugiara en su acogedor apartamento de paredes blancas.

Pero Nick ya había dado marcha atrás y esperaba que Rachel subiera. La extraña fascinación que ejercía sobre ella resultó más fuerte que su temor. Deseaba pasar la tarde con él. y el precio era que se subiera a la moto. Después de tragar saliva, se puso el casco y se acomodó en el pequeño asiento.

El potente arranque la estremeció. Tuvo una última oportunidad de cambiar de opinión cuando se detuvieron en la salida del aparcamiento para esperar a que se abriera la puerta, y después salieron con rapidez para unirse al tráfico.

Mientras la motocicleta se desplazaba a velocidad vertiginosa, Rachel aún tenía miedo, lo que añadía más sabor al sentimiento más estimulante que había experimentado en su vida. Apoyada en la amplia espalda de. Nick, sus brazos apretados alrededor de su cintura, sentía como si ellos y la moto formaran una unidad, fusionados en un milagro de equilibrio y velocidad.

Se sentía como si hicieran el amor. En vano luchó por apartar de su mente las imágenes eróticas. Nick Farlowe la había hechizado, transformándola en una criatura ardiente, sensual. Cerró los ojos para dejar que sus pensamientos vagaran por algún lugar desconocido, en el cu;l no existían inhibiciones que señalaran los límites de su imaginación.

No fueron muy lejos. Salieron de la carretera y giraron en una

calle de casas con grandes balcones, llegaron hasta un campamento cubierto de carteles; sobre un trailer había un coche viejo lleno de polvo y dos motocicletas. Nick hizo sonar la bocina y los conductores lo saludaron, como si lo reconocieran.

Nick y ella fueron hacia la izquierda y, después de pasar debajo de un viejo puente del ferrocarril, llegaron a un amplio espacio abierto de tierra abandonada, donde ya había muchas personas. Con cuidado. Nick salvó los baches antes de aparcar la imponente motocicleta entre una fila de coches.

Parecía un parque de atracciones. Había más motocicletas juntas de las que Rachel había visto en su vida, trailers y caravanas, y un camión de perritas calientes. Después de quitarse el casco, miró a su alrededor, fascinada.

—¡Nick! —un hombre negro, alto y fornido, con los pantalones cubiertos de aceite se le acercó para saludarlo con un alegre apretón de manos—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Y tú? —Nick quitó a Rachel el casco para ponerlo junto al suyo en el portaequipajes de la motocicleta—, Rachel, ése es el gran Jim Bradley. Jim, te presento a Rachel Haston.

El hombre la saludó con una amplia sonrisa y le ofreció su enorme mano.

—Hola. Encantado de conocerla —parecía sincero, aunque sin duda no la había reconocido. Aquella cordialidad franca le resultaba desconocida, le parecía diferente al afecto superficial de su mundo.

—¿Cómo está? —Rachel le tomó simpatía cuando con sus fuertes dedos le estrecho con suavidad la mano.

—¿Le ha dicho Nick que va a llenarse de lodo? —preguntó. moviendo la cabeza hacia Nick.

—Sí. Pero creo que no lloverá. El día está muy claro.

El recién llegado lanzó una risita.

—Ah. pero riegan con mangueras todo el recorrido —señaló el camino. Un hombre estaba regándolo con una manguera de jardín —. Si no. todo el polvo del camino se metería en las motocicletas.

Rachel sonrió con tristeza mirando su ropa. Quizá no fuera tan adecuada como había creído.

—Oh, no importa —suspiró—. Supongo que el lodo es fácil de lavar.

Jim se echó a reír a carcajadas.

De pronto un grupo de chicos los rodeó, pidiendo la atención de Nick.

—iBarry fue el más rápido durante la práctica, Nick!

—¿Cuál supones que es el mejor lugar en la alineación, Nick? ¿El de la derecha?

—¿Ya has visto las nuevas motocicletas que han sacado? Son fantásticas. ¡Tienen un carburador Mikuni y la suspensión es genial!

Nick sonrió a Rachel y Jim lanzó una risita al ver la expresión de asombro de la mujer.

—Esto es un club —le explicó Jim—. Eligieron ellos mismos el nombre de los Halcones de Farlowe —evidentemente le parecía divertida su elección.

—¿Por qué los Halcones de Farlowe? —aún estaba desconcertada.

—Nick los patrocina. Firmó el contrato de arrendamiento de este terreno y les compró las motocicletas. Estos muchachos jamás hubieran podido adquirirlas con sus ingresos. Todos lo consideran un hombre maravilloso —aunque aún reía, hablaba en serio.

Rachel miró a Nick de otro modo. Para ella era una sorpresa enterarse de que era un filántropo que no se limitaba a hacer caridades intrascendentes, sino que tomaba parte activa en el bienestar de un gran número de gente.

Aunque era evidente que lo disfrutaba. Los chicos lo veneraban como a un héroe y él parecía encontrarse feliz y tranquilo en su compañía. De su sonrisa había desaparecido el gesto sardónico de su fiesta, cuando lo rodeaban sus admiradoras.

«Quizá alguna vez fue como estos chicos», reflexionó Rachel.. Un chico loco por las motocicletas y sin dinero para comprar una propia, y aunque hubiera logrado adquirirla, no había un lugar para conducirla. Se preguntó qué clase de niñez había tenido Nick. Qué había originado su impulso de convertirse en un hombre rico. Dónde se encontraba su familia.

—Ven a ver las motos, Nick, y dinos si crees que están bien armadas —le suplicaban los chicos colgados de sus brazos.

—Está bien, está bien —aceptó. Extendió la mano hacia Rachel y, mientras ella la cogía, sonrió ante las expresiones de las caras de los chicos. Era evidente que estaban de acuerdo con que hubiera

llevado una chica para que lo acompañara en la carrera.

—¿Cuál era la marca de la moto que tenía tu hermano? —le preguntó Nick con el fin de que participara en la charla.

—Una Triumph vieja. Mi primo y él la restauraron juntos.

—¿Una Triumph? —los jóvenes la miraron con respeto—. ¿Qué tipo de moto era?

—Creo que una Tiger —hizo un esfuerzo por recordar. Eso tos impresionó.

—¡Fantástico! ¡Es una clásica!

Nick le dirigió una sonrisa.

—¿Quieres tomar una taza de té antes que empiece la carrera?

—Sí, por favor.

—Entonces, ven. ¿Y tú, Jim?

Los tres se dirigieron hacia el camión de perritos. Varias personas parecían haber tenido la misma idea, pero dejaron pasar a Nick y lo saludaron como si fueran viejos amigos. Les presentó a Rachel, quien inmediatamente comenzó a participar en sus conversaciones, encantada de aquella alegre camaradería.

Nick la mantuvo cogida de la cintura todo el tiempo y ella sintió un cierto orgullo de estar a su lado. En aquel ambiente él era un rey, sus opiniones merecían el respeto de todos. Y en todo momento ella fue consciente de la fuerzadel cuerpo de Nick junto al suyo, de la firma línea de su mandíbula, de la forma en que el pelo se le rizaba sobre las orejas. Aunque charlaba y sonreía, en su fuero interno una ansiedad constante la agobiaba, y algunas veces, cuando él la miraba, lograba percibir en sus ojos el mismo pensamiento.

El hecho de desearlo tanto la molestaba. Jamás había tenido una experiencia semejante, y no estaba segura de poder controlarla. Pero necesitaba hacerlo. Aunque le resultara halagador pensar que él la había llevado a aquel lugar, a su otro mundo, algo muy especial, la forma incondicional en que habían aceptado su presencia le indicaba que no era algo desacostumbrado.

Se preguntó cuántas mujeres habían estado allí, bebiendo de ese té mientras se deleitaban con la intimidad de aquel brazo masculino alrededor de sus cinturas. También, si era un truco que Nick usaba, cuando sus otras técnicas para debilitar las defensas femeninas funcionaban con demasiado lentitud.

La idea le resultó desalentadora. A Rachel le hubiera gustado suponer que era alguien especial. Era consciente de la clase de hombre que era. Además, nunca había intentado hacerle creer que estaba dispuesto a aceptar una relación formal. Sólo tenía veintinueve años. Le parecía lógico que tratara de divertirse. Estaba segura de que cualquier mujer que se enamorara de él tendría serios problemas.

Un inesperado aumento de actividad la indicó que era hora de, que las carreras dieran principio. La primera sería la de los niños. Los participantes se alinearon en la salida llenos de entusiasmo, y los padres y los amigos mayores que ellos los bombardearon con consejos.

El recorrido era un circuito de alrededor de trescientos sesenta y cinco metros, una pista de polvo de más o menos nueve metros de ancha, muy accidentada y llena de altibajos.

—¿Qué pasa si se caen? —preguntó Rachel mientras se acercaba a Nick para que la oyera, a pesar del estrépito de las motocicletas.

—Vuelven a montarse —respondió él con una sonrisa—. No te preocupes, están bien protegidos, y les enseñamos la forma de caer. Rara vez alguno se hace algo, pero por si acaso tenemos un puesto de primeros auxilios.

Ella inclinó la cabeza mientras veía el inicio de la carrera. Era una lucha desesperada por ocupar un buen lugar; las motos saltaban sobre el camino, tumbándose para tomar las curvas. Uno de los Halcones iba en segundo lugar, y Rachel se vio atrapada en el entusiasmo, aclamándolo tan fuerte como Nick, que estaba a su lado.

Los niños dieron cuatro vueltas al circuito. El halcón quedó en segundo lugar, y tan pronto como terminó la carrera se puso de pie para que Nick lo felicitara y oyera con paciencia su jadeante reconstrucción de todo el evento.

Resultó la tarde más divertida que Rachel había pasado en mucho tiempo. Si alguien le hubiese comentado que iba a pasarlo tan bien… entre el ruido, el lodo, incluso el olor de los perritos calientes, mezclado con el de la gasolina, se habría reído. Era una cambio absoluto comparado con sus costumbres, le resultaba muy agradable estar con Nick.

Cuando la última carrera terminó, alrededor de las seis de la

tarde, Rachel estaba casi afónica de tanto gritar para vitorear a los Halcones, y salpicada de lodo. Nick la miró de arriba abajo, sin dejar de reír.

—Tienes pecas —bromeó.

—Tú también —sacó un pañuelo de papel de su bolso y, después de humedecerlo con la punta de la lengua, comenzó a limpiar las manchas de lodo de la cara de Nick. Al terminar, él se lo quitó de la mano para devolverle el favor.

—Mucho mejor.

A Rachel empezó a latirle aceleradamente el corazón. Leía el deseo en sus ojos. De forma inconsciente, alzó la mano para apoyarse y las puntas de los dedos tropezaron con la dura pared de su fuerte pecho. Nick le apretó las manos, con ademán posesivo. Era una lucha más fuerte que ella.

—¡Adiós, Nick!

El breve instante fue interrumpido por la alegre despedida de Jim. Nick se volvió para agitar la mano mientras su amigo pasaba en coche, sin soltar la mano de Rachel. El campo se iba quedando vacío con rapidez. los coches y motocicletas se alejaban en tropel bajo el puente de la vía del ferrocarril.

Nick miró a su alrededor y una sonrisa nostálgica se reflejó en su cara.

—Cuando era niño jugaba aquí —le contó a Rachel.

—¿De verdad? —luchó para recuperar el aliento—. ¿Entonces creciste cerca de aquí?

—Allí —señaló un grupo de tres feos edificios de apartamentos en el extremo opuesto del puente de la vía del tren. La cogió de la mano para caminar hacia ellos.

Había una vieja y desvencijada pasarela a lo largo de las vías férreas. Los apartamentos estaban en una amplia extensión de césped. Mientras se acercaban, Rachel pudo observar el desorden y el vandalismo que los rodeaba. Fealdad sobre fealdad, era un lugar que a nadie le interesaría cuidar.

—Viví aquí con mis abuelos en el noveno piso —le informó Nick levantando la cabeza para mirar hacia arriba—. Aquel… el que tiene un balcón azul.

—¿Aún viven ahí? —preguntó ella, indecisa.

A él pareció sorprenderle la. pregunta.

—No. Los dos murieron hace varios años.

—Oh, lo siento —Rachel bajó los ojos. Deseaba desesperadamente enterarse de algo más de su vida, pero prefirió actuar con discreción—. ¿Qué habrías hecho… quiero decir, si aún estuvieran vivos? ¿Les habrías comprado una gran casa ahora que eres rico o crees que no les habría gustado vivir en otro lugar?

11 pareció meditar la respuesta.

—No creo que hubieran querido irse lejos —reflexionó—. Quizá en una agradable casita cerca de Gardens. Viviendo cerca de aquí toda su vida, y generaciones de Farlowes lo hicieron antes que ellos. No les habría gustado irse a otro lugar, no en esa época de su vida —suspiró como si recordara tiempos felices.

—¿Y tus padres? —preguntó—. ¿Dónde viven?

Nick se encogió de hombros.

—Mi madre en algún lugar de Tottenharn. No se preocupa mucho por mí, y yo hago lo mismo con ella. No sé dónde está mi, padre, nunca se casó con mi madre, y se separaron poco después de que naciera yo. Supongo que resultó difícil para ella quedarse con un hijo, de modo que, después de dejarme con mi abuela, se marchó.

Rachel lo miró preocupada, pero en aquellos ojos no había ni el más leve residuo de amargura.

—Sin duda fui una verdadera carga para ella —recordó con una sonrisa—. La primera vez. que la policía me llevó a casa por quitar el plomo del techo de la iglesia, sólo tenía siete años. ¡Dios, cuántos golpes me dio mi abuela por eso! Pero aprendí la lección. Después andaba por los alrededores con un cochecito de niño bastante viejo, llamando a las puertas para recoger chatarra —dio un puntapié a una vieja lata tirada en el suelo.

—¿Y tomaste entonces la decisión de convertirte en millonario? —le preguntó Rachel curiosa.

—No… en aquel tiempo nunca pensé en eso. Sólo era consciente de que ser pobre no resultaba agradable —sonrió y la abrazo—. Sin duda, el tipo que afirmó que el dinero no compra la felicidad nunca se vio obligado a comer pan y grasa derretida la última semana antes del día de pago.

Rachel le dirigió una sonrisa.

—¿Y tú, sí?

—Con frecuencia. Lo raro es que aún me gusta hacerlo. ¿Qué te parece si vamos a comer?

—¿Pan y grasa derretida?

—¡No! —Nick rió al tiempo que volvía hacia el sitio donde habían dejado la motocicleta—. Pensaba más bien en un pequeño restaurante italiano que conozco, muy acogedor, donde preparan la mejor lasaña que he probado en mi vida.

—Es una buena idea —Rachel accedió al momento.

—Te lo aseguro.

Capítulo 5

EL lugar al que llegaron era una maravilla. A diferencia de otros restaurantes italianos, carecía de los estereotipados manteles a cuadros blancos y rojos y las velas colocadas en botellas. El suelo y las mesas eran de madera, y las paredes de ladrillos pintados de blanco, cubiertas con cuadros de hermosas aldeas toscanas:

El lugar se encontraba muy concurrido. El dueño estaba ocupado atendiendo a la clientela, pero al verlos entrar, en su cara se dibujó una amplia sonrisa.

—¡Nick! ;Ciao, qué alegría verte! ¡Rosanna! —alzó la voz al dirigirse a la cocina—. Ven a ver quién ha venido.

Una mujer atractiva de pelo oscuro y con un delantal de plástico apareció en la puerta y, al ver a Nick, se le acercó para abrazarlo por el cuello.

—,¡Nick! ¿Dónde has estado? ¿Hace semanas que no te vemos! El se rió mientras correspondía a su abrazo.

—Sólo tres, Rosa —aclaró él—. Además, si comiera con demasiada frecuencia tu exquisita comida, engordaría tanto como tu querido Sandro —golpeó con afecto la corpulenta figura de] italiano. Sandro se rió a carcajadas y apretó los hombros de Nick. —Este hombre es mi hermano —le anunció a la sorprendida Rachel.

Ella los miró a los dos, y se dio cuenta dei contraste entre el pelo rubio y el negro, y los ojos azules y los castaños. Sandro se echó a reír aún con más fuerza, divertido de que ella se hubiera tornado sus palabras en sentido literal.

—Cuando estaba sin dinero, mi restaurante a punto de cerrar, con una deuda muy grande y el rechazo del banco para prestarme más dinero, él me dijo: «Sandro, tu esposa es la mejor cocinera que conozco. Es un crimen dejarte abandonar este negocio». ¿Y quién

soy yo para discutir? —levantó los hombros—. De modo que ahora somos socios. Casi hermanos.

Nick sonrió.

—Todavía pienso que yo fui el más afortunado al hacer el trato —insistió—. Sandro, Rosa, esta es Rachel.

—Bienvenida, Rachel —Sandro le apretó la mano—. Qué alegría conocerla. Ah, qué hermosa! —se lanzó a decirle varias palabras en italiano, mientras la expresión de sus ojos transmitía mil cumplidos.

Rosa se rió mientras le propinaba un puñetazo en el hombro.

—Deja de intentar robarle la novia a tu mejor amigo —le advirtió—. Rachel, me alegro de conocerla. Siéntese para que pidan lo que quieran comer.

Rachel le devolvió la sonrisa.,

—Quisiera asearme un poco antes —le dijo—. Hemos estado toda la tarde en una reunión de motocicletas.

Rosa se estremeció, con comprensión exagerada.

—¡Ah! ¡No me hable de motocicletas! —exclamó—. Aparatos molestos, ruidosos. ¿Ha dejado que él la monte en una de ellas? —le cogió del brazo para llevarla a la parte trasera del restaurante—. Suba por la escalera y encontrará el baño. Hay toallas allí.

—Muchas gracias.

El baño estaba tras la primera puerta, a la izquierda. Era un pequeño cuarto, muy viejo, pero inmaculadamente limpio. Al ver su imagen en el espejo, sobre el lavabo, Rachel sonrió, irónica. Parecía como si la hubieran arrastrado por el lodo.

Como le había comentado Rosa, había suficientes toallas. Después de lavarse la cara, se cepilló el pelo y se puso un poco más de maquillaje. Miró de nuevo su imagen en el espejo; el entrecejo fruncido no favorecía la suave línea de su ceja.

Se preguntaba si había sido sensato aceptar cenar con Nick. Su intención no era que el inocente paseo diurno se prolongara hasta el anochecer. ¿Qué había en aquel hombre que la obligaba a hacer todo lo que deseaba? Desde el momento en que lo conoció, actuaba de una manera distinta a la acostumbrada.

Desde sus comienzos en la televisión, había aprendido ejercicios de respiración profunda para relajarse antes de aparecer frente a las cámaras, y de vez en cuando aún los hacía, si estaba muy nerviosa, Después de cerrar los ojos, aspiré con lentitud mientras contaba

hasta cuatro, contuvo el aire un momento y exhaló. Eso la tranquilizó. Repitió el ejercicio varias veces hasta sentirse lista para enfrentarse a cualquier situación.

Mientras bajaba por la escalera pudo oír la risa de Nick en la cocina e, indecisa, se detuvo ante la puerta. Deliciosos olores salían de las cacerolas que hervían sobre una enorme cocina de acero, y Nick probaba el contenido de uno de los recipientes con una cuchara, bajo la supervisión de Rosa y de otra mujer más joven que se le parecía mucho, y que tal vez era su hermana.

—¿Te gusta? —le preguntó la chica—. ¿Quizá un poco más de sardo?

Nick sacudió la cabeza sonriente.

—No, está perfecto —le aseguró.

Rachel sintió una repentina punzada de celos. La chica era bonita, la promesa de una exhuberante belleza a punto de aparecer, y Nick le dirigía la sonrisa especial, íntima, que había logrado debilitar su propio corazón.

Al levantar la cabeza, Nick la vio. —Ven a probar esto —la, invitó.

Rachel, indecisa, reunió todas sus fuerzas para guardar la compostura y disimular la debilidad que sentía.

—¿Qué es? —preguntó tranquila.

—Salsa pesto —él le ofreció una cucharada que ella aceptó, consciente del brillo de hostilidad de los ojos de la joven—. ¿Qué te parece?

—Riquísima.

—Ya ves, María —bromeó Nick—. Muy pronto serás tan buena cocinera cono tu hermana.

—Ah, aún le falta mucho por aprender —protestó Sandro pase

ando de un lado a otro de la cocina—. Pero es joven y le sobra tiempo, ¿no es verdad, bambina? —pellizcó con afecto la mejilla de la chica, aunque era evidente que no le gustaba que la llamaran chiquilla delante de Nick, y con un mohín de mal humor continuó moviendo la salsa.

Hubo un momento embarazoso, cuando todos fingieron no darse cuenta del comportamiento de María. De pronto, Sandra volvió a reír.

—De modo que esta noche, amigo mío, tienes un apetito

excelente, ¿no es verdad? Entonces voy a darte la mejor mesa y una botella de mi mejor Frascati, que está en la bodega.

Cuando salieron de la cocina, los acompañó a una mesa del rincón, retirando la silla para que Rachel se sentara.

—Aquí está la carta.

Con orgullo escuchó los comentarios de Rachel sobre la magnífica selección. Ella decidió empezar con un antipasto de mariscos, seguido de.una lasaña que Nick le había recomendado, y se prometió guardar sitio para un zabaglione como postre.

—Parecen muy buenas personas —comentó a Nick cuando se quedaron sotos—. ¿Cuánto tiempo hace que los conoces?

—Oh, varios años. ¿Quieres un poco de vino?

—Sí, por favor.

Cuando le llenó el vaso, Rachel lo levantó, sorprendida de que su color fuera el dorado pálido de un buen burgundy. Simon siempre había rechazado los vinos italianos, ya que prefería los de las regiones francesas de Borgoña y Burdeos.

Ella movió el vino en el vaso para saborearlo mejor. Era muy delicado. El sabor persistió largo rato después de haberlo bebido.

Nick la observaba con un gesto de burla.

—¡Vaya! ¿Merece tu aprobación? —le preguntó con tono guasón.

—Sí. Es magnífico.

—¿Quién te ha enseñado a catar el vino de esa manera?

Rachel vaciló al detectar una nota de desaprobación en el tono de su interlocutor.

—Simon contestó con fría dignidad.

Nick sonrió irónicamente.

—¿Y también te ha enseñado a comportarte como una mujer de mundo?

Sus palabras hirieron a Rachel.

—No sé por qué insististe en salir conmigo si no te gusto —lo retó.

Él, sorprendido, levantó una ceja.

—¿Por qué crees que no me gustas?

—Piensas que soy una engreída.

Nick rió con suavidad, desarmándola.

—En algunas cosas —murmuró con voz baja y ronca—. Pero no

me preocupa eso. Me divertiré bajándote de tu pedestal.

El significado implícito de sus palabras la hizo enrojecer y tragó saliva en un esfuerzo por recuperar la compostura al ver que Sandro se acercaba a la mesa. Para éste no pasaron inadvertidos aquellos signos tan reveladores, a pesar de que su alma italiana llena de romanticismo los interpretó mal, y sonrió con indulgencia.

—Aquí está el frutri di mare —les anunció remarcando las palabras con su acento italiano—. Gamberi… en inglés quiere decir mariscos… bacalao, vongole. Los servimos con el aderezo especial de mi Rosa —se besó las puntas de los dedos—. Disfrútenlo.

Se alejó, dejándolos solos de nuevo. Consciente de que sus mejillas aún estaban enrojecidas, Rachel bajó la cabeza para servirse una ración de antipasto. Su apetito, estimulado por el aire puro de la tarde, había desaparecido.

Ignoraba qué le estaba sucediendo. Jamás se había sentido así, tan absolutamente consciente de su propia vulnerabilidad. Su cerebro paralizado buscaba con desesperación algún tema inocente de conversación, cualquier cosa que calmara la incómoda atmósfera de tensión que se había creado entre ambos.

—¿De… de quién son los cuadros de las paredes? —preguntó con voz trémula.

—De un primo de Sandro.

—Oh —Rachel hizo un esfuerzo por comentar algo más—. ¿Haces cosas así a menudo? —preguntó con el fin de dar un toque humorístico a la charla—. Quiero decir, invertir en los negocios de tus amigos.

—Sólo con aquellos que de verdad lo merecen —contestó sonriendo con lentitud—. No soy una persona fácil de conmover.

—No —ella estaba de acuerdo—. ¿En qué tipo de cosas inviertes?

—¿Eres una espía de la oficina de impuestos? —protestó, y sus ojos mostraron regocijo—. Bueno, tengo un negocio de muebles. ¿Viste los de mi apartamento? Los construyó un buen amigo, son de verdadera artesanía, pero esos negocios tardan mucho tiempo en establecerse. Pocas personas pueden afrontar los gastos que ese tipo de trabajo exige, y la fama se consigue después de mucho tiempo.

Rachel asintió con la cabeza, interesada.

—Tengo otro amigo que se dedica al negocio del reciclaje:

papel, vidrio, cualquier cosa. Es el iniciador de una nueva forma de fabricar papel de alta calidad con los desperdicios procesados, sin usar decolorantes de dioxina. Si tiene éxito, va a distribuir gratuitamente la tecnología a todos los que la necesiten.

La joven abrió los ojos, sorprendida.

—Esa no es manera de ganar dinero —comentó.

—No se trata de ganar dinero —contestó Nick con seriedad—, sino de salvar el planeta. ¿No te parece importante?

—Sí, desde luego. Pero…

—Pero no creías que a mí me interesara contribuir —la interrumpió—. Crees que soy una especie de filisteo, ¿no es verdad?

—No… —sonrió ruborizada—. Sí, creo que lo pensé —se atrevió a confesarle.

—Estás preciosa cuando te sonrojas —bromeó él.

Un cálido resplandor pareció extenderse por todo su cuerpo y una fuerza irresistible la obligó a levantar la cabeza para mirarlo a la cara. No sabía qué hacer.. Incluso allí, en aquel concurrido restaurante, sólo una mirada de aquellos ojos azul-gris era capaz de capturarla, de hacerla sentirse como si Nick la estuviera seduciendo, como si ella ya estuviera cediendo a la tentación.

Le resultaba muy difícil concentrarse en la comida, a pesar de la excelencia de los platos, y cuando Rachel felicitó a Sandro, éste ya esperaba semejante reacción.

—Por supuesto —dejó caer su brazo regordete alrededor de los hombros de Nick, abrazándolo afectuosamente—. Con su inteligencia y mi atractivo…

Rachel se echó a reír con la esperanza de que el hombre permaneciera en su mesa, contenta de tener un breve respiro en medio de la tensión que le suponía estar sola con Nick.

Él estaba reclinado en su asiento, saboreando el vino.

—Me alegro de que te guste la comida comentó—. Vuelve otra vez, trae algunos amigos. Después, ellos hablarán de este restaurante a sus amigos. Así funciona la propaganda.

Sus palabras reflexivas dejaron helada a Rachel. ¿Cómo podía imaginar que ella regresaría a ese lugar sin él? Pero él pensaba así, le resultaba lógico; si tuvieran una aventura sentimental suponía que lo más normal era que acabara, y que la vida para ambos pronto volviera a ser como antes de que se conocieran.

—¿Café?

—¿Qué? Oh… Sí, por favor.

Nick la miraba desde el otro lado de la mesa con tanta perspicacia que tenía la impresión de que traspasara la barrera con la que se había rodeado por largo tiempo.

—¿Cómo consiguió tu hermano la motocicleta?

—Se la encontró oxidada en la parte trasera de un granero cercano a donde vivíamos —se las arregló para parecer entusiasmada—. El granjero no la necesitaba… y se alegró de que mi hermano se la llevara —sonrió con nostalgia—. Mi hermano Richard vivía para la motocicleta. Mi madre se enfadaba con él porque siempre andaba lleno de aceite y polvo, pero a él nunca le importo.

—¿Vivías en el campo?

—Cheshire… bueno, en realidad en los alrededores de Manchester, aunque mi madre nunca lo quiere reconocer—. Ahora es una presumida —agregó mientras se reía con torpeza—. Incluso pretende que mi padre prescinda de su acento de Manchester, pero por supuesto que no lo ha logrado. El dice que ya ha hecho

bastante con hablar sin modismos —casi de manera inconsciente, Rachel había comenzado a imitar el acento rústico de su padre—. ¡Por suerte, él no va a cambiar a su edad!

Nick se rió al mismo tiempo que ella, pero de improviso se sintió desconcertada. Le había comentado muchas cosas personales, que solía guardar en secreto. Intentó levantarse de la mesa, y él se inclinó para cogerle la mano.

—No, no vuelvas a quedarte callada —trató de persuadirla—. ¿De qué tienes miedo?

Rachel se vio obligada a luchar para resistir la cálida persuasión de su voz. La tenía cogida de la mano, y con el pulgar le acariciaba la muñeca, donde el pulso agitado delataba el efecto que ejercía sobre ella. Era la sensación más erótica que Rachel había experimentado en su vida; el corazón le latía con tanta rapidez que se sentía mareada. Nick la había reducido a un estado de total impotencia, sólo con tocarle la mano.

—Discúlpame. Voy a peinarme antes de que nos vayamos —tartamudeó, y mientras se levantaba estuvo a punto de derribar la silla. Subió al baño de arriba, y después de cerrar la puerta con el

pestillo, se sentó, llena de debilidad, en el borde del inodoro.

Le parecía una absoluta locura. Si no se enfrentaba al problema, perdería los estribos. Aquel hombre conocía todos los trucos del mundo y los usaba sin piedad. Cerró los ojos, pero aún tenía la imagen del rostro de Nick grabada de forma indeleble en su cerebro, y ella arqueaba el cuerpo como si la hubiera estado acariciando.

Temblorosa, Rachel se levantó y llenó el lavabo de agua fría, sumergiendo las manos como si deseara que se le durmieran para olvidar el recuerdo de aquella caricia sensual. Se miró al espejo, los ojos grandes y oscuros, la boca llena de deseo.

Todos estaban de acuerdo en que era una mujer hermosa, y para ella misma era innegable. Pero no le parecía suficiente. No sabía qué podría hacer para que un hombre como Nick Farlowe no se contentara con acostarse con ella. Después de aquella noche, ya no podría fingir que se trataba únicamente de algo físico. Se estaba enamorando de él.

Aquel día había llegado a conocerlo mejor. Y le agradaba la clase de persona que era, su desinteresada generosidad, la bondad de su comportamiento.

«¿Y ahora qué?», se preguntó con un indicio de amargura. Él había sido sincero al comentarle que no estaba dispuesto a comprometerse con nadie. Si ella aceptaba rendirse a la tentación que Nick te ofrecía, sabía de antemano que no tendría futuro.

Por el momento, él se mostraba interesado, y, tal vez con una estrategia bien planeada, ella se sentiría capaz de hacer que la situación se prolongara.,

Con un suspiro, se inclinó sobre el lavabo y se enjuagó la cara con agua fría. Decidió no volver a salir con él. Había cometido un error, un peligroso error y había aprendido la lección. Y aquella noche, iba a hacer hasta lo imposible para controlar la situación. Y ello requeriría hasta la última pizca de su fuerza de voluntad.

Cuando bajó las escaleras vio que Nick se encontraba otra vez en la cocina, y mientras terminaba la segunda porción de sorbete de limón, bromeaba con Sandro y coqueteaba con Rosa y María. Rachel esbozó una amplia sonrisa antes de acercarse a él.

—¿Lista? —la miró de arriba abajo.

—Cuando gustes…

—Vámonos. Ciae, Sandra —Nick recibió un abrazo del italiano y dos besos que le dio en las mejillas, y después le dio un beso a Rosa. Sandra se acercó a Rachel. Mientras él le daba un abrazo fraternal, vio a María junto a su hermana, esperando que Nick la besara; sus ojos oscuros brillaban con una intensidad inconfundible. Rachel hizo un gran esfuerzo por no prestar atención y volvió la cabeza hacia Rosa.

—Gracias por su deliciosa comida —le dijo a Rachel con cali—

dez—. Ha sido una de las mejores que he saboreado en mi vida.

—Grazie —respondió la mujer con timidez—. Me alegro de que

le haya gustado. Arrivederci. Buenas noches.

Nick aún conversaba con María, las manos sobre sus hom

bros. Rachel se esforzó por continuar sonriendo. y charló con Sandro y Rosa como si nada la molestara, aunque en su fuero interno no lograba dominar las celos que la invadían.

Por fin Nick se volvió a mirarla y le rodeó los hombros con un brazo.

—Bueno, ya es hora de que nos vayamos, princesa.

—Está bien —respondió ella con frialdad.

Él de inmediato captó el tono de su voz y le lanzó una mirada inquisitiva, pero no dijo nada hasta que estuvieron solos.

—¿Qué te pasa? —preguntó burlón.

Rachel levantó el mentón con arrogancia.

—Nada. ¿Por qué tiene que pasarme algo? —preguntó de mal talante.

Nick movió la cabeza para rechazar su negativa.

—La temperatura está ahora bajo cero. Debe de haber una razón.

—No creo. No quería obligarte a salir del restaurante antes de que estuvieras completamente listo.

—¡Ah! —Nick sonrió con astucia—. ¿Detecto ciertos celos?

—¡Por supuesto que no!

Nick sonrió con suavidad, acercándola a él.

—No te preocupes por María —le dijo—. Ha estado enamorada de mí desde que tenía unos tres años. Acepto que va. a ser una mujer bellísima, pero a mí me interesan las rubias elegantes e impasibles.

En mitad de la calle, la estrechó entre sus brazos y Rachel sintió

la tensión de su excitación varonil. Lo miró fijamente asustada por la intensa necesidad de Nick que sentía en su interior. Era un fuego que amenazaba con consumirla, dejando sólo cenizas.

Rachel cerró los ojos para luchar contra la agobiante tentación de rendirse a la demanda de su abrazo. Nick rió con suavidad, acercándola a él de tal manera que ella era más consciente que nunca de la potencia de su cuerpo.

—Tienes miedo —le dijo con voz baja y ronca—. Pero no de mí. Tienes miedo de ti misma, de que dentro de ese exterior tan frío se encuentre una verdadera mujer.

Lo apartó, indignada.

—Parece que crees saber todo lo relacionado conmigo —dijo con cierto sarcasmo.

Él sacudió la cabeza.

—No todo… aún no —replicó, mientras una pícara sonrisa curvaba su boca seductora—. Pero tengo la seguridad de que voy a disfrutar mucho cuando investigue el resto.

—No estés tan seguro —hizo un esfuerzo por mantener la compostura.

El se rió.

—Ya lo veremos—. Si, lo veremos.

Nick se dio media y vuelta y caminó hacia donde había aparcado la motocicleta. De mala gana, Rachel lo siguió. Hubiera preferido tener el valor de insistir en volver a su casa en un taxi. No quería subirse a la moto con él. Había algo… que le parecía demasiado íntimo en ir en el asiento detrás de Nick, sus brazos alrededor de su cuerpo, dependiente por completo de él.

No obstante. tuvo que responder al brillo de reto que leyó en los ojos de su interlocutor cuando le dio el casco. No estaba dispuesta a darle la satisfacción de saber que estaba asustada. No quería que Nick pensara que lo único que necesitaba era chasquear los dedos…

Después de lanzarle una última mirada, Rachel se puso el casco y se subió al asiento trasero de la motocicleta. Nick se colocó en su sitio y ella, con cautela, lo abrazó, tratando de mantener entre ambos un pequeño margen de distancia. Pero cuando él puso en marcha el motor y la moto aceleró, ella no tuvo más remedio que agarrarse a él —con más fuerza.

Quizá debido a que ya había oscurecido, Rachel estaba más

nerviosa que antes.. Un nudo de tensión le presionaba la boca del estómago, pero al mismo tiempo era muy consciente de la fuerza de aquel cuerpo masculino que con gran pericia controlaba el vehículo.

No tenía más remedio que reconocerlo. Sentía sus pechos presionados contra Nick, y la potencia del motor zumbaba a través

de su cuerpo. Rachel gimió con los ojos cerrados, rindiéndose por completo a las fantasías sensuales que saturaban su mente.

Una sacudida at subir por la rampa para entrar al aparcamiento, bajo el edificio donde vivían, la situó de nuevo en la incómoda realidad. Después de guiar la moto hasta su plaza, Nick apagó el motor. Rachel respiró con fuerza, intentando estabilizar el acelerado latido de su corazón.

No quería quitarse el casco, temiendo que Nick pudiera detectar en su cara la sombra del sueño que había vivido. Pero en el aparcamiento sólo había una luz tenue, de manera que ella se desató la correa para quitarse el casco, sacudiendo el pelo como un pretexto para evitar mirar a Nick a los ojos al devolvérselo.

Rachel caminó rígidamente hacia el ascensor; las pisadas de su acompañante resonaban detrás de las suyas, y el nudo de tensión se contorsionaba con más fuerza en su interior. Él ya sabía que era una mujer vulnerable, y si decidiera aprovechar su situación, ella se entregaría.

Guardaron silencio mientras subían en el ascensor. Rachel era consciente de que Nick no dejaba de observarla, y se cerró la chaqueta como si fuera una armadura. El ascensor se detuvo en su piso, y ella de inmediato se dispuso a salir. Después vaciló, incapaz de mirar a su acompañante.

—Bueno, pues… buenas noches —murmuró—. Gracias por tan agradable día.

—Ha sido un placer —contestó Nick, imitando su exagerada cortesía.

Se preguntaba qué iba a hacer él, si la dejaría partir sin al menos intentar besarla. Decidió que si hiciera el más ligero movimiento para acercarse a ella…

—¿Qué pasa? ¿No encuentras la llave?

—Oh… Sí, claro… aquí la tengo —afirmó Rachel. Nick apoyaba un hombro sobre la puerta del ascensor para evitar que se cerrara y, mientras ella hurgaba con torpeza en su bolso, no dejaba de

mirarla. Se sintió aliviada al encontrar la llave—. Buenas noches —repitió.

—¿No vas a darme un beso de buenas noches?

—Oh… mañana tengo un día muy atareado —le respondió llena de pánico—. Cuando grabo es indispensable que duerma bien la noche anterior…

—Sólo un beso de buenas noches —insistió mientras la abrazaba —. No perturbaré tu sueño… esta noche no.

Rachel era consciente: de que si quería, podría negarse. Aunque Nick la sujetaba con suavidad, de alguna manera su voluntad ya se había rendido. Mientras él inclinaba la cabeza sobre la de ella, Rachel entreabrió los labios para que la besara. Sus cálidas respiraciones se mezclaron, y ella, de forma instintiva, se movió hacia él, estirándose para alcanzar la varonil boca que reclamaba la suya. Y sentía que aquel calor embriagaba la delicada piel de sus labios con un fuego inolvidable.

Nick movía la boca sobre la suya lentamente y, seductores, sus labios palpaban cada rincón sensible de los de Rachel. Ella se sentía mareada, y se apoyó en él, rodeándole el cuello con los brazos. Nick la estrechó con fuerza, presionando el esbelto cuerpo contra el suyo y, haciéndola sentirse deliciosamente consciente de su vulnerabilidad femenina, en contraste con la fuerza varonil de él.

Una comente eléctrica de respuesta recorrió a Rachel mientras el beso de Nick se hacía más profundo y demandante, vagando implacablemente por cada rincón dulce y secreto de su boca. Él había despertado de nuevo en su interior una necesidad tan rudimentaria, tan poderosa, que la asustaba. Y logró percibir el mismo anhelo en él. Un repentino pánico la invadió; si no se alejaba de él en aquel momento, sabía que sería demasiado tarde.

Al percibir la repentina resistencia de Rachel, Nick levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó con cierta burla. —Déjame… marchar —4e suplicó, jadeante. —¿Por qué?

Trató de apartarlo, luchando para que la soltara.

—Suéltame —le exigió ,con firmeza—. Voy a gritar.

La liberó de manera tan brusca que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Está bien. No es necesario que reacciones como una histérica

—le espetó—. No tengo intención de violarte. No suelo hacerlo.

Rachel retrocedió hacia la pared, con los ojos.echando chispas.

—Márchate —le dijo con desprecio—. Déjame sola.

—Hablas como Greta Garbo —repuso él con sarcasmo—. «Quiero estar sola». Primero tu prometido, ahora yo. Ten cuidado. Si los dos te tomamos la palabra, necesitarás una botella de agua caliente para no tener frío por las noches.

Rachel se volvió bruscamente, e hizo un esfuerzo por concentrarse mientras con torpeza metía la llave en la cerradura. Pero en cuanto la puerta se abrió, Nick la acercó hacia él. Rachel se sentía demasiado débil como para oponer resistencia.

Apoyó la cabeza sobre el hombro de Nick y él deslizó las manos desde su cintura para moldear el contorno de sus turgentes pechos. Empezó a mordisquearle el cuello. Después de lanzar un suave gemido, Rachel cerró los ojos mientras una marea de sumisión la inundaba. Deseaba a aquel hombre y no podía ocultarlo.

Él se rió.

—¿Cómo estarás a primera hora de la mañana, después de haber hecho el amor durante toda la noche? —murmuró con voz seductora—. Despeinada, con el carmín corrido a causa de los besos…

Nick volvió a apoyarla contra la pared, obligándola a mirarlo de frente. Pero Rachel seguía luchando con el último vestigio de fuerza de voluntad que le quedaba, para combatir su enorme deseo de doblegarse ante él. Si permitía que entrara en su apartamento, si lo aceptaba en su cama, estaría perdida, porque sabía que se enamoraría.

Una irónica sonrisa se formó en la boca de Nick al tiempo que sacudía la cabeza.

—No —reconoció—. Aún no estás lista. Quizá ni siquiera hayas logrado olvidar a Chandler. Cuando te haga el amor, quiero que sólo pienses en mí.

Le puso una mano en el hombro, sujetándola contra la pared, y después se inclinó hacia ella, para darle un beso en la boca. Un beso que llevó a Rachel más allá de la razón.

La joven sentía su cuerpo arder con un deseo intenso, y se acercó a Nick, ansiosa por sentir de nuevo sus fuertes brazos alrededor de ella. Pero él, de manera deliberada, se opuso a darle

gusto. La besó larga y lánguidamente, y cuando se hartó, levantó la cabeza con los ojos brillantes.

—Lo he hecho sólo para darte gusto —se mofó de ella al tiempo que retrocedía—. Te veré otro día, princesa.

Rachel respiró con fuerza entre dientes, llena de rabia. De nuevo Nick lo había hecho, había debilitado todas sus defensas, llenándola de deseo para luego dejarla. Y por segunda vez había caído en la misma trampa.

—¡Eres un bastardo! —exclamó—. Te odio.

Oyó la risa de Nick mientras 61 subía por las escaleras.

Capítulo 6

ESTÁS bien, Rachel? Te veo muy pálida.

—¿Qué dices? Oh… Sí, gracias, Jayne. No… he dormido bien esta noche.

—Hay un virus que está muy de moda, ¿sabes? —la ayudante de producción la advertía con tono solemne—. Una vez te contagias, tardas semanas en sentirse bien.

—No creo que ese sea el motivo —respondió Rachel de prisa, haciendo un esfuerzo para tranquilizarse. Se sentó ante su mesa y revolvió el montón de correspondencia que la esperaba.

—Todo está listo para tu entrevista de esta tarde con el Ministro de Cultura —prosiguió Jayne—. Vendrá aquí a la una y media, y deberá irse como muy tarde a las tres.

—Muy bien —contestó Rachel, distraída—. Jayne, ¿no te pedí que me dieras una copia del informe financiero de la Royal Shakespeare Company? La solicité hace algunos días.

—La pediste el viernes y está en tu mesa —contestó la secretaria sorprendida y molesta—. Ahí, en la carpeta azul.

—Oh, sí… perdona —se disculpó—. Muchas gracias, Jayne.

—No tienes por qué agradecerlo. Mira, tengo té de manzanilla. Es magnífico para el dolor de cabeza. ¿Quieres un poco?

Rachel sonrió intentando compensar su desacostumbrado desplante de mal humor.

—Sí, por favor —accedió con afecto.

—Estará listo en un momento —Jayne fue a coger la tetera eléctrica, pero al dirigirse a su puerta, tropezó con alguien que entraba—. Discúlpeme, señor Chandler —jadeó. Su sonrojo reveló su turbación por el incidente—. Voy a llenar la tetera. ¿Le apetece una taza?

Él le dirigió una sonrisa comprensiva mientras desviaba la mirada hacia Rachel.

—No, no tengo tiempo ahora, Jayne —comentó—. Voy a estar sólo un momento.

—Está… bien —Jayne se apresuró a salir y él cerró la puerta.

Los breves instantes que el recién llegado utilizó en intercambiar unas cuantas palabras con su ayudante de producción, dieron a Rachel la oportunidad de prepararse para enfrentarse a él.

—Hola, Simon —lo saludó con voz tensa.

—Hola —él se rió, consciente de la incomodidad de la situación —. He venido a disculparme por la forma en que me porté el sábado —comenzó con un tono de frustración en la voz—. Me equivoqué al decirte que jamás lograrías despertar mis celos. Estaba muy celoso y esa es mi única disculpa. Supongo que me diste una buena lección —añadió con ironía—. Ahora estamos empatados.

Rachel evitó su mirada.

—Esa… no era mi intención —protestó con torpeza.

—Lo sé —él estuvo de acuerdo de inmediato—. No eres de esa clase de personas —se había sentado en la mesa de Rachel—. ¿Estás… saliendo con él? —preguntó con cierta desconfianza.

—No —Rachel se sintió incómoda de que Simon la interrogara y después de echar un poco hacia atrás el asiento, levantó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Pero eso no cambia las cosas, Simon — insistió con firmeza—. Todo ha terminado entre tú y yo.

—Comprendo —sonrió forzadamente—. Bueno, si esa es tu decisión, lo único que puedo decir es que lo siento mucho —añadió con calma—. Supongo que tendremos que llegar a un acuerdo sobre el apartamento.

—Por supuesto. Si aceptas, te propongo comprarte tu parte — sugirió ella.

—¿Puedes hacerte cargo de ese gasto?

—Oh, sí. Ya he hecho mis cálculos —le dijo. Él trataba de protegerla una vez más, como si le hubiera propuesto comprarle suu parte sin tener el dinero necesario.

—Perfecto. Concertaré una cita con el notario. Espero… que por lo menos sigamos siendo amigos.

Rachel le dirigió una sonrisa, sintiendo una sincera simpatía por Simon, al ver que todo se había resuelto. Durante un tiempo, había

sido feliz con él.

—Por supuesto —accedió—. Me encantaría.

Se oyó un golpecito en la puerta y, al entreabrirse, apareció el rostro interrogativo de Jayne.

—El té está listo —comentó con timidez—. ¿Puedo entrar?

—Desde luego, Jayne —comentó Rachel—. Simon, ¿estás seguro de ue no quieres una taza?

El sacudió la cabeza.

—No, tengo una reunión dentro de cinco minutos. Te veré luego —se inclinó hacia ella como si pretendiera besarla, pero cambió de opinión y se apartó con una sonrisa forzada—. Bueno… —se limitó a darle una palmadita en el hombro y, después de despedirse de Jayne con una amable inclinación de cabeza, se dirigió a la puerta.

La chica lo miró fijamente; su juvenil rostro delataba la admiración que sentía por él. Rachel sonrió para sí. La mitad de las jóvenes del edificio parecían sentir lo mismo por Simon. Ella era consciente de cuánto la habían envidiado cuando se comprometió con él, y el hecho de que se encontrara libre otra vez quizá había ocasionado un gran alboroto entre ellas.

Para Rachel era un descanso que las cosas entre ellos hubieran concluido. No había sido fácil hablar francamente, pero estaba más segura que nunca de que había actuado de una manera inteligente. No se trataba sólo de su aventura con Linda. En el fondo sabía que nunca había sido feliz con esa relación.

Como una fiebre recurrente, la imagen de Nick Farlowe llegó a su mente. Había pasado una noche de insomnio, moviéndose de un lado a otro, incapaz de olvidar la calidez de sus besos; sólo de pensarlo se excitaba.

No obstante, aquella mañana tenía mucho trabajo, una entrevista importante al cabo de unas horas, y tenía que prepararse bien y no distraerse. Sacudió la cabeza para alejar las imagines que la perturbaban antes de leer con cuidado el contenido de la carpeta azul, y empezó a hacer anotaciones al margen del impecable manuscrito.

Rachel tenía la esperanza de que Nick la llamara.

Quizá no el lunes, pues le parecía demasiado pronto. Pero cuando pasó el martes y luego el miércoles, sin saber de él, comenzó a sentirse desconcertada, y después molesta.

Constantemente tenía los nervios de punta. Se ponía tensa cada vez que usaba el ascensor, y siempre que iba por el aparcamiento inspeccionaba la plaza de Nick, para comprobar si la motocicleta se encontraba allí. Y se mantuvo alejada de las canchas de squash.

El hecho de no poder dejar de pensar en Nick la molestaba. Se estaba convirtiendo en una obsesión. Durante toda la semana luchó para controlar la tentación de bajar al archivo de periódicos para ver qué información tenían de él y estaba convencida de la poca seriedad de la información que publicaban en los diarios sensacionalistas. Pero le resultaba imposible razonar…

Cerró el portafolios antes de levantarse de la mesa.

—Vuelvo enseguida, Jayne —comentó con frialdad—. Si alguien llama, di que yo llamaré luego.

El archivo estaba en la cuarta planta. Al abrir la puerta, sintió extraño remordimiento, como si fuera una colegiala que entrara en el baño a fumar un cigarrillo a escondidas. La encargada le sonrió al reconocerla.

—Hola, Rachel. ¿Puedo ayudarla en algo? —le preguntó, cortésmente.

—Buscaba… alguna biografía de Nicholas Farlowe —trató de controlarse—. Tengo pensado preparar un reportaje sobre los inversores en obras de arte, ya sabes, la gente que compra el trabajo de los artistas jóvenes y prometedores, y recauda una fortuna cuando se hacen famosos.

Sintió que se sonrojaba. Nadie iba a preguntarse por qué motivo buscaba información sobre Nicholas Farlowe, aun cuando no tuviera relación aparente con su programa y se había molestado en inventar una historia.

—Farlowe… Hmmm —la chica consultó el índice—. Sí, debemos tener algo relacionado con él —reflexionó—. Farlowe, Farlowe… —mientras tanto, Rachel trataba de aparentar indiferencia—. Ah, aquí está. Espéreme un instante. Voy a traer el expediente —buscó en los archivos y un momento después estaba de vuelta con una carpeta naranja—. Aquí está. ¿,Quiere llevárselo?

—No, lo revisaré aquí —respondió de inmediato. No quería que nadie se diera cuenta de su interés por el expediente. Tomó asiento ante una de las mesas y, después de respirar con fuerza, lo abrió.

Estaba lleno de recortes de periódico, algunos relacionados con

las finanzas o con los negocios en general, comentarios áridos sobre el progreso de sus diversas propiedades. Rachel los apartó y comenzó a revisar otras informaciones más sensacionalistas recopiladas de diversos periódicos.

«Un casanova me robó a mi chica». Un tipo se quejaba de que Nick había seducido a la hermosa modelo que era su novia, y varias fotografías aparecían en el artículo. Era bonita, rubia, con pelo rizado y rostro angelical. La aventura no duró largo tiempo. Después Rachel encontró otra noticia titulada: «Millonario en triángulo amoroso». De nuevo una modelo y otra actriz; ambas afirmaban ser su único amor verdadero y que la rival era una aventura.

Rachel leyó con bastante interés la narración: «La hija del duque declara que lo ama». Diversos artículos que abarcaban varios meses informaban del romance. En el primero, había una foto de una rubia de aspecto aristocrático, quien colgada con adoración del cuello de Nick, sonreía a la cámara, llena de satisfacción. Nick también sonreía, pero en sus ojos había un destello innegable de diversión. «No niega su placer de encontrarse junto a una chica bonita» , reflexionó Rachel con aspereza mientras ponía el recorte en su sitio.

La hija del duque había perdido la cabeza por él, armando un escándalo en Smith's Lawn, y había estado a punto de ahogarse en Henley.En la última fotografía aparecía sentada de manera patética en un peldaño… presumiblemente de la casa de Nick… con un traje de noche hecho una ruina.

Rachel miró la fecha del último recorte, había sido escrito dos años atrás. Era la última referencia a su vida privada. Pensó que tal vez su desagradable experiencia con la hija del duque lo había hastiado temporalmente de las mujeres, o que tal vez había decidido apartarse de los buscadores de noticias.

La joven examinó de nuevo los recortes y por largo rato contempló las fotos de Nick; se ruborizó con aquellas facciones familiares, el pelo rubio rizado… Casi estuvo tentada a robar uno. Su actitud le parecía cada vez más ridícula. Después de meter los recortes en el expediente, se acercó a la encargada.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —le preguntó la chica, quitándole de la mano el expediente.

—Sí, gracias. El material es insuficiente. Tal vez incluya en mi reportaje a otra persona —se las arregló para contestar con voz serena.

—Está bien, vuelva cuando quiera. Estamos a sus órdenes. —Gracias —Rachel salió al pasillo… y estuvo a punto de chocar con Simon—. ¡Oh! —se ruborizó mientras lo miraba sintiéndose

culpable.

Él le sonrió.

—Ah, Rachel… Iba a tu oficina. —Hola, Simon.

—¿Qué te pasa? ¿Has estado corriendo? —le preguntó, preocu

pado por su dificultad para respirar.

—No. Me he asustado al tropezarme contigo de manera tan.

inesperada —explicó rápidamente—. ¿Para qué querías verme? —He concertado una cita con el notario el lunes para volver a

firmar el contrato de la casa. ¿Estás de acuerdo?

La seriedad de su expresión volvió a Rachel a la realidad. —Sí, por supuesto. ¿A qué hora?

—A las once y media. Y tengo algo más que decirte —agregó él. casi con indecisión—. No me gustaría que tuvieras una mala opinión de mí, pero… Bueno, las compré para darte una sorpresa y sería una lástima que no las. utilizáramos. Pero si no aceptas mi invitación, de antemano te disculpo.

Del bolsillo sacó dos entradas que colocó en la mano de su interlocutora. Rachel abrió desmesuradamente los ojos por la sorpresa.

—¡Entradas para Wimbledon" —exclamó—. ¿Cómo las conseguiste? Simon sonrió, golpeándole con el dedo la punta de la nariz.

—Contactos —fue su concisa respuesta. ¿Quieres acompañarme? Sin compromiso alguno —agregó de inmediato al ver que ella fruncía el ceño—. Te prometo que no insistiré . ¿Amigos?

Rachel vaciló, ya que tenía muchas ganas de acompañarlo. Siempre había sido una de sus ilusiones asistir a la final de Wimbledon. En los primeros años que vivió en Londres. había hecho cola durante horas, días, sólo para tener la oportunidad de disfrutar una hora o dos del quinto encuentro de dobles de mujeres, o la semifinal del All England Plate.

Lo miró con cautela.

—Está bien —accedió—. Sólo como buenos amigos.

Aquel año, el torneo de Wiimbledon se había escapado de la legendaria maldición de quince días de mal tiempo. La final varonil transcurrió en un hermoso día de verano, en el que el cielo azul brillaba en todo su esplendor. Simon dejó su coche en el aparcamiento del club Criquet de Wimbledon, y caminaron hacia las impresionantes puertas de hierro labrado del Al¡ England Lawn Tennis Club.

Una multitud llenaba el amplio vestíbulo, arremolinándose alrededor de la entrada de los competidores, debajo de las paredes cubiertas de hiedra de la cancha central, con la ilusión de poder ver por un momento a los jugadores estrella que llegaban en sus elegantes coches conducidos por chóferes.

Parecía un espléndido desfile de modas; era una buena oportunidad para que las mujeres y chicas jóvenes hicieran resaltar sus hermosos atuendos veraniegos. Rachel había elegido un vestido recto, de algodón rosa, y el pelo peinado hacia atrás estaba sujeto con una cinta de seda del mismo tono. Simon, al igual que la ma yoría de los caballeros, llevaba un traje ligero de verano.

—Creo que tenemos tiempo para tomar una copa de champán antes de entrar —sugirió él mientras la cogía del brazo.

Rachel levantó la vista para consultar el reloj que había entre la hiedra, encima del balcón de los miembros del Club.

—Oh, no —protestó ella—. Ya casi son las dos. No querrás que nos perdamos el principio del partido.

El levantó la ceja, con curiosidad.

—No merece la pena ver el primer encuentro —comentó él —.Podemos entrar cuando comience a ponerse interesante.

La desilusión se reflejó en el rostro de Rachel.

—Pero yo he venido a ver el partido. Podemos beber el champán en otra ocasión —protestó.

Él le sonrió, tolerante.

—Está bien. Entremos a buscar nuestros asientos.

Siguieron a la multitud que buscaba sus sitios y, finalmente encontraron los suyos frente a la cancha central. Rachel se acomodó en su asiento y, después de cerrar los ojos, volvió la cara hacia el sol.

—Mmm —suspiró contenta—. ¿No es un día cálido y hermoso?

Simon sonrió y apoyó el brazo sobre el respaldo del asiento de su acompañante.

—¿Estás contenta de haber aceptado venir? —le preguntó. A pesar de la amabilidad de su tono de voz, en su mirada había un destello de seriedad que la hizo sentirse un poco incómoda.

—Sí, por supuesto —contestó, despreocupada—. Es una tarde perfecta para jugar al tenis. Estoy deseando ver el juego.

Antes de que Simon pudiera hacer algún comentario, los espectadores guardaron silencio en el momento en que los ocupantes del Palco Real entraron a colocarse: la princesa de Gales y la duquesa que York, ambas tranquilas y calmadas, y por supuesto la patrocinadora de la Lawn Tennis Association, la elegante duquesa de Kent.

Los lugares se ocupaban con rapidez. y en el aire había un

murmullo de entusiasmo. Rachel se inclinó hacia adelante, ansiosa por ver a los jugadores cuando salieron detrás de la cortina de lona, pero el destello del sol la hizo captar una cabeza rubia muy familia.

El corazón le dio un vuelco. Apenas vio que los dos rivales entraban en la cancha, aunque unió su aplauso de manera automática al del resto de los espectadores. Nick debió percibir su mirada, ya que volvió la cabeza sobre su hombro y la localizó. Una sonrisa de burla apareció en su varonil rostro, y Rachel apartó la vista con rapidez.

Los jugadores, para entrar en calor, golpeaban la pelota hacia atrás y hacia adelante con movimientos lentos. Los jueces se habían acomodado en sus asientos, y jóvenes de ambos sexos, portando uniformes con los colores tradicionales de Wimbledon, salvia y morado, estaban atentos, listos para el gran momento. El árbitro hizo una inclinación y habló por el micrófono. Su voz retumbó a través del espacio cerrado: «Dos minutos».

La fuerza que obligaba a Rachel a volver a mirar a Nick era muy fuerte. El vestía de acuerdo con la semiformalidad de la ocasión y llevaba una camisa blanca, aunque ya había desechado tanto la chaqueta como la corbata, desatándose el cuello y remangándose la camisa sobre sus fuertes muñecas. La ligera brisa le había despeinado. Estaba sentado entre un hombre de edad mediana y una mujer alta, de increíble atractivo; inclinado junto al hombre,

movía la cabeza en señal de afirmación a algo que él le comentaba, pero de nuevo levantó la cabeza para mirar a Rachel y cautivarla.

La multitud, la soleada tarde habían pasado a segundo término. Rachel estaba entre sus brazos, su boca quemaba por sus besos, su cuerpo dolorido mientras él la acariciaba. Luchó contra esas imágenes, pero se desbordaron en su cerebro, dominándola.

El partido comenzó y Nick se acomodó con tranquilidad en su asiento para disfrutarlo, dejándola libre. Rachel respiró largamente, intentando calmar el ritmo acelerado de su corazón. Simon parecía estar completamente enfrascado en el juego, sin darse cuenta de lo que ocurría a su lado, y a pesar de que ella hizo un esfuerzo por concentrar toda su atención en la acción que se desarrollaba en la cancha, se dio cuenta de que no podía apartar la mirada de aquella espalda.

—lo quería enamorarse de Nick. Aquellos recortes de periódico eran una seria advertencia. Ninguna de sus aventuras parecía haberse prolongado mucho tiempo, y siempre lo había dejado él. Rachel sentía cierta compasión por aquellas chicas inexpertas que habían llevado el corazón en la mano. Era un dolor que podía compartir…

—Cuarenta, treinta.

—Punto definitivo —le murmuró Simon a la oreja—, Buen juego, ¿no te parece?

—Oh… sí. Muy emocionante —Rachel tuvo que echar un vistazo al marcador para saber quién iba ganando.

El campeón estaba sirviendo y sacó con prudencia; ya que no estaba dispuesto a correr riesgo alguno. Su oponente le devolvió el saque con un hábil tino cruzado, y los dos entraron en un peloteo violento.

Cada espectador retenía el aliento cada vez que la pelota cruzaba la red. El campeon se encontraba en la línea de la base, sus tiros eran bajos para obligar a su contrincante a correr hacia la pelota, pero aún no era,el ganador. Una buena volea, una pelota corta… corrió a alcanzarla y logró una buena jugada. El otro jugador se precipitó hacia ella y la devolvió, pero tuvo que estirarse al máximo para alcanzarla, colocándola con una precisión extraordinaria, sólo unos milímetros dentro de la línea.

—Terminó el primer set.

Rachel se unió con entusiasmo al aplauso. No quería ni mirar por encima los asientos que había frente a ella. Los jugadores ya estaban en el segundo set; su adrenalina se consumía en aquel partido que tenía con los nervios de punta a los miles de espectadores.

Fue un magnífico partido. En el cuarto set quedaron iguales y el campeón finalmente ganó por tres a dos.

—¿Quieres quedarte a ver la presentación? —preguntó Simon a Rachel mientras los aplausos continuaban.

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No… vamos a tomar unas fresas con nata, para que volvamos a nuestros asientos a tiempo de ver los dobles de mujeres.

—Es mejor que vayamos al parque —sugirió él—. El puesto que hay junto a la puerta principal está tan lleno que es imposible moverse.

Se alejaron de la concurren.cia y bajaron por las escaleras a un extremo de la cancha principal. Pero no había forma de salir, pues una muchedumbre caminaba sobre los pasillos entre las pistas de atrás, con rumbo al parque Aorangi. Varias personas estaban ya haciendo cola en los puestos de refrescos y, casi todas las

mesas se hallaban ocupadas.

Simon miró a su alrededor; un gesto de impaciencia se adivinaba en su cara.

—Esto es ridículo —refunfuñó—. El sitio es demasiado pequeño para un evento internacional de esta importancia. ¿Por qué no piensan y se cambian a un lugar más cómodo?

—Entonces ya no sería Wimbledon —aclaró ella con una risita —. Todo forma parte de la tradición… ¡como la lluvia!

—Bueno, por suerte no ha llovido esta semana —comentó él—. Parece que tendremos que sentarnos en el césped.

—No importa… está seco y agradable.

—Entonces, espérame aquí —dijo él—. No tiene sentido que los dos hagamos cola. Traeré los platos.

Rachel se acercó al césped y se sentó sobre él. Alrededor había grupos de gente que sacaba comestibles de unas cestas, mientras al otro lado del parque, mas allá de la zona para comer, se encontraban filas de enormes tiendas de campaña, contratadas por importantes empresas comerciales para ofrecer hospitalidad a sus

clientes especiales.

Rachel los miraba con cierto resentimiento. Era consciente de que su patrocinio era vital para el juego, pero al comprar todas las entradas a precios excesivos ahuyentaban a los verdaderos aficionados. Dudaba mucho de que todos aquellos que saboreaban el champán frío y comían los elegantes platos de salmón ahumado y caviar, estuvieran interesados en el tenis. Para muchos era sólo una reunión social, algo para comentar en la conversación de la siguiente cena, y que sin duda impresionaría a todos. «Oh, sí, este año estuvimos en Wimbledon…»

—¿Por qué frunces el ceño, princesa?

Rachel levantó la vista, reteniendo el aliento. Nick iba por el sendero con un grupo de personas cuya elegancia y aire distinguido iba de acuerdo con :la gente en la cual estaba pensando Rachel. La hermosa pelirroja que se había sentado a su lado lo agarraba del brazo con aire posesivo, pero él, con una breve disculpa, se soltó para acercarse a Rachel.

—Oh… Por nada —respondió con rapidez—. El sol me molesta en los ojos.

Después de reírse, Nick se sentó en el césped junto a ella, apoyándose en el codo y arrancando un tallo de hierba para mordisquearlo.

'-Tus… amigos te esperan —señaló ella, notando en su propia voz el nerviosismo.

—Sólo son conocidos de negocios —aclaró él.

Quizá era verdad, pero la mujer lo miraba por encima del hombro, como si quisiera aniquilar a Rachel.

—¿Así que has venido con Chandler? —le preguntó Nick sin dejar de observarla con la sonrisa burlona que siempre la desconcertaba—. Creí que entre vosotros todo había terminado.

La rabia se apoderé de Rachel. Toda la semana la había ignorado, como si entre ellos no hubiese ocurrido nada, y de pronto la preguntaba por qué salía con Simon.

—Aún somos amigos —te informó con actitud glacial.

—¿De veras? —su voz destilaba cinismo. Nick le levantó la mano izquierda—. Sin embargo, no llevas en el dedo el anillo de compromiso —se burló—. ¿Qué pasa? ¿No puedes tomar una decisión?

Rachel quitó la mano como si se la hubiera quemado.

—No es asunto tuyo —replicó con brusquedad.

Aquellos ojos azul gris centellearon. Con lentitud, Nick la cogió del brazo, de forma tan suave, tan seductora, que ella sintió que el calor de sus dedos se extendía por todo su cuerpo.

—Como amigo, te confieso —murmuró con sarcasmo —que no me gustaría que cometieras un error.

—No creo estar en peligro de cometerlos, gracias —hizo un esfuerzo por hablar con frialdad.

—¿No? Aún no has explorado con detenimiento la alternativa —observó él; su voz ronca la acariciaba.

Sabía que no debía decirlo, pero él la hipnotizaba, obligándola contra su voluntad a participar en su juego.

—¿Q… ué alternativa? —tartamudeó.

—La que te sugerí desde el principio. Que lo mandes al diablo y que me aceptes a mí —le acarició él brazo—. En cuanto me hayas conocido en la cama, comprenderás que sales ganando con el cambio.

Rachel lo miró fijamente a los ojos; su aliento era cálido, el corazón le latía con fuerza. Sabía que, si sucumbía ante su seducción, estaría perdida. Nada ni nadie volvería a ser lo mismo…

Se sobresaltó al ver que una sombra se cruzaba entre ellos, ocultando el sol. Simon estaba delante de ellos, con dos platos de fresas con nata en las manos, la cara contraída por la furia.

—Oh… yo… pues, hola, Simon —lo saludó, aturdida—. ¿Te acuerdas de Nick Farlowe?

Nick se puso de pie, mientras su irónica sonrisa transmitía lo divertida que le resultaba la situación. Simon lo hubiera pegado, pero los platos de fresas se lo impidieron.

—Bueno, disfruten del resto del tenis —comentó Nick, amablemente—. Hasta luego, princesa —se alejó con las manos en los bolsillos, relajado.

Se hizo un incómodo silencio, como una advertencia. Rachel miraba de reojo a Simon, quien no lograba disimular su rabia.

—¡Maldito casanova! —Simon se sentó bruscamente en el césped, junto a ella—. Detesto que te ande rondando, que te moleste.

—No… me estaba molestando. Se ha acercado sólo para

saludarme —se las arregló para contestar.

—¿Sabías que iba a estar aquí?

—No, por supuesto que no.

Entregó a Rachel un plato de fresas que ella aceptó en silen cio. La breve conversación con Nick la había desquiciado hasta tal punto que estaba alarmada. Sólo una mirada de aquellos ojos azules eran suficiente para encenderle la sangre.

Le parecía absurdo. Jamás había reaccionado de esa manera con Simon. Otras chicas se interesaban por él… por ejemplo Jayne, su joven ayudante de producción; se le doblaban las piernas cada vez que él entraba en la oficina. Rachel siempre había creído que se debía a que ella no era una persona apasionada, pero cuando apareció Nick, comprendió que era tan vulnerable como todas las mujeres.

Y lo peor era que sabía que, de todos los hombres de quienes hubiera podido enamorarse, él era el peor. Se tomaba el amor como un pasatiempo, sin importarle herir a la pareja.

Se oyó una voz que anunciaba que la final de dobles femeninas iba a comenzar.

—¿Quieres que entremos? —preguntó Simon, todavía tenso. —Oh… Sí, está bien.

Dejaron los platos vacíos en una mesa cercana y entre un remolino de gente volvieron a la pista central.

Capítulo 7

El resto del día transcurrió sin que Rachel volviera a encontrarse con Nick. El grupo que lo acompañaba no volvió a sus asientos hasta después de la mitad del primer set, y a pesar de que no lograba dejar de pensar en él ni en la elegante mujer que estaba sentada junto a él, Rachel no se permitió mirar en su dirección.

Durante el intermedio, antes de que empezara el último partido, Simon y ella prefirieron ir al reducido espacio que había debajo de la pared sur de la cancha central, en el cual la estatua de Fred Perry presidía la reunión. Nick no apareció por ahí.

Ya eran cerca de las siete y media de la tarde y aún no habían acabado los dobles mixtos. El calor del día disminuyó ante la fresca brisa, y la tensión de los partidos anteriores dio paso a una atmósfera más tranquila y amistosa entre los jugadores y los asistentes.

Cuando la cancha finalmente quedó vacía, al terminar la última presentación, Rachel bostezó estirándose en el asiento.

—¡Oh! —suspiró fatigada—. Este plástico es muy incómodo para estar sentada tanto tiempo.

Simon rió al tiempo que le ofrecía la mano para ayudarla a levantarse.

—Vámonos —le sujetó la mano más tiempo del necesario.

Bajaron las escaleras y pasaron por un vacío pasillo. Por un instante, Rachel se preguntó si Nick se encontraría detrás de ellos, si los había visto. De manera deliberada cogió del brazo a Simon.

—Estoy tan cansada —comentó a modo de explicación al ver que la miraba sorprendido—. Debe de ser el aire puro. Quiero llegar a casa, darme una ducha de agua fría y meterme en la cama.

—Oh… Creí que tal vez… podríamos ir a cenar a algún sitio —

sugirió Simon y el destello de sus ojos advirtió a Rachel de que confiaba en que una noche romántica la hiciera cambiar de opinión.

Ella se las arregló para simular una sonrisa.

—Esta noche no, Simon —respondió con amabilidad—. Estoy agotada.

—Está bien —le cogió las manos—. Voy a llevarle a casa.

Rachel guardó silencio mientras iban hacia el coche. Como había mucho tráfico, les costó casi tres cuartos de hora llegar a Merton Road. Pero después lograron salirse de la caravana, y por las calles Elephant y Castle llegaron a Tooley.

Después de aparcar el enorme BMW junto a la casa de Rachel, Simon se acercó a ella para acariciarle los dedos con el pulgar.

—Aún llevo en el bolsillo tu anillo, Rache —murmuró—. En el momento en que quieras ponértelo, sólo tienes que mencionarlo.

Ella vaciló; estaba confundida. Desde que Nick Farlowe había aparecido en su vida de manera tan repentina, se hallaba sumido en un tremendo caos. Si era amor, prefería no formar parte de él. Pensaba que tal vez debía casarse con Simon, pues necesitaba la tranquilidad que él parecía poder ofrecerle. Aunque hubiera cometido un error, era un hombre serio.

—Yo… necesito más tiempo, Simon —le respondió—. No puedo decidirlo ahora.

—Lo comprendo. Puedes tomarte todo el tiempo que necesites. Sólo recuerda una cosa. Estoy enamorado de ti, ' nada me haría más feliz que casarme contigo. Comprendo que cometí un enorme error, pero te aseguro que he aprendido la lección_

Hablaba con tanta sinceridad que Rachel ni por un-momento dudó de que le estaba diciendo la verdad. Si sus propias emociones no se encontraran en tal desorden, habría aceptado.

Simon la estrechó entre sus brazos. Asustada, se dio cuenta de que iba a besarla. Sería la primera vez desde su ruptura. Simon la

besó en la boca con calidez y firmeza, y esperaba una respuesta. Pero no había ninguna emoción… era un simple beso.

La invadió primero la desilusión, después la culpabilidad, y por último una profunda duda. ¿No podía responderle como antes?

Rachel se inclinó sobre él, abriendo los labios para propiciar la familiar invasión de Simon en su boca. «Inténtalo», se dijo. «No pienses en nadie más, en nada más»…

Por fin él levantó la cabeza, y por la manera en que respiraba, Rachel notó que se había excitado mucho más que ella. La miró fijamente, mostrando en sus ojos oscuros un ávido sentimiento de posesión.

—¿Por qué no llamamos a tu madre mañana por la mañana para decirle que los planes de la boda continúan? —sugirió con suavidad.

Rachel vaciló.

—Yo… Aún no, Simon. Dame una noche más para pensarlo. Te prometo que por la mañana te daré la respuesta. El sonrió.

—Está bien —admitió con indulgencia—. Hasta mañana, entonces —volvió a besarla.

Rachel cerró los ojos intentando tranquilizarse. Le gustaba que Simon la besara. Era siempre: muy considerado. Podría sentirse contenta con sus besos, y era la clase de felicidad que consideraba duradera, no un fuego peligroso, ardiente, que se consumía y sólo dejaba cenizas.

Rachel sonrió y él la soltó.

—Buenas noches, Simon —susurró, temblorosa—. Yo… Buenas noches.

—Buenas noches, mi amor.

Él le apretó la mano, y ella se bajó del coche. Pensó que tal vez si finalmente hicieran el amor, eso la ayudaría a tomar una decisión definitiva.

Pero mientras vacilaba, todavía indecisa, él metió la velocidad y se alejó levantando la mano en señal de despedida. Ella hizo lo mismo; luego se volvió hacia la entrada profusamente iluminada, y después de dirigir una débil sonrisa al portero, en

tró.

Durmió mal. Durante toda la noche la idea le dio vueltas en la cabeza. No podía casarse con Simon, porque era consciente de que no lo amaba. Y, sin embargo, quería ser su esposa. Consideraba que el amor no era indispensable para tener un matrimonio afortunado. Sabía que muchas parejas funcionaban bien sin él, siempre y cuando estuvieran de acuerdo en otros aspectos. Pero ella amaba a otra persona…

Debía contarle a Simon la verdad sobre Nick. Le parecía injusto engañarlo; era su obligación darle la oportunidad de decidir si aún

deseaba casarse. Pero no sabía si encontraría las palabras precisas para explicarle la situación.

Cuando comenzó a clarear el día, Rachel se levantó de la cama y, después de cubrirse con su kimono japonés de algodón, fue hacia la sala. Seacercó a la ventana para contemplar el paisaje. El río estaba precioso a esa hora de la mañana; los edificios en la lejanía tomaban un color azulado bajo la neblina del amanecer y el agua tranquila brillaba con unos reflejos dorados.

Había cambiado muy poco desde que Claude Monet pintó el paisaje, más de cien años antes. A su mente llegó el recuerdo de cuando bailaba entre los brazos de Nick en el jardín, con el perfume de los jazmines a su alrededor.

Cerró los ojos mientras apretaba los puños intentando alejar de su mente esa imagen. Había luchado para no enamorarse de él; prefería la relación estable, tranquila, que había tenido con Simon. Incluso el error en que él había incurrido había perdido importancia.

Pero se preguntaba cómo era posible que juzgara de pronto con tanta ecuanimidad su deslealtad con ella. Y por qué le había sido tan fácil cumplir su decisión de no tener relaciones íntimas con él antes de que se casaran. ¿Por qué incluso ella misma se lo había sugerido?

Decidió que tal vez había sido porque su relación con él era espiritual más que física.

«Sólo tratas de buscar excusas», se dijo». «Si Simon pudiera hacerte sentir lo mismo que Nick, no te harías ninguna pregunta. Si te casas con él, ya no podrás continuar con los pretextos… tendrás que dormir a su lado. Y cada vez que te bese, recordarás la forma en que Nick lo hacía.»

Impaciente, Rachel sacudió la cabeza, resuelta a no continuar haciéndose preguntas. Pensó que nadar le sentaría bien. La piscina estaba vacía a esa hora de la mañana, y el aliciente del agua fresca era muy tentador. Fue a su dormitorio para quitarse el kimono y buscar en el cajón el traje de baño.

Era un traje de una pieza, de color cereza; de un material brillante y muy ceñido al cuerpo, con un corte elegante en el hombro y en los muslos. Encima, Rachel se puso un chándal rosa pálido, y se protegió los pies con unas zapatillas. Después de coger

una toalla grande, salió del apartamento y bajó por el ascensor al club deportivo que había en el sótano del edificio.

Una pared de ladrillos cubierta con muchas plantas separaba la piscina del salón de descanso. Estaba contenta y relajada. pero cuando empezó a andar, sus pisadas vacilaron. No estaba sola.

Alguien nadaba a lo largo de la piscina, alguien de músculos fuertes y pelo rubio. Rachel retrocedió un paso con el fin de emprender la retirada, pero Nick la había visto y se detuvo a un lado de la piscina.

—Hola, princesa —la saludó.

—Hola —su voz le parecía extraña a ella misma «Tranquilízate», se amonestó con brusquedad.

Nick la miró de arriba abajo, haciéndola consciente de cada curva que se escondía bajo el ceñido material del chándal. Ella se mordió el labio, mientras se ruborizaba. Sabía que iba a ser aún peor cuando la viera sólo con el traje de baño… Y él no disimulaba su expectación de que llegara el momento.

—Ven… el agua está deliciosa —la invitó; su voz sonaba ronca.

—0h…

Rachel respiró hondo para calmarse. Hubiera deseado tener alguna excusa para cambiar de opinión, pero hacerlo era admitir que no podía controlar la situación entre ellos. Le volvió la espalda y, después de quitarse las zapatillas, con rapidez deslizó hacia abajo el pantalón del chándal y lo tiró sobre los adoquines que rodeaban la piscina.

—Mmm… hermosas piernas —comentó Nick, sarcástico. Rachel se volvió a mirarlo indignada.

—He venido aquí a nadar, no a dar un espectáculo gratuito —lo retó.

—Lo siento —respondió él de inmediato, pero en su sonrisa no había ningún indicio de disculpa, mientras esperaba que se quitara el resto de la ropa.

Y, de alguna manera, la ira de Rachel se desvaneció ante el calor de su mirada. Sintió que el corazón le latía deprisa, que su cuerpo se calentaba. Lentamente, casi como hipnotizada, se sacó por la cabeza la parte superior del chándal y, al hacer el movimiento, fue consciente de que sus turgentes senos rozaban la tela de su traje de baño. Apartó el chándal y se mantuvo erguida.

Se sentía como desnuda, pues cada contorno de su cuerpo se revelaba a través de la ceñida tela del traje de baño. Un extraño estremecimiento la envolvía. Nick no dijo ni una palabra… nQ era necesario. La electricidad parecía crepitar en el aire que los rodeaba.

Rachel fue hacia el borde de la piscina, sintiendo qué la mirada de Nick la seguía mientras ejecutaba un gracioso clavado para entrar al agua. Era un descanso sentir que el agua fría a su alrededor la ocultaba, eliminando el calor que cubría su cuerpo. Se abrió camino en el agua, nadando con gran vitalidad, pero él, a su lado, se movía a su misma velocidad. Al final de la piscina, ella se volvió y después de recorrerla varias veces quedó agotada.

Por fin tuvo que detenerse. Sin aliento, se agarró a la barandilla. Nick salió a la superficie, cerca de ella, y, sujetando la barandilla a los lados de su cuerpo, logró atraparla. Rachel estaba demasiado cansada para evitarlo.

Las gotas de agua sobre el cuerpo de Nick brillaban como

diamantes, y ella se encontró contemplando con una especie de temerosa fascinación los firmes y bien formados músculos de su pecho, las espirales de pelo rubio sobre su piel bronceada. Un apetito primitivo se agitaba en su interior, y al levantar la cara

para mirarlo a los ojos, comprendió que él también lo sentía.

—¿Dónde está tu novio? —le preguntó Nick con acritud—. Lo has dejado acostado en tu cama, ¿no?

—Te equivocas —contestó; sus ojos brillaban de rabia.

—¿No? —levantó la ceja, curioso—. ¿Quieres decir que no le dejaste pasar la. noche contigo?

—¡Exactamente!

Rió con aquella risa ronca que la enloquecía.

—Magnífico —murmuró, y la. miró posesivamente—. Estaba celoso.

La confesión la sobresaltó.

—¿C… celoso? —repitió con voz débil.

—Sí. Pensé que estaba contigo, haciendo las cosas que yo quería hacer —se acercó a ella, y sus cuerpos quedaron muy juntos—. Dime algo —le dijo con voz áspera—. ¿Lo miras como a mí? Cuando te besa, ¿te derrites por dentro como te pasa conmigo?

Rachel le miró luchando con desesperación contra la debilidad

que había engendrado en su interior. Lo deseaba tanto como él a ella.

Era un sentimiento que la asustaba, un sentimiento ajeno a su carácter… siempre lo había creído. '

—No… No sé a qué te refieres —tartamudeó, incapaz de eludir la fuerza hipnótica de su mirada.

Los ojos de Nick brillaron con una luz peligrosa.

—¿De verdad? —murmuró, tenso—, Entonces quizá sea mejor que te lo recuerde.

Ni siquiera trató de apartarse cuando inclinó la cabeza sobre la de ella. Era consciente de que su única alternativa era sucumbir a una tentación que se había convertido en algo irresistible. Los labios de Nick, demandantes, exploraron los rincones de los suyos, y a continuación iniciaron una lenta y erótica caricia, hallando las partes más dulces, más sensibles de su boca.

Una familiar calidez quemaba el cuerpo de Rachel. Nick le arqueó la espalda hacia el borde de la piscina, y al sentir el roce del viril cuerpo contra el suyo, una sacudida de emoción aprisionó su corazón. Rachel le pasó los brazos con fuerza alrededor del cuello y, mientras Nick la besaba con ardiente posesión, se colgó de él como si buscara borrar de su mente el recuerdo de cualquier otro hombre.

El deseo que durante las dos últimas semanas la había invadido, salió a la superficie de forma irresistible, para comunicarse con claridad desenfrenada con el del hombre que la abrazaba con fuerza. Nick levantó la cabeza, y sus miradas apasionadas se unieron.

—Te deseo, princesa —refunfuño—. Y no intentes fingir que no sientes lo mismo, ya que tu cuerpo me dice todo lo que necesito saber.

Le acarició con los dedos la espesa melena de pelo mojado, echándole la cabeza para atrás, de modo que estaba apretada contra él, con una intimidad que encendía su cuerpo. Rachel lo miró, traicionada por su debilidad. Había olvidado en dónde se encontraba, y mientras Nick acariciaba la redondez de su pecho, comprendió que la inmediata respuesta de éste revelaba toda su reacción.

Nick se rió con suavidad, mientras con el pulgar rozaba la suave piel, y un tenue resplandor de felicidad invadió a Rachel, que cerró

los ojos, rendida a la lánguida sensualidad. Ni siquiera protestó cuando él le deslizó por el brazo el tirante del traje de baño, bajando con lentitud la delgada tela mojada para descubrirle los pechos.

Gimió con suavidad al sentir el roce de sus dedos sobre la piel desnuda. Le besaba la cara y los sensibles huecos del cuello, y con habilidad la atormentó, acariciándole el pecho hasta-llevarla a un estado de total abandono.

La había conducido mucho más allá de los dominios de lo razonable. Nada tenía importancia, excepto el delicioso placer del momento. De manera instintiva, Rachel se movió hacia Nick, impotente ante el dominio de alguna poderosa fuerza elemental que iba más allá de su control. Él volvió a besarla con una inten

sidad que demandaba todo lo que ella tenía para darle; aprisionaba'su cuerpo contra el borde de la piscina, haciéndola devastadoramente consciente de la ardiente tensión de Nick.

—Ahora, atrévete a negarlo —la retó, furioso—. Me deseas.

La cabeza le dio de vueltas y un sollozo ronco escapó de sus labios. No podía negarlo. Pero cuando abrió los ojos, comprendió llena de horror dónde se encontraban, y trató de apartarlo.

Él se rió.

—,Alguna vez has hecho el amor en una piscina? —un destello perverso apareció en sus ojos—,. Yo nunca lo he hecho, pero siempre estoy dispuesto a intentar cosas nuevas.

Un enorme pánico dio fuerzas a Rachel para liberarse. Se apartó, horrorizada por lo que había estado a punto de hacer. El brillo de diversión burlona que apareció en lps ojos de Nick al desnudarla con la mirada, le recordó que la parte de arriba de su traje de baño aún estaba a la altura de su cintura, y se lo subió con rapidez, con las mejillas encendidas de vergüenza.

Se preguntaba qué habría pasado si alguien los hubiese sorprendido. Jamás hubiera podido mantener otra vez la cabeza en alto. Desesperada, buscó a su alrededor la escalera para salir de la piscina, sujetando con una mano el traje de baño.

La risa burlona de Nick la siguió mientras corría, y se detenía un momento para recoger el chándal y la toalla. Él estaba sentado en el borde de la piscina, y la miraba divertido, como un astuto depredador, dispuesto a esperar el momento oportuno. Las tenues

luces del techo brillaban sobre su piel bronceada, embelleciendo sus músculos firmes, haciéndolo aparecer como una estatua perfecta.

El ascensor tardó una eternidad. Rachel se envolvió en la toalla. Se le había caído una de las zapatillas, pero no estaba dispuesta a regresar a buscarla. Tan pronto como las puertas del ascensor se abrieron, entró precipitadamente, presionando el botón del cuarto piso. Las gotas de agua que caían sobre la alfombra la hicieron sentirse culpable.

La vergüenza arreboló sus mejillas. Había dado suficientes motivos a Nick para que creyera que accedería a su absurda peti ción. En unos minutos más le habría quitado el traje de baño, habría doblado su cuerpo desnudo debajo del de Nick,

Sacudió la cabeza en un esfuerzo desesperado por borrar esa vívida imagen de su mente, aunque no lo logró. Su cuerpo insatisfecho estaba dolorido, y ella podía ver el triunfo en los ojos de Nick cuando declaraba su victoria. Una sola lágrima corrió cono lentitud por su mejilla.

Con alivio entró en su apartamento, y cerró la puerta apoyándose en ella, con los ojos cerrados.

Necesitaba ducharse. Con rapidez se dirigió al cuarto de baño, y después de quitarse la ropa húmeda, se quedó quieta debajo del agua, tan helada que le lastimaba la piel.

Era como una penitencia. Permaneció debajo de la ducha durante el tiempo que pudo resistirlo. y después se secó con una toalla. Se sentía mejor, con la cabeza más despejada. Después de cubrirse otra vez con el kimono, volvió a su dormitorio y abrió una de las puertas de espejos que cubrían los espaciosos armarios. Sacó una caja y vació el contenido en la cama. Su vestido de novia.

En realidad era un traje sastre, más apropiado para una ceremonia civil que un romántico vestido largo. Estaba confeccionado en crepé color marfil, la chaqueta bordada con diminutas perlas y, como complemento, un elegante sombrero sin ala con un velo para taparse los ojos. Era un conjunto conservador, pero tenía un estilo propio, justo lo que hubiera aprobado Simon. Y también su madre.

Rachel se sentó en la cama, sin dejar de mirar el traje. Parecía representar todo lo estable y familiar. Simon y el futuro bien organizado que habían planeado juntos. Iban a vivir en Londres

unos años, luego comprarían una casa en el campo. Y después tendrían hijos… uno o dos, como habían tenido sus padres. Ni pensar en una familia numerosa, alborotada, pues no encajaría con el tipo de vida que pensaban llevar.

Y ya no podría casarse con, Simon… no estaba convencida. Amaba a Nick; el roce de sus manos sobre su cuerpo la había marcado, y sabía que no podría pertenecer a nadie más.

Inquieta, se puso de pie para ir hacia la ventana, y miró hacia afuera. Mientras observaba el .río, su mente divagó.

Cuando era adolescente, soñaba con casarse en una iglesia. Le habría gustado llevar un hermoso vestido, de encaje antiguo, y tres o cuatro niñas como damas de honor con delicados vestidos blancos y en el pelo flores de verano.

Sacudió la cabeza, malhumorada. Quizá todas las jóvenes habían tenido esos sueños en alguna época de su vida. Pero con más de treinta años no se consideraba una jovencita virginal. Los sueños románticos le parecían una pérdida de tiempo. Recordarlos sólo significaba aumentar su sufrimiento. Sabía que Nick sólo intentaba pasar el rato con ella, ya que le había dicho claramente que no estaba dispuesto a aceptar ningún tipo de compromiso.

No le parecía fácil ser sincera con Simon. Al principio tuvo la tentación de llamarlo por teléfono, pero finalmente se convenció de que debía entrevistarse con él. Simon recibió la noticia con serenidad, pero Rachel aún no estaba por completo segura de que hubiera tomado esa decisión como definitiva.

Durante la tarde hizo un esfuerzo por trabajar, sin éxito alguno. Le era imposible concentrarse, puesto que su mente estaba saturada de pensamientos referentes a Nick, y nada lograba desterrarlos. Inquieta, se levantó para dirigirse a la ventana.

El río ondeaba incesantemente entre sus orillas, oscuras y tranquilas, en contraste con las brillantes y alborotadas luces de Londres. El espectáculo tenía una magia romántica muy, especial, la magia que la rodeaba la noche que había bailado con Nick, en su jardín, con el aire impregnado del perfume de los jazmines y las notas sensuales de un saxofón cerca de ellos.

Al oír que llamaban a la puerta, se sobresaltó y miró a su alrededor. Vaciló. El corazón le latió con fuerza. Sabía quién era el visitante. Si no abriera la puerta, él comprendería el mensaje y al

poco tiempo se marcharía…

Pero una fuerza irresistible.. más fuerte que su propia volunt ad, la obligó a acercarse la puerta y con mano trémula la abrió. Nick apoyó el brazo contra el marco de la puerta, y la forma en que la miró hizo que de pronto se le resecara la boca.

—Al igual que la Cenicienta, te dejaste esto olvidado al huir de mí esta mañana —señaló él mientras le daba la zapatilla—. Y al igual que el príncipe, he venido a devolvértela.

—Oh… —la aceptó, consciente de que después de darte las gracias debía inventar algún pretexto para cerrar la puerta. Pero no le fue posible hacerlo. Parecía que ninguna de sus acciones estaba bajo su control.

—¿Está Chandler aquí? —preguntó Nick mientras echaba un vistazo al apartamento.

—No —contestó Rachel. Él no estaba enterado de que ella había terminado con Simon para siempre; era su único medio de defensa.

Nick sonrió, burlón.

—Pobre hombre. Lo tienes a raya, ¿no es verdad? —señaló al tiempo que se acercaba un poco a ella obligándola a retroceder.

—Nuestra relación… no se basa en ese tipo de cosas —levantó la barbilla, arrogante.

—¿De veras? Entonces, ¿en qué se basa?

—En nuestro mutuo respeto y afecto. Y… bueno, no espero que lo comprendas.

—Ponme a prueba.

—Compartimos los mismos gustos —respondió Rachel con dignidad—. Nos gusta la misma música, las mismas obras de teatro. También hablamos de poesía…

Nick rió, irónico.

—Bueno, en ese aspecto estoy de acuerdo en que es superior a mí. Sólo sé un verso y no me atrevería a manchar tus castos oídos con él. Y en cuanto a música, bueno, me gusta más Springsteen que Shostakovich.

—A mí también me gusta Bruce Springsteen.

—Ah, entonces tenemos algo en común —se había acercado otra vez a ella y la obligó a retroceder otro paso. Nick ya estaba

dentro del apartamento—. Pero a pesar de todas sus virtudes, no vas a casarte con él —afirmó, confiado.

Rachel ya no estaba en posición de retroceder. Las rodillas parecían habérsele convertido en gelatina y tuvo que apoyarse contra la pared. No obstante, lo miró desafiante, decidida a no sucumbir ante el poder hipnótico de su mirada.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque no lo quieres —le rozó con suavidad la mejilla con el revés de los dedos, y ella sintió que una corriente eléctrica atravesaba su cuerpo—. Estás enamorada de mí.

Rachel retuvo el aliento mientras Nick inclinaba la cabeza sobre la suya. Un calor familiar fluyó por sus venas cuando sus labios se encontraron, mareándola, y se vio obligada a colocar la mano sobre el pecho de Nick para sostenerse. La punta de la yema de su dedo tropezó con la fuerte musculatura del pecho masculino, y ella, perdida, entreabrió los labios en señal de absoluta entrega. Le pertenecía.

Capítulo 8

El beso de Nick resultó cálido y seductor, movía los labios con languidez sobre los de Rachel. explorando con lentitud para encontrar los lugares más dulces. Sus brazos la rodeaban para acercarla a él, haciéndola consciente de cuánto la deseaba. Ella se apretó contra él y su respuesta fue tan apremiante como la de su pareja, su sangre y su cuerpo ardieron de deseo.

Él levantó la cabeza y la contempló con avidez.

—Quiero hacer el amor contigo, Rachel —en su voz ronca había un tono de insistencia.

—Sí —susurró ella, incapaz de negarse. La había llamado por su nombre. Aunque le encantaba que le llamase «princesa», oír que usaba su propio norribre, de forma tan íntima… ,

Él sonrió satisfecho y, levantándola en brazos, la llevó al dormitorio, con tanta facilidad como si fuera una pluma. Una vez que la acostó sobre la cama, Rachel lo abrazó con fuerza; su mente era un remolino de deseo.

Unos mechones se habían escapado del pulcro moño que llevaba y, con una risita melodiosa, Nick le quitó el resto de las horquillas, acariciando los sedosos mechones, antes de soltarlos a lo largo de la almohada.

—¿Qué ha pasado con la bruja insoportable que conocí hace semanas? ¿Es posible que sea la misma mujer?

—No… —nunca volvería a ser la misma. Aunque fuera una idea terrible, ya era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Nick reclamó de nuevo su boca, exigiendo todo lo que era capaz de dar, y Rachel le respondió sin timidez alguna, ofreciéndole su corazón, su cuerpo, todo lo que poseía. Nick levantó la ca

beza, sonriendo, y después, comenzó a desabrochar uno por uno

los pequeños botones de perlitas de su blusa de seda.

Una deliciosa tortura de expectación nacía dentro de ella. Él se tomaba su tiempo, disfrutando de aquel hermoso momento, obraba una magia que hacía a Rachel gozar de experiencias desconocidas.

Con lentitud, apartó la suave tela, y sus ojos brillaron de deseo al mirar los cálidos y turgentes pechos escondidos en las copas de encaje del sujetador. Lanzó un profundo suspiro al tiempo que ocultaba la cara entre ellos.

—Eres tan hermosa —murmuró, casi con reverencia.

Rachel estiró los dedos para acariciarle el pelo de la nuca, arqueando el cuerpo de manera tentadora debajo del de él. Sentía la mandíbula de Nick áspera contra su piel, pero no le importaba. Su deleite ante el contraste entre la masculinidad de él y la feminidad de ella crecía por momentos.

Nick la levantó en brazos para quitarle la blusa y después el sujetador. Rachel tembló al sentir el roce del cuerpo de su pareja sobre sus pechos desnudos. Jamás se había sentido tan deliciosamente vulnerable, tan milagrosamente fuerte.

Nick la besó profundamente, acariciando con la lengua cada rincón de su boca, y ella se rindió por completo; una lánguida marea de placer se extendió por todo su cuerpo, derretía sus huesos. Y después, Nick comenzó a acariciarla, sus manos vagaban sobre su cuerpo con lentitud, aunque con un propósito definido que la hizo estremecerse, hasta que por fin oprimió con sus largos dedos uno de sus pechos.

El delicado pezón era el centro de un millón de terminales nerviosas, que respondían con intensidad abrasadora al malicioso toque de aquel pulgar. Rachel apoyó la cabeza en el pliegue del brazo de Nick y logró oír el sonido discordante de su propia respiración, el sonido de su propio pulso, que le martilleaba los oídos.

Los besos de Nick eran abrasadores; trazaban una línea de fuego sobre los párpados temblorosos de ella, a través de la delicada sien, detrás de la oreja. Rachel gemía con suavidad, ator mentada por el placer, al tiempo que doblaba el cuerpo hacia él de manera tentadora. Pero Nick se tomaba las cosas con calma, y el deseo la quemaba por dentro como una fiebre.

Era como si él supiera de antemano cada una de las respuestas

de su pareja y con increíble habilidad localizaba cada lugar sensible para provocarle placeres casi insoportables, y continuaba para hacerla disfrutar cada vez con mayor intensidad de todo un mundo de placeres eróticos. Rachel lo seguía a ciegas, casi asustada del poder de su propio deseo.

Nick le besó la curva del cuello, y cuando al fin llegó a la madura redondez de sus pechos, Rachel se sintió morir de éxtasis al sentir el cálido roce de sus labios, que parecían despertar una fruta suculenta digna de saborearse y devorarse, apretándola con fuerza dentro de la boca con un ritmo que la hacía vibrar.

Rachel disfrutaba de las sensaciones más exquisitas, su cuerpo temblaba por la magia que Nick tejía a su alrededor. Jamás había imaginado, ni siquiera en sus más pintorescos sueños, algo semejante… y sin embargo, él había visto en sus ojos esa promesa, desde la primera vez que la miró.

Él bajó la mano hasta la falda, levantándosela hasta los muslos, y Rachel se dio cuenta de que le gustaba que llevara medias y ligas. Se apoyó sobre un codo para admirar la representación que se le ofrecía. Rachel estaba medio desnuda, la falda alrededor de la cintura, y sólo unas diminutas bragas de encaje blanco cubrían su parte más íntima. Lo miró con timidez, y él se rió.

—Mmmm… eso es precisamente lo que me gusta —gruñó al tiempo que le ponía la mano sobre el muslo cubierto por la media, cogiendo divertido una de las ligas.

—¡Eh! —protestó ella fingiendo indignación—. No hagas eso.

—Entonces quítatelas —sugirió él.

Después de respirar profundamente, Rachel se levantó de. la cama. Con dedos torpes cogió la cremallera de la falda, pero al fin logró bajarla para quitarse la prenda y después doblarla con cuidado sobre el respaldo de una silla de mimbre colocada junto a la cama.

Mientras Nick la miraba, la lujuria de sus ojos la abrasó. En

valentonada, le dirigió una sonrisa provocativa y, después de sentarse con gracia en el borde de la silla, desabrochó lentamente una de las ligas, bajando la media de seda, centímetro a centímetro.

Él, sonriente, agradecía la atracción. Rachel se quitó la otra media del mismo modo que la primera. Se quedó solo con las diminutas bragas de encaje blanco, y un collar de perlas alrededor

del cuello.
—Ven aquí y acuéstate —le sugirió Nick.
Rachel le sujetó la mano; el. corazón le latía con tanta fuerza que casi podía oírlo.
Nick la acostó junto a él y con ademán .posesivo le puso la mano encima del cuerpo desnudo.
—Una chica con clase —murmuró él.
Ella levantó la mano para acariciarle con las puntas de los dedos la barbilla, fascinada por la ligera irritación de su piel.
—Te quiero —susurró, y con esas palabras le entregó su corazón.
Nick se inclinó hacia ella, sonriente.
—Magnífico —señaló satisfecho.
Rachel le pasó los brazos alrededor del cuello para llevarlo hacia ella, mientras sus labios se entreabrían para recibir un beso. El peso de Nick la sujetó contra la cama. Una corriente de sumisión la invadía, un instinto. primitivo.
Riendo de placer, triunfante, él se arrodilló. Rachel apenas lo miró, contuvo la respiración al ver que se quitaba la camiseta por encima de la cabeza, arrojándola descuidadamente al suelo. La virilidad de su cuerpo la fascinó. Los músculos tensos se movían con suavidad bajo la piel bronceada, ligeramente cubierta de vello rubio, y su sutil aroma adormeció los sentidos de la joven.
Nick volvió a sus brazos, y el roce de sus pieles desnudas avivó la pasión de los dos. Nick :la acariciaba lenta, cálidamente, mientras sus bocas se separaban contra su voluntad sólo para respirar. Él empezó a besar la delicada piel de la oreja de Rachel, trazando sendas de fuego, hasta que ella gimió de placer y arqueó el cuerpo hacia su amado, como una invitación llena de voluptuosidad.
El toque de las manos de Nick le resultaba mágico y lograba estremecer cada centímetro de Rachel, quien, a su vez, también lo acariciaba, emocionada por la fuerza ardiente de los músculos de su espalda, desafiando el peligro de un despertar masculino desenfrenado que él ya casi no podía controlar. Sus cuerpos entrelazados intercambiaban placer por placer, y con besos ávidos saboreaban la dulzura de sus pieles.
Todas las defensas de Rachel. todas las inhibiciones que en alguna ocasión la habían mantenido prisionera, habían

desaparecido. Mientras Nick la contemplaba, sus ojos vagando sobre cada curva del cuerpo de Rachel, su corazón se estremeció ante el propósito que percibía en él.

Su única ropa la constituían las pequeñas braguitas. El fino recorte de encaje blanco apenas la cubría, y el triángulo de vello que coronaba sus muslos se vislumbraba como una sombra. Era la última barrera.

Nick le sostuvo la mirada a Rachel con la intención de reafirmar su promesa de tratarla con suavidad, pero un temblor de vulnerabilidad se hizo presente en ella en el momento en que él metió los dedos debajo del encaje y, con lentitud, se lo bajó por las caderas. antes de inclinar la cabeza para besarle la parte más alta del muslo. Y después centímetro a centímetro, deslizó la prenda, no sin que sus besos continuaran hasta los bien formados tobillos y los dedos de los pies.

Rachel entrecerró los ojos, moviéndose con lánguida sensualidad, como un gatito. Nick rió mientras la abrazaba otra vez.

—Mmm… las cosas que quiero hacerte —murmuró con voz ronca.

—,Como cuáles? —le preguntó con una mezcla de timidez y atrevimiento.

—Esta, por ejemplo.

Bajó la mano para separarle los muslos. Aunque un ligero temblor invadió a Rachel, confiaba en Nick absolutamente, y se rindió a las caricias de sus dedos, que hábiles, descubrían las zonas más sensibles. El éxtasis ya había comenzado, y cuando Nick encontró el punto clave, lo hizo despertar con tal habilidad que Rachel sollozó de placer.

—Y después, esto.

Apenas terminó de hablar, sometió a Rachel a la más placentera de las torturas, la llevó a conocer el placer en su máxima expresión, a contorsionarse cada vez que los labios masculinos se hundían en las zonas sensibles que iban descubriendo.

Y por fin Nick se acostó sobre ella, dispuesto a reclamar la entrega final. Con una mano le retiró el pelo de la cara al tiempo que la besaba en los párpados.

—Te quiero, Rachel —murmuró—. Te quiero.

Una oleada de felicidad corrió a través de Rachel, que aceptó

con gusto ofrecerle su cuerpo. y un gemido de placer mezclado con un sobresalto salió de sus labios mientras él la poseía. Lo envolvió con sus brazos. Se movió al mismo tiempo mientras el ritmo de sus cuerpos se establecía. Una fuerza elemental había tomado el control de los jóvenes, y luego de guiarlos por marejadas de pasión, casi los llevó a consumirse. La intensidad del deseo le resultaba insoportable, y no obstante, Rachel parecía aferrarse a ella con más fuerza a cada momento, como una marea de oro fundido que la elevaba en cada oleada de placer.

Era lo que Rachel había esperado mucho tiempo, el momento perfecto de eternidad. El hombre cuyo cuerpo sudoroso sostenía en sus brazos, era de quien estaba enamorada, y sentía que le pertenecía de manera absoluta e irrevocable. Y con un sollozo, sintió que al final recuperaba el juicio; se aferró a Nick cuando, con un arranque final, cayó entre los brazos de ella; su corazón retumbaba junto al de Rachel.

Durmieron un rato y, al despertar, sus mentes parecían armonizar y ardían todavía de deseo. Habían hecho el amor durante toda la noche, y cuando amaneció volvieron a dormirse, abrazados.

Ya entrada la mañana, Rachel despertó. Nick aún estaba dormido: sus oscuras pestañas le sombreaban las mejillas y su respiración era profunda y lenta. Rachel lo miró, incrédula ante la felicidad que saturaba su corazón. Le había confesado que la amaba.

—¿Qué pasa?

—Yo… quiero hablar —se alejó de sus brazos sin que él se resistiera. Su kimono de algodón estaba en una percha, detrás de lapuerta, y Rachel se cubrió con él y se ató el cinturón. Era consciente de que él la observaba.

—¿Es absolutamente necesario vestirse para hablar? —en su voz había cierta ironía.

—Sí —respondió con dignidad.

—¡Ah! —en aquella exclamación oyó un mundo de sarcasmo. Era un mal augurio para lo que Rachel pretendía decirle. Nick estaba apoyado en las almohadas, con las manos cómodamente cruzadas detrás de la cabeza dando a entender con su sonrisa que, aunque estuviera vestida, aún la veía como la noche anterior, desnuda y arrebolada—. Está bien —le dijo—. Te escucho. —Yo…

no quiero que esto sea sólo una aventura de una noche-dijo bruscamente.

—Yo tampoco.

—No. pero… No quiero que sea una relación pasajera.

—¿Qué es lo que quieres entonces? —preguntó con franqueza.
—Casarme —se había atrevido a decirlo. Lo único que oía Rachel era el latido acelerado de su corazón mientras esperaba la respuesta de Nick. El brillo burlón que había aparecido en sus ojos la indicó que no iba a oír lo que deseaba.

—Comprendo —contestó, secamente. Rachel respiro profundamente.

—Anoche me… me dijiste que me querías —continuó apretando las manos a los costados para que dejaran de temblar.

—Es verdad.

—¿Lo dijiste… en serio? —suplicó.

—Sí. Pero no recuerdo haberte propuesto matrimonio.

La joven se sintió mareada., como si estuviera de espaldas en una escalera mecánica que descendía. Pero el orgullo la mantuvo erguida.

—¿Qué tiene de malo casarse? —levantó la barbilla.

—No tengo nada en contra —arrastró las palabras, indiferente —. Estoy seguro de que es una excelente institución.

—¿Y, entonces?

Levantó los hombros para terminar con el asunto.

—Pasará mucho tiempo antes de que decida casarme.

Rachel sintió que las lágrimas estaban a punto de salir de sus ojos, pero parpadeó con fuerza para ahuyentarlas. No quería llorar delante de él.

—Comprendo. Bueno. Está bastante claro. Por lo menos ya sé a qué atenerme —cogió la ropa esparcida por el suelo y la arrojó a la cama—. En ese caso, ¿quieres irte por favor?

Nick levantó una ceja a manera de pregunta.

—¿Tratas de insinuar que, a menos que me case contigo, todo ha tetininado entre nosotros?

—Exactamente —aseguró Rachel, sintiendo que su corazón estaba a punto de hacerse pedazos—. No estoy dispuesta a sentarme y a esperar.., tal vez para siempre. Tengo treinta años, y quiero casarme.

—Si es tu intención, quizá lo mejor sea que después de todo aceptes la proposición de Chandler —sugirió Nick con brusquedad mientras se levantaba de la cama y se ponía los pantalones vaqueros.

—Quizá lo haga —replicó, indignada.

La mirada de Nick se endureció.

—¿Estás tan desesperada por ponerte un anillo en el dedo, que te casarías con un hombre sabiendo que no lo amas?

—¿Por qué no? —contestó llena de furia—. ¡Por lo menos él no teme una relación seria!

—Entonces, te deseo que seas feliz —reaccionó con pasmosa indiferencia, y después de recoger el resto de su ropa, salió del apartamento.

El ruido de la puerta al cerrarse rompió el último vestigio de dominio en Rachel, que se desplomó sobre la cama, que aún guardaba el olor de la piel de Nick. La joven comenzó a llorar. Lo sabia de antemano. Ella era la única culpable. El jamás había fingido ofrecerle más de lo que estaba dispuesto a dar. Desde un principio te había aclarado que no quería una relación estable.

Rachel lloró hasta quedar agotada: tenía los ojos irritados y la garganta le dolía. Si hubiera tenido una última esperanza de que Nick cambiara de ópinión, de que le llamara o fuera a su apartamento, habría sido inútil. Debía aceptarlo, porque aunque le hubiera asegurado que la amaba, no estaba dispuesto a aceptar compromiso alguno.

Se consoló pensando que no tenía que presentarse en el estudio aquel día; mientras giraba sobre su espalda, rió ante la amarga ironía de la situación. Su programa había dejado de transmitirse hasta principios de otoño, y durante ese descanso iba a casarse. Ese día tenía planeado ir a la casa de sus padres, en Alderley Edge, para arreglarse para la boda.

Decidió ir de todas maneras. Le parecía imposible permanecer allí, tan cerca de Nick, creía que iba a volverse loca. Necesitaba la paz de la casa de ladrillos rojos, tan grande y cómoda, con su enorme y frondoso jardín. Y aunque sabía que su madre sin duda la amonestaría, su padre la comprendería.

—Supongo que no esperarás que esté de acuerdo con lo que hiciste_ Si no hubieras sido tan tonta y caprichosa al rechazar a un muchacho tan agradable como Simon… Bueno, supongo que no es asunto mío. Sólo confío en que no te arrepientas cuando sea demasiado tarde.

—No molestes a la chica, Betty. Lleva en casa tres días y lo único que has hecho es criticarla.

Elizabeth Haston le dirigió a su marido una de sus acostumbradas miradas desdeñosas.

—Tú no tienes problemas. En cambio, yo tuve que enfrentarme a Alicia Wardle-Cooper anoche, en el club de bridge. Su hija pequeña acaba de comprometerse… con un consejero de inversiones… ¡y sólo tiene diecinueve años! A juzgar por la forma en que Alicia se comporta, cualquiera diría que se trata de una boda real.

—Rachel no necesita casarse para que tengas algo de que presumir delante de esa ridícula mujer.

—¡Déjate de tonterías! Simon me gusta mucho; siempre va bien vestido, y tiene magníficos modales.

Después de mirar a su hija, el hombre se echó a reír con ironía.
—Y también tenía una amante.

—No seas mentiroso —gritó su esposa y salió de la habitación antes de perder la batalla.

Rachel suspiró y miró sonriente a su padre.

—Creo que jamás podré convencer a mamá —lijo—. Para ella, Simon era el hombre perfecto.

El hombre miró a su hija con perspicacia.

—¿Estás segura de que tu decisión fue la correcta? —preguntó con tono de preocupación.

—Oh, sí —dirigió a su padre una sonrisa forzada—. Y no fue sólo… por su aventura amorosa. De alguna manera fue positivo, pues me hizo comprender al,go que nunca había aceptado. No hubiera sido feliz a su lado. E1… de alguna manera me manipulaba… como si yo fuera una prolongación de él mismo, no una persona con todos mis derechos.

—Entonces, hiciste bien en rechazarlo —inclinó la cabeza en señal de comprensión—. Te confieso que de verdad me alegra. Siempre lo consideré un cretino.

Rachel miró a su padre, sorprendida.

—¿De veras, papá? Nunca me lo comentaste.

—No hubiera podido hacerlo, ¿o sí? Tú misma lo elegiste y como dices, tu madre pensaba que era un tipo perfecto —sus ojos mostraron diversión al comprobar que no se había equivocado. Muy rara vez discutía con su esposa. Se tomaba su tiempo y al final casi siempre se salía con la suya.

Después de quitarse los zapatos, Rachel se sentó sobre los pies. Estaban en la soleada terraza de la parte de atrás de la casa y ya habían terminado de comer. El aire le llevaba un perfume de rosas que impregnaba el jardín.

El aroma evocó el recuerdo de aquella tarde en su apartamento, cuando acababa de conocer a Nick. Mientras saboreaba el té, su padre la miró de manera penetrante. Intuía que su hija deseaba hacerle algunas confidencias, pero al igual que cuando era niña, estaba dispuesto a esperar con paciencia a que ella se decidiera a hablar.

—Sin embargo, ésa tampoco fue la razón principal —empezó Rachel y se miró los dedos de los pies—. Había… otro hombre, ¿sabes? Lo conocí el día en que terminé con Simon. Quizá eso propició lo sucedido.

Su padre inclinó la cabeza, y sus ojos se mostraron llenos de comprensión.

—Era totalmente distinto a Simon —rió indecisa—. Conduce una moto. Y es menor que yo. No muchos años, pero es muy joven aún para pensar en casarse.

Su padre levantó la ceja, lleno de curiosidad.

—Si lo conociste el día que terminaste con Simon ha sido hace poco tiempo —señaló.

—Tienes razón, pero… no es ~el tipo de relación que pudiera desarrollarse con lentitud —explicó ella.

Su padre sonrió, comprensivo.

—Creo que sé a qué te refieres —asintió con la cabeza—. Algo similar sucedió entre tu madre y yo.

—¿De veras? —Rachel miró a su padre con interés. En realidad jamás había pensado en ello, aunque sí sabía que sus padres se conocieron poco tiempo antes de casarse.

—Entonces, ¿qué sucedió con ese muchacho?

—Yo quería casarme y él, no, de manera que… —forzó una

sonrisa.

—Quizá lo apresuraste un poco —sugirió con suavidad—. Cuando un hombre es consciente de que a una mujer sólo le interesa ponerse en el dedo un anillo, pocas veces responde.

Rachel sacudió la cabeza.

—No se trataba sólo de tener una aventura con él. ,Cómo sabría cuánto tiempo iba a durar?

—¿Crees que casarte significaría obtener alguna garantía?

—Bueno, no, pero… ¿Acaso me estás sugiriendo que tenga una aventura con él?

—Sólo insinuó que sigas los consejos de tu corazón. La respetabilidad no significa todo en la vida,_sabes.., ¡pero no se lo comentes a tu madre, por favor!

—Quizás tengas razón… —dijo pensativa—. ¡Sí! —sus ojos comenzaron a brillar y se inclinó para besar a su padre con rapidez en la mejilla—. Gracias, papá… ¡Voy a hacer el equipaje!

—Deja que yo se lo explique a tu madre —le dijo él—. No te preocupes, la convenceré.

Sonrió agradecida.

—Se va a poner furiosa.

—Trevor, en la entrada hay una moto.

Rachel se volvió de inmediato cuando su madre se asomó de nuevo a través de las ventanas francesas; a juzgar por su expresión, la señora había tomado corno una afrenta personal que alguien se hubiese atrevido a entrar ilegalmente en su propiedad. Trevor lanzó a su hija una mirada de interrogación. —¿Podría ser tu amigo?

—Tal vez…

—¿Conoces a alguien que vaya en moto? —demandó su madre, indignada.

—Si se trata de la persona que supongo, te enterarás dentro de un momento —Trevor sujetó la mano de su esposa para evitar que fuera detrás de Rachel.

El corazón de Rachel latía con fuerza mientras caminaba hacia la puerta principal. No se atrevía a abrir la puerta. Nick la miró, sonriente.

—Hola, princesa.

—iNick! —ni siquiera esperó a oír el motivo de su visita. Se arrojó en sus brazos, y lágrimas de felicidad bañaron su cara.

El la estrechó y la besó con avidez. Sus besos demandaron una posesión absoluta y ella se entregó a él por completo. sin reservas.

—Bueno, si hubiera sabido la forma en que ibas a recibirme, ¡habría venido hace varios días! —rió, levantando finalmente la cabeza.

—Estaban punto de hacer el equipaje. Iba a volver esta noche. Nick levantó las cejas como en un gesto interrogativo. —¿Conmigo?

—Sí. Quiero decir, si aún me aceptas. Estoy de acuerdo con tus condiciones —le prometió, jadeante.

Él sonrió con lentitud.

—¿De manera… que al fin has logrado seleccionar tus prioridades? —preguntó, y un destello picaresco apareció en sus ojos.

—Sí. No podía casarme con Simon… ya se lo había dicho, antes… antes… —sus mejillas se arrebolaron ante el delicioso recuerdo.

—Estoy enterado. Tan pronto como lo averigüé, llamé por teléfono a tu cuñada para conseguir tu dirección. Por suerte no hay muchos Haston en la guía, por lo que en poco tiempo la localicé. Creo que tú y yo tenemos algunos asuntos que tratar —agregó con seriedad.

Rachel lo miró, perpleja.

—Pero… ¿cómo supiste que había cancelado mi boda con Simon?

Después de fruncir el ceño, Nick contestó:

—¿No lo sabes? Discúlpame, pensé que ya estabas enterada.

—¿De qué?

Con lentitud, sacó de la chaqueta de ante el periódico vespertino de Londres y se lo dio. Estaba abierto en una página interior y vio una fotografía suya que le habían hecho seis meses antes. «Nuevos Programas de Otoño», era el título del artículo.

—No lo creo… —Rachel leyó la noticia con creciente horror.

Después de una decisión controvertida, el popular programa de arte In review ha sido cancelado. El portavoz de los estudios de televisión, el señor Simon Chandler ha comentado esta mañana: Decidimos hacer un programa para jóvenes, con un formato totalmente nuevo.

Desde luego que sentimos mucho la ausencia de la señorita

Haston: Rachel Haston, de 31 años, fue durante un tiempo la prometida del señor Chandler, productor ejecutivo. Hoy no ha podido ser localizada.

—¡No puedo creerlo! Tengo un contrato. La semana pasada no me hicieron el menor comentario de esto.

—Parece que tu Simon es un hombre que, cuando se lo propone, hace cambios muy rápidos.

—¡Estas cosas son viles, motivadas por el rencor! Jamás pensé que fuera tan mezquino. Bueno, si quieren deshacerse de mí, ¡les costará muy caro! Voy a trabajar con la competencia… o quizá establezca mi propia compañía de producción, para obligarlos a pedirme programas'.

Nick la abrazó, levantándola del suelo.

—¡Magnífico! —la animó con entusiasmo—. Harás un trabajo espléndido.

Rachel se rió feliz, aunque en sus ojos se adivinaba una expresión de temor.

—No sé —objetó—. Frente a las cámaras me siento muy bien, pero carezco por completo de experiencia en la producción y de respaldos económicos.

—Has estado en la televisión durante cinco años —comentó él —. Sin duda tienes muchos conocimientos. —Sí, creo que tienes razón.

—Y en cuanto a la parte administrativa, lo único que tienes que hacer es contratar a un buen contable. Alguien con práctica en este negocio. ¿Tienes contactos?

—Sí. Es más, creo que conozco a alguien a quien le interesaría.
—Bueno, entonces no hay ningún problema —concluyó con op

timismo—. No hay tiempo que perder. —¿De verdad piensas que tendré éxito? —Por supuesto.

Después de sonreírle, Rachel le pasó los brazos alrededor del cuello.

—Tal vez tengas razón —reflexionó—. Me haces sentirme como si pudiera conseguirlo todo.

Nick se rió y volvió a besarla

—Y te diré algo. Si quieres vengarte de Chandler, te compraré los estudios como regalo de bodas y así podrías despedirlo.

—¿Re… regalo de bodas? —repitió, aturdida—. Pero… dijiste

que no quenas casarte conmigo.

Movió la cabeza sin dejar de sonreír.

—Nunca te dije que no quisiera hacerlo —aclaró él con un tono de humorismo—. Siempre supe… oh, quizá desde el primer momento en que te admiré en aquel ascensor, comprendí que eras la mujer con la que deseaba casarme. Pero a pesar de todo, no estaba dispuesto a aceptar tu ultimátum de aquélla mañana. Nadie me chantajea.

—¿Habrías dejado que me casara con Simon?

—No sé —sus ojos brillaron, traviesos—. Es probable que lo hubiera llamado por teléfono para decirle dónde dormiste la noche del lunes.

—Oh… —Rachel se sonrojó—. No le habría gustado.

—Supongo que no. A mí tampoco me gustaba pensar que tal vez te acostaras algunas noches con él.

Rachel levantó la cara para mirar a Nick.

—Sabes muy bien que tu suposición no era cierta —susurró—. Nunca.

—Lo sé —la abrazó—. Estoy contento. Jamás hubiera esperado que fueses virgen… fue una sorpresa descubrirlo. Después de todo, yo no he vivido como un monje. Pero todo eso ya pertenece al pasado.

La felicidad invadió a Rachel y se le llenaron los ojos de lágrimas, que él enjugó con sus besos.

—Ven para que conozcas a :mis padres —sugirió ella con timidez.

Lo cogió de la mano para llevarlo a la parte de atrás de la casa. Su madre estaba sentada, muy derecha, en una de las sillas de mimbre, con los labios apretados, pero su padre se acercó a Nick de inmediato, ofreciéndole la máno.

—Papá, quiero presentarte a Nick…

—¡Farlow! Por supuesto, lo he reconocido al momento —apretó con entusiasmo la mano del recién llegado—. La operación que hizo con H.T. Zinc fue muy sagaz. Debió dejarle muchos beneficios.

—No lo hice tan mal —aceptó Nick con una sonrisa.

—Bien, bien. ¿Qué es lo que pasa? ~preguntó con un destello de esperanza en los ojos mientras los miraba.

—¿Podría concederme la mano de su hija, señor?

—¡Desde luego! ¡Me siento inmensamente feliz! —no era necesario que lo aclarara, pues era evidente a juzgar por su amplia sonrisa.

—¡Trevor! ¿Vas a dejar que tu hija se case con este… este…? —preguntó su esposa con furia mientras miraba horrorizada el traje rojo de cuero que Nick usaba para ir en moto.

Trevor lanzó una carcajada.

—Si mi memoria no me traiciona, nuestra hija tiene alrededor de treinta y un años. Supongo que es lo bastante adulta como para tomar sus propias decisiones.

—Bueno, no creas que voy a dar mi aprobación —aseguró Elizabet—. Cuando pienso en el pobre Simon… ¡Y no sé qué dirá Alicia!

Epilogo

CONTENTA?

Rachel suspiró y, sonriente, miró a los ojos a Nick. —Muy contenta —aseguró—. Jamás había sido tan feliz. —Magnífico.

Bailaba entre los brazos de su esposo, en una dorada tarde de verano, debajo de una enorme marquesina roja y blanca construida en el jardín de sus padres. Una cálida brisa movía el largo velo de encaje antiguo que llevaba en el pelo, y a su lado se encontraba la hija de km Bradley, más guapa que nunca con su precioso traje blanco de dama de honor y con florecitas en el pelo. Bailaba con el hijo de cuatro años de Maggie y Richard, y trataba de convencerlo de que siguiera el ritmo del vals como un experto.

Rachel reía con suavidad, todavía sin creer que fuera verdad.

—Parece increíble —suspiró—. Mira a mi madre, bailando con Sandro. ¡Hace un mes dijo que no estaba dispuesta a venir a la boda!

—Bueno, todo fue para ella muy repentino —comentó Nick, sonriente—. Al final tenía que venir.

—No necesariamente… no conoces a mi madre —argumento—. No es como tus amigos. A ella le importan sólo los comentarios de los vecinos.

—Creo que exageras —le dijo—. Se interesa por ti… pero no le resulta fácil demostrar sus sentimientos.

Rachel le sonrió.

—Eres increíble. Te has hecho amigo de mis padres y, aún más, has mejorado las relaciones entre ellos. Ahora se llevan mejor que nunca.

Nick se echó a reír de: buena gana y, un brillo picaresco apareció en sus ojos.

—Como nuestros hijos no tendrán abuelos paternos, quiero que tus padres cumplan a la perfección con su parte —explicó él. Rachel se sonrojó.

—Estuvimos de acuerdo en esperar un año —le recordó—. Tengo una nueva empresa de producción que administrar. El trabajo resultará pesado.

—Pero tener un bebé no te impedirá hacerlo —advirtió él—. Muchas mujeres combinan la maternidad con una profesión.

—Lo sé —admitió—, pero esto es un gran reto para mí. Ni siquiera tengo la seguridad de estar bien preparada.

—Claro que lo estás —le aseguró con cariño—. Puedes hacer cualquier cosa que te propongas.

Le daba tanta confianza, que incluso el más grande obstáculo parecía desvanecerse.

—Creo que… Tal vez para Navidad —reflexionó

—Estupendo. No quiero desperdiciar el tiempo —su sonrisa es

taba llena de inocencia—. Quiero tener por lo menos once hijos.

—¿Once?

—Sí. Los necesarios para formar un equipo de futbol. Ella lo miró.

—Supongo que no estarías preparado para ser el árbitro de un equipo de cinco jugadores, ¿verdad? Él se echó a reír de nuevo.

—Está bien… llegaremos a un acuerdo —aceptó.

Feliz, apoyó la mejilla en la pecho de su marido. Una familia grande, bulliciosa… justo lo que siempre había soñado. Y su nueva compañía productora estaba a punto de. iniciar brillantemente sus operaciones, con un magnífico contrato de un documental sobre el festival de ópera de Glyndebourne, y una serie de programas de media hora sobre danza moderna.

Pensaba, una vez que comenzaran a tener hijos, trabajar parte del tiempo, pero había logrado reclutar un buen equipo, y el dinero que el estudio le había dado como finiquito aseguraba la estabilidad financiera de la nueva empresa.

—¿En qué piensas? —le preguntó Nick, sin dejar de sonreír.

—Estoy asombrada de mi absoluta felicidad —suspiró—. Hace apenas dos meses, si alguien me hubiera profetizado que me casaría con un hombre encantador, apuesto, de ojos azules, que conducía una moto y de quien me enamoraría como una loca, jamás le

hubiese creído.

—Estoy feliz de que hayas cambiado de opinión —bromeó él.

—Yo también. Debí de estar loca al suponer que iba a ser feliz con Simon. Deseo que le vaya bien, a pesar de la sucia maniobra que me hizo al final, pues después de todo, eso me favoreció —frunció el ceño—. Ojalá Jayne no tenga problemas con él. No podía creerlo cuando oí que se casaron de pronto. Ella siempre estuvo enamorada de él, pero me pregunto cuál será su reacción cuando lleven juntos unos cuantos meses.

—Deja que ellos se preocupen de resolver sus problemas —le sugirió su esposo—. Yo estoy tranquilo de que él viva lejos de ti.

—Tengo la seguridad de que triunfará en América. Tuvo mucha suerte de que le ofrecieran ese empleo como llovido del cielo… —algo en los ojos de Nick la obligó a mirarlo con aspereza—. .Tú no tuviste nada que ver en eso, ¿verdad?

Él soltó una risita.

—Me limité a hacer algunas llamadas a ciertas personas conocidas, que viven en California.

Rachel le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Pero por qué lo hiciste? —preguntó, desconcertada—. Ni siquiera te gusta.

—Me siento más seguro —admitió mientras la abrazaba—. Después de todo, pensaste que estabas enamorada de él.

—Eso pensé —reiteró con firmeza—. Eso fue antes de conocer el verdadero amor.

Nick le sonrió sin dejar de bailar al ritmo lento y sensual de la música.

—¿Y ahora? —le preguntó con voz ronca.

Rachel le pasó los brazos con fuerza alrededor del cuello, y se pegó a él.

—Ahora —susurró—, ya lo conozco.